

Confesiones Tomo I

San Agustín



FUNDACIÓN
Carlos Slim

Confesiones de San Agustín

San Agustín

Ensayo

Se reconocen los derechos morales de San Agustín.

Obra de dominio público.

Distribución gratuita. Prohibida su venta y distribución en medios ajenos a la Fundación Carlos Slim.

Fundación Carlos Slim

Lago Zürich. Plaza Carso II. Piso 5. Col. Ampliación Granada

C. P. 11529, Ciudad de México. México.

contacto@pruebat.org

Prólogo del traductor

Entre las muchas excelentes obras con que los santos Padres han ilustrado la Iglesia, y que la divina Sabiduría ha concedido á los fieles para su enseñanza, puede darse el primer lugar á las Confesiones del gran Padre san Agustín. Porque, dejando aparte que esta obra es única en su línea, y que nunca ha tenido semejante, ni me parece que le tendrá jamás, la hace muy apreciable aquella dulce afición que causa siempre en el ánimo de los lectores, y el atractivo con que los embelesa y encanta; de suerte que convidándolos á leer y saber la conversión y vida de mi Padre san Agustín, les pone á todos delante de sus ojos la corrupción y desórdenes de supropia vida excitándolos á su conversión; de modo, que las Confesiones de san Agustín son también confesiones de todos cuantos las leen con atención; ó como un retrato que se parece á todos los que le miran, hecho por el pintor mas diestro y excelente de la antigüedad; ó como un espejo, que además de descubrir á cada uno sus propios defectos , induce á todos los que se miran en él, á avergonzarse de ellos y enmendarlos, con la dirección y ejemplo de un Santo como Agustín.

Pero lo que hace mas admirable la destreza del Santo en esta excelente obra, es haberla dispuesto de tal modo, que al mismo tiempo nos induce al conocimiento de Dios y al de nosotros mismos; pero siendo tan importante y tan dificultoso el adquirir estos dos conocimientos, con este libro es muy fácil adquirirlos. Basta para esto ir siguiendo la luz y dirección que en esta obra nos da el Santo: pues cualquiera que la siga, podrá adelantar en ambos conocimientos, cuanto le es permitido á un hombre envuelto en las tinieblas é ignorancia que el pecado de nues tro primer padre indujo en toda su descendencia.

Retratándose aquí san Agustín á sí mismo, hace un puntual retrato de nosotros, sin que le falle ni se le haya escapado cosa alguna que no la haya advertido y descubierto. Por mas pliegues y dobleces que tenga el corazón del hombre, en frase del Nazianceno, y por mas que procure envolverse y ocultarse en ellos para no ser conocido á fondo, no hay pliegue ni doblez á donde ño llegue, se insinúe, y penetre la luz que san Agustín comunica en esta obra, desenvolviéndolo todo, y manifestando lo mas oculto de sus senos. Nuestra ignorancia, errores, caídas, llagas, enfermedades, flaquezas, debilidades y cuanto hay desordenado en las inclinaciones y costumbres, todo lo hace patente, todo lo pone en claro, todo lo define y califica según su naturaleza, género y especie: no solamente guiando y dando luz al hombre para que se conozca bien á sí mismo, sino dándole ya cási hecho y formado su propio conocimiento.

Bien sabido es que esta obra excelentísima la escribió el santo Doctor para alabar la justicia y la misericordia de Dios por los bienes que le había comunicado, y por los males de que le había librado y eximido, ó con que le había castigado; y también para levantar hácia Dios el espíritu y corazón de los que la leyeren, como él mismo dice en el libro segundo de sus Retractaciones. Puede asegurarse que jamás hubo obra alguna que mejor corresponda á los designios de su autor; y pudiera añadirse, que ha conseguido aun mas de lo que intentaba: pues pasados veinte y siete años de haberse escrito y publicado esta obra, dice el mismo san Agustín que producía los mismos buenos efectos que él se había propuesto al escribirla y formarla; y que no solo hacia estos efectos en el mismo Santo, sino en los demás que la leían, entendían y se aprovechaban de sus documentos. También dice, que de todas las obras que hasta entonces había escrito, esta era la que había tomado mas vuelo, y la que mas había gustado: pudiendo yo añadir, que siempre ha sucedido lo mismo; y que los calor ce siglos que han transcurrido desde la muerte de san Agustín, no han hecho sino aumentar la estimación de esta obra, y dar á conocer mas y mas cada dia el incomparable mérito que tiene.

Además del espíritu y carácter de santidad que se halla esparcido por toda la obra, y que se comunica á los lectores, causando en todos generalmente afectos de piedad y religión, está toda ella sembrada de pasajes de historia, de experiencias, de instrucciones, de sentencias y máximas sublimes y agudísimas reconvenciones que divierten, enseñan, edifican, mueven, persuaden y convencen. Pero lo que la hace sumamente apreciable y útilísima, es que nos pone delante y representa con mucha puntualidad lo dos los diferentes estados que solemos tener; á todos y á cada uno les surte de reglas para gobernarse, de remedios contra las tentaciones, de fuerzas contra el desfallecimiento, de consuelos interiores contra las aflicciones del espíritu, de luces contra las dudas, de impresiones y estímulos contra el tedio, de auxilios contra la desconfianza y desesperación, de frases y palabras, ó por mejor decir, de oraciones enteras y fervorosas, para tener el hombre conversación con Dios.

Por todo lo cual, no solamente ha gustado en todo tiempo, y ha sido las delicias de toda suerte de personas, de cualquier estado, edad, sexo y condición; sino que todos confiesan, que la primera vez que la leen, experimentan en su alma un pesar y sentimiento de no haber saboreado antes una lectura tan singular y excelente.

Así, para satisfacer á tantos como la desean y buscan, ha sido preciso hacer varias ediciones latinas de esta obra, separándola de las demás del Santo; y además de eso hay un gran número de traducciones que de ella se han hecho en diferentes idiomas. Solo en francés se ha traducido cinco veces por lo menos en estos últimos siglos.

El P. J. M. de la congregación de san Mauro da noticia, y al mismo tiempo hace una prudente y sábia crítica de cuatro traducciones francesas anteriores á la suya: que son, la de M. Hennequin, obispo de Rennes, la del P. Cerisiers, la de M. d'Andilly, y la de M. Dubois de la Academia francesa, y últimamente la del citado

P. J. M., que testifica haberse hecho otras muchas traducciones en todos los idiomas. Yo he visto y manejado la que hizo en lengua italiana el señor Julio Mazzini, impresa primeramente en el año 1595, y reimpressa en Milán el de 1620. También he tenido presentes las tres que se han hecho en lengua castellana (é impresas también varias veces), la primera por el P. M. Toscano . la segunda por el P. Ribadeneira, y la tercera por el P. M. Gante. Lo que es bastante prueba de lo mucho que el público se utiliza en el manejo de este libro de oro, y de que lo lee con gusto, estimación y provecho.

Pero como los traductores castellanos no tuvieron delante la edición latina de la congregación de san Mauro, que es la mas correcta que ha salido, y la que se ha merecido todas las aprobaciones de los sábios, no pudieron dar á sus traducciones toda la claridad que requerían algunos lugares del Santo, ni aprovecharse de las ventajas que la dicha edición hace á las otras. Y aunque, hablando del último traductor, sea cierto que pudo aprovecharse de las luces que aquella famosa edición da á los mas de los pasajes oscuros y dificultosos ('pues ya corría en su tiempo, es indubitable que no lo hizo; y además de eso quitó, añadió, alteró muchas sentencias y pensamientos muy delicados del Santo: y si á esto se añaden los defectos contraidos en las cuatro ediciones que lleva ya la dicha traducción, por los descuidos que tuvo el que había de corregirla; se ve claramente que ni está arreglada y conforme á la edición maurina ni á ninguna de las otras.

Esto me obligó á emprender una nueva y completa traducción de esta obra con fiel y puntual arreglo al original de la edición de san Mauro; aunque hablando con mi acostumbrada ingenuidad, receloso de incurrir si no en aquellos defectos, en otros semejantes ó mayores; porque es mucho mas fácil advertir los defectos de una traducción, que corregirlos ó evitarlos lodos. Y además de ser cosa bien difícil penetrar en el texto original algunos delicados y profundos pensamientos de mi Padre san Agustín, aun dado caso que esto se consiga felizmente, resta todavía la dificultad grande que se halla en hacerle hablar en nuestra lengua, de taimado que se conserven en la traducción todos aquellos primores ó los mas especiales que tiene el original latino.

No obstante, tomó aliento mi desconfianza al ver que aquella traducción, con todo de estar tan defectuosa y en algunos pasajes muy distante de la mente del Santo, había corrido, al parecer, con estimación del público. Esperando yo que este juez imparcial hará justicia y tendrá presentes las tales cuales ventajas que advierta en esta traducción mía respecto de las otras tres citadas, para que con ellas puedan resarcirse los defectos que halle en esta, y no en las otras.

He procurado no omitir ni olvidar cosa alguna de cuantas pudieran hacer a esta traducción fiel y conforme al original. Por lo cual, sin atenerme pueril y servilmente a las palabras, he tenido un particular y religioso cuidado de dar exactamente el sentido y concepto del original. Por lo mismo, he procurado conservar en la traducción, cuanto me ha sido posible, las mismas metáforas y otras figuras y tropos que usa el Santo con bastante frecuencia en esta obra, las antítesis, juegos de palabras, paronomasias, descripciones y pinturas, alusiones y alegorías, y finalmente algunas frases y locuciones del Santo, que por lo frecuentes que son en esta y otras obras suyas, las pudiéramos llamar sus favoritas, como dice el citado P. J. M.

Todo esto y mucho más se juzga necesario para que una traducción sea fiel y perfecta copia del original; pero es muy dificultoso, y a veces imposible, el guardar esa puntualidad y exactitud en las versiones del latín al español, generalmente hablando, porque en aquel idioma suele decirse más en una palabra, y con más propiedad, gracia y hermosura, que en este otro con muchos rodeos, frases y palabras. Esta dificultad, que es común a la versión de cualquier obra latina, es mucho mayor en las obras de los santos Padres y determinadamente en esta de mi Padre San Agustín, ya para la multitud de textos de la sagrada Escritura que usa a cada paso, cuya versión a la letra no siempre puede salir tan grave, airosa y expresiva como está en el original; ya porque no todos podrán entender perfectamente algunos de sus más elevados pensamientos, si se dan solo materialmente traducidos y sin alguna paráfrasis o explicación.

Así me ha parecido indispensable, para mayor inteligencia de algunos pasajes y expresiones enfáticas y figuradas del Santo, añadir algunas notas al fin de los capítulos que las necesiten, o al pie de cada página, según lo más o menos breve y sucinta que ella sea. Esto mismo practicó en su edición latina de esta obra el P. Enrique Wangnereck, en su traducción italiana el citado Mazzini, y en las francesas Dubois y J. M. Por no abultar demasiado la obra, no he querido aprovecharme de todas sus anotaciones; dando lugar solamente a las que me han parecido útiles o necesarias para aclarar los lugares más dificultosos, o para concordar unos sucesos con otros que parecían opuestos, o para enlazar las doctrinas y sentencias de unos capítulos con las de otros anteriores, o para fijar la época de algunos hechos, o finalmente para suplir

de algún modo lo que el Santo omitió aquí enteramente, o tocó solo de paso, y necesita de una explicación para su inteligencia.

También me ha parecido conveniente partir algunas veces o subdividir los capítulos, y los números del original latino en otros como artículos, que incluyen y contienen un sentido ya cabal y completo. Porque además de ser estas divisiones otras tantas pausas y descansos que facilitan la lectura y ayudan a la memoria; hacen también que se perciban mejor las sentencias, pensamientos y doctrinas, o que no se confundan las unas con las otras.

Últimamente me parece justo prevenir a mis lectores, no por recomendarles mi traducción, sino para ocurrir a algunas dificultades que se les pueden ofrecer, que esta traducción no solo tiene las ventajas que he insinuado respecto de las demás traducciones castellanas que he visto; sino que a favor de la edición franco-latina del P. J. M. que he tenido presente y consultado, también ha de tener alguna ventaja respecto de la edición maurina. Porque, como dice el citado autor, después de hecha y publicada aquella edición famosa, se han descubierto otros manuscritos que entonces no pudieron adquirir y cotejar aquellos sabios y laboriosos editores; y estos manuscritos (que los más son del siglo XII y XIII, y uno tiene casi mil años de antigüedad) juntamente con la edición latina del año 1563, que tampoco vieron ni pudieron adquirir aquellos Padres, han dado mucha luz a varios lugares de la obra, que en las demás ediciones estaban oscuros y dificultosos.

De este nuevo cotejo de manuscritos y ediciones, ejecutado con el mayor esmero y prolijidad, resultó que muchas lecciones variantes, que al tiempo de la publicación de todas las obras del Santo se desestimaron y excluyeron del texto, después con la luz y autoridad de los citados manuscritos se conoció la estimación y aprecio que se debía hacer de aquellas variantes, y que era justo ingerirlas en el texto, excluyendo las otras que al tiempo de la primera edición se habían preferido. Por lo cual los curiosos y eruditos que adviertan en esta traducción algunas diferencias, cotejándola con la edición primera de los Padres Maurinos, no la hallarán diferente, si la cotejan con esta última y mejorada edición latino-francesa, de que me he servido, y que hizo y publicó en París el P. Jaime Martin el año 1741, con cuyo auxilio me parece que esta mi traducción podrá pasar entre los curiosos e inteligentes por la más ventajosa, respecto de todas las versiones que de esta obra se han hecho en diferentes lenguas.

Ojalá que con todo este trabajo haya acertado a declarar los pensamientos y doctrinas de este santísimo y sapientísimo Padre de la Iglesia, para que puedan aprovecharse los fieles de esta preciosa y utilísima obra de sus Confesiones, que es

como una introducción a las demás obras suyas, y que nunca se puede leer y manejar tanto como debe, ni apreciarse y estimarse tanto como vale.

CONFESIONES DE NUESTRO GRAN PADRE SAN AGUSTÍN

LIBRO I.

Confiesa san Agustín los vicios y pecados de su infancia y de su puericia, y da gracias á Dios por los beneficios que recibió de su mano en una y otra edad.

CAPÍTULO I.

Reconociendo Agustín la grandeza y majestad de Dios, se enciende en deseos de alabarle.

1. Grande sois, Señor, y muy digno de toda alabanza, grande es vuestro poder, é infinita vuestra sabiduría: v no obstante eso, os quiere alabar el hombre, que es una pequeña parte de vuestras criaturas: el hombre, que lleva en sí no solamente su mortalidad y la marca de su pecado, sino también la prueba y testimonio de que Vos resistís á los soberbios. Pero Vos mismo le excitáis á ello de tal modo, que hacéis que se complazca en alabaros; porque nos criasteis para Vos, y está inquieto nuestro corazón, hasta que descanse en Vos.

Pero enseñadme, Señor, y haced que entienda si debe ser primero el invocaros que el alabaros, y antes el conoceros que el invocaros.

Mas ¿quién os invocará sin conoceros? porque así se expondría á invocar otra cosa muy diferente de Vos, el que sin conoceros os invocara y llamara. Ó decidme, si es menester antes invocaros, para poder conoceros.

Mas ¿cómo os han de invocar, sin haber antes creído en Vos? y ¿cómo han de creer, sino han tenido quien les predique y les dé conocimiento de Vos? Pero también es cierto que alabarán al Señor los que le buscan: porque los que le busquen, le hallarán; y luego que le hallen, le alabarán.

Pues concededme, Señor, que os busque yo invocándoos, y que os invoque creyendo en Vos, pues ya me habéis sido anunciado y predicado. Mi fe, Señor, os invoca: la fe, digo, que Vos me habéis dado é inspirado por la humanidad de vuestro santísimo Hijo, y por el ministerio de vuestros Apóstoles y predicadores.

NOTAS

1. En toda esta excelente obra habla el Santo inmediata y directamente con Dios; y así toda ella contiene una sola y continuada oración del Santo, y la comienza alabando á Dios, regla fija y constante, que todos los autores sagrados y profanos han seguido respectivamente sin excepción alguna. Esto mismo se observa en la Oración dominical, que es el modelo de todas las mejores oraciones, porque las tres primeras peticiones que incluye, tienen por objeto la gloria de Dios, la extensión de su culto, y el establecimiento de su reino en todos los corazones. Y para alabar á Dios, san Agustín desde el principio de sus Confesiones se vale de las palabras del salmo exuv, 3, en que David alaba á Dios considerándole como rey, como bueno, como misericordioso, como gobernador de todas las cosas y conservador de

ellas, y como bienhechor y favorecedor de los hombres, á quienes incesantemente comunica grandes beneficios.

2. Alude el Santo al desorden de la concupiscencia, que testifica que somos hijos de Adán nacidos en pecado original, cuyo efecto es la rebeldía del cuerpo contra el espíritu.

3. Alude al mismo pecado original y á sus efectos, que son la ignorancia, la concupiscencia desordenada, la flaqueza, la malicia; y también todos los males del cuerpo, como la muerte, las enfermedades, los dolores y las demás molestias, que, como dice santo Tomás, no solamente son efectos de aquel primer pecado, sino también un claro testimonio de que somos hijos de Adán y Eva, que pecaron quebrantando con soberbia aquel precepto que les impuso Dios, apeteciendo ser semejantes á él en cuanto á la ciencia del bien y del mal: con cuya soberbia nos precipitaron á la multitud de miserias, por las cuales suspiramos incesantemente en este valle de lágrimas. Con lo cual nos incita san Agustín al aborrecimiento del pecado, principalmente de la soberbia; pues todos los trabajos y penalidades de esta vida son otros tantos testimonios de lo que Dios aborrece y castiga los pecados, y determinadamente el de soberbia.

4. Nos pone el Santo delante nuestro último fin, que es Dios, á quien debemos adorar, servir y amar, y ordenar á esto mismo toda nuestra vida: porque nos hizo Dios para sí, y nuestro corazón no puede hallar descanso sino en Dios.

CAPÍTULO II.

Que Dios está en el hombre y el hombre en Dios.

2. ¿Y cómo he de invocar á mi Dios y Señor? Llamándole para que venga á mí, esté dentro de mí mismo. Pues ¿qué lugar hay en mí, á donde pueda venir y estar mi Dios? ¿Cómo ha de venir á mí aquel soberano Dios, que crió el cielo y la tierra?

¿Por ventura, Dios y Señor mío, hay en mí alguna cosa á donde podáis caber Vos? ¿Acaso cabéis en los cielos y tierra que Vos hicisteis, y en que me criasteis? ¿Ó es mejor el decir que estáis en todo lo que tiene ser, por cuanto ninguna cosa pudiera existir sin Vos?

Pues si yo también existo y tengo ser, ¿para qué os suplico que vengáis á mí, no pudiendo yo existir ni tener ser, si no estuvierais ya en mí? En todas partes estáis, y aun en el infierno, donde yo no estoy; pues como dice David, aunque bajara al infierno, allí os hallara también.

Luego es verdad, Dios mío, que yo no existiría ni tendría ser alguno, si Vos no estuvierais en mí. ¿Ó será mejor decir que no existiría ni tendría ser, si yo mismo no estuviera en Vos, de quien, por quien y en quien tienen ser todas las cosas? Así es también, Señor; también así es verdad. Pues si yo estoy en Vos, ¿para dónde os llamo? ¿Ó desde dónde, habéis de venir á mí? ¿Ó qué paraje tengo de buscar que esté fuera del cielo y de la tierra, para que desde estos venga mi Dios á mí, que tiene dicho por Jeremías: No lleno el cielo y la tierra?

NOTA

1. De la inmensidad de Dios se infiere rectamente que está en todas las criaturas; y que no puede ser algo lo que no esté en Dios. Lo cual se explica con el ejemplo que usa el mismo Santo (lib. 7, c. 5) diciendo que toda criatura respecto de Dios es como una esponja en el mar: pues el mar está en ella penetrándola por todas partes, y ella está en el mar que la contiene.

CAPÍTULO III.

Como Dios está en todas partes.

3. Mas ¿por ventura cabéis en el cielo y tierra, aunque es cierto que los llenáis? ¿Ó los llenáis de tal modo que sobre todavía, porque no cabéis todo en cielo y tierra? Pues ¿á dónde derramáis todo eso que de Vos ha sobrado, después de haber llenado tierra y cielo? ¿No será mejor decir, que para estar Vos en vuestras criaturas, no es necesario que os contengan ellas, siendo por el contrario Vos quien las contiene á todas? Así los vasos que están llenos de Vos, no son ellos los que os contienen, haciéndoos allí estable y permanente; pues aunque ellos se rompan, Vos no os derramaréis. Y cuando os derramáis sobre nosotros, no es cayendo Vos; sino antes bien levantándonos á nosotros que estábamos caídos; y léjos de desuniros Vos y disiparos, nos recogéis y reunís á nosotros.

Pero, Señor, supuesto que llenáis todas las cosas, ¿las llenáis con todo vuestro ser? ¿Ó acaso, porque no pueden ellas abarcaros todo entero y de una vez, no reciben mas que una parte de Vos? ¿Y esa misma parte la reciben también y al mismo tiempo todas las criaturas? ¿Ó cada una de ellas recibe distinta parte, y más grande las mayores, y más pequeña las que son menores? En tal caso habría en Vos alguna parte que fuese mayor que otra. Pero, ¿no es más cierto que todo Vos estáis en todas partes, y que ninguna cosa hay que os abarque ni comprenda todo?

NOTA

1. La doctrina de este capítulo y la del precedente nos obliga á contemplarnos siempre y en todas partes en la presencia de Dios, para que en todas partes le temamos como justo, y le amemos como bueno.

CAPÍTULO IV.

Que la majestad y perfecciones de Dios son inexplicables.

4. Pues, Dios mío, ¿qué ser es el vuestro? ¿Qué es lo que Vos sois sino mi Dios y Señor? Porque ¿qué otro Señor hay sino este Señor mismo? ¿Ó qué Dios sino el Dios nuestro? Vos sois, Dios mío, un soberano Ser, altísimo, perfectísimo, poderosísimo, omnipotentísimo, misericordiosísimo y justísimo, ocultísimo y presentísimo, hermosísimo y fortísimo; tan estable como incomprensible; inmutable y que todo lo mudáis; nunca nuevo y nunca viejo; renováis todas las cosas, y dejáis envejecer á los soberbios sin que lo reconozcan; siempre estáis en acción y siempre quieto; recogiendo y no necesitando; lleváis, llenáis y protegéis todas las cosas; las criáis, aumentáis y perfeccionáis todas. Buscáis sin que os falte cosa alguna; tenéis amor y no tenéis inquietud; tenéis celos y estáis seguro; os arrepentís y no tenéis pesadumbre; os enojáis y tenéis tranquilidad; mudáis vuestras obras sin mudar de parecer.

Recibís también lo que halláis, sin haber jamás perdido cosa alguna; nunca sois pobre y os alegráis con las ganancias; nunca avaro y nos pedís usuras; en obras de supererogación os damos algo de más, y Vos os constituís nuestro deudor; pero todo eso que os damos, ¿de quién sino de Vos lo recibimos? ¿Ni quién tiene cosa alguna que no sea dádiva vuestra? Finalmente, pagáis deudas sin deber á nadie; y perdonáis lo que os deben sin perder nada de lo que os es debido.

Pero, Dios mío de mi vida, y dulzura de mi alma, ¿qué es todo esto que acabo de decir, respecto de lo que Vos sois? ¿Y qué es cuanto puede decir cualquiera que hable de Vos? Y así, infelices y desgraciados aquellos que de Vos no hablan; pues aun los que hablan mucho de Vos se quedan tan cortos como si fueran mudos.

NOTAS

1. Ocultísimo, porque su divinidad no se nos manifiesta á nuestros ojos; y presentísimo por su inmensidad.
2. Explica el santo Doctor en estas y en las siguientes palabras el amor con que Dios busca nuestras almas y premia nuestras obras, sin tener necesidad de nuestros bienes; para lo cual usa el Santo estas locuciones metafóricas, tomadas del amor y deseo de las riquezas.
3. Llamen los teólogos obras de supererogación aquellas que no caen debajo de precepto, ni hay obligación de hacerlas; pero como estas también se hacen con los auxilios de la divina gracia, cuando Dios las premia, son dones suyos los que corona y premia.

CAPÍTULO V.

Pide Agustín á Dios perdón de sus pecados.

5. ¡Oh! ¡Quién pudiera descansar en Vos! ¿Cuándo tendré yo la dicha de que vengáis á mi corazón, y le poseáis enteramente, y le embriaguéis de vuestro espíritu, para que olvide yo todos mis males, y me abrace y una estrechamente con Vos, que sois mi único y verdadero bien? Decidme Vos, Dios mío, ¿qué es lo que sois para mí? Usad conmigo esta misericordia, para que yo lo pueda decir con vuestra gracia.

Pero ¿qué soy yo para Vos, que me mandáis que os ame, y si no lo ejecuto, os enojáis conmigo, y me amenazáis con el castigo de la mayor infelicidad? ¿Y es por ventura pequeña infelicidad el mismo dejar de amaros? ¡Ay de mí, si tal hiciera!

Pues decidme, Dios mío y Señor, por vuestra infinita misericordia, lo que Vos sois para mí. Responded, diciendo á mi alma: Yo soy tu salud eterna. Mas decídselo de tal modo, que lo oiga bien y lo entienda. Hé aquí, Señor, delante de Vos los oídos de mi corazón: abridlos Vos, y decid á mi alma: Yo soy tu salud. Que al oír esta voz, yo correré siguiéndola, y me abrazaré con Vos. No me ocultéis la hermosura de vuestro rostro. Muera yo para verle; y no moriré dejándole de ver.

6. Estrecha es, Señor, la casa de mi alma, para que vengáis á ella; pues ensanchadla Vos. Está para caerse y amenaza ruina; pues reparadla Vos y fortalecedla. Tiene varias cosas que desagradan á vuestros ojos: bien lo conozco y confieso; pero ¿quién sino Vos puede limpiarla? ¿Ó á quién sino á Vos he de clamar diciendo: Limpiadme, Señor, de las ocultas manchas de mis culpas, y no imputéis á vuestro siervo las ajenas?

Yo creo y tengo fe, y por eso hablo y me explico de este modo: bien lo sabéis Vos, Señor. ¿No es verdad, Dios mío, que habiéndoos confesado yo mis culpas y acusádome á mí mismo, Vos ya habéis perdonado las impiedades de mi corazón? No alego esto con ánimo de entrar á juicio con Vos, que sois la suma Verdad; pues no quiero engañarme á mí mismo lisonjeándome de ser justo; no sea que entonces se verifique en mí, que mi propia iniquidad mintió y se engañó á sí misma. No quiero, pues, entrar en juicio con Vos; porque si Vos, Señor, atendéis á todas nuestras culpas, ¿quién podrá comparecer en vuestra presencia?

NOTA

1. San Agustín, abrasado de los vivísimos deseos de ver á Dios, pide aquí la muerte de su cuerpo, para llegar á conseguir la presencia divina, que tan ardientemente deseaba, asegurándose de este modo contra los peligros que hay de perder la vida del alma, mientras se vive en la tierra.

CAPÍTULO VI.

Describe Agustín su infancia, y alaba la eternidad y providencia divina.

7. Permitid, Señor, que no obstante ser yo polvo y ceniza, hable delante de vuestra misericordia. Permitidme hablar, Señor, pues vuestra misericordia es á quien hablo y no á los hombres, que harían burla y se reirían de mí. Y si acaso os riéreis Vos también, estoy muy cierto de que lo convertiríais en provecho mío, volviendo á tener misericordia de mí.

Pero ¿qué es lo que yo intento deciros, Dios y Señor mío, sino que ignoro de dónde haya venido á esta vida (nació en 13 de noviembre del año 354), que no sé si la llame vida mortal ó muerte vital? Aquí estaban ya para recibirme los consuelos y favores de vuestra misericordia, según oí de los padres que me engendraron y de quien hicisteis que yo naciera, porque á mí no me ha quedado especie alguna de lo que entonces pasó. Recibieronme, pues, los consuelos y favores que me previno vuestra misericordia, proveyéndome y surtiéndome de la leche que había de mamar, y necesitaba para mi sustento. Porque ni mi madre, ni las amas que me criaban, se llenaban los pechos á sí mismas; sino que Vos, Dios mío, érais quien se los llenaba, ministrándome por medio de ellas el alimento propio de mi infancia, según las determinaciones de vuestra providencia, que surte abundantísimamente de cuanto es necesario á todas las criaturas.

También era don vuestro, el que yo no quisiese más que aquello que me dabais; y que las amas que me criaban, quisiesen también darme lo que para mí las dabais: como efectivamente lo hacían, dándome con mucho afecto y amor bien ordenado lo que habían recibido de Vos con abundancia. Porque era bueno y conveniente para ellas darme aquel mismo bien que de ellas recibía; aunque, á la verdad, no de ellas sino de Vos me venía aquel bien por ministerio de ellas: porque todos los bienes, sean corporales ó espirituales, vienen siempre de Vos, Dios y Señor mío, de quien depende toda la salud y felicidad de mi cuerpo y alma: como lo advertí después, reflexionando la multitud de beneficios que interior y exteriormente me habéis hecho, que son otras tantas voces que me habéis dado, para que lo reconozca. Mas por entonces lo que yo sabía era mamar, y entretenerme con las cosas que me eran agradables; y llorar y disgustarme con las que me eran incómodas y molestas: esto era lo que sabía, y nada más.

8. Después también comencé á reír: primeramente mientras estaba dormido, y después también reía estando despierto. Así me lo han contado, y yo lo he creído, porque lo mismo vemos en los otros niños; pues yo no me acuerdo de estas cosas.

Poco á poco iba también conociendo dónde estaba, y procuraba manifestar mi voluntad y deseos á los que podían cumplírmelos; pero no podía manifestárselos bien; porque mis deseos estaban dentro de mí, y aquellas personas estaban fuera; y por ninguno de sus sentidos podían percibir ni penetrar el interior de mi alma. Por eso me agitaba, daba voces, y hacía aquellas pocas señas y ademanes que podía, para significar mis deseos interiores; á los cuales no se parecían ni eran bastante semejantes mis ademanes y acciones. Y cuando no me daban los gustos que pedía, ó por no haberme entendido, ó porque no me hiciese daño, me indignaba con mis mayores, porque no me obedecían, y con las personas libres porque no se me sujetaban y servían, y me vengaba de todos con llorar. Lo mismo he visto que hacen todos los niños que yo he podido observar: y que yo fui también como ellos, mejor me lo han dado á entender los mismos niños que lo ignoran, que los que me criaron, que lo saben.

9. Pues hé aquí que mi infancia murió hace ya mucho tiempo, y no obstante yo todavía estoy vivo; pero Vos, Señor, sois el único que siempre vive y en quien nada muere; porque vuestro ser es antes del principio de los siglos, y antes de todo cuanto se puede decir antes. Vos sois el Dios y Señor de todo lo que criasteis; en Vos están permanentes e inmutables las causas y principios de todas las cosas mudables y transitorias; en Vos viven inalterables y eternas las ideas y razones de todas las criaturas temporales y destituidas de razón.

10. Yo os confieso y alabo, soberano Señor del cielo y de la tierra, por aquellos primeros principios de mi vida y de mi infancia, de que no me acuerdo: lo cual quisisteis que los hombres lo infiriesen y conjeturasen de lo que ven y experimentan que sucede á los otros, y creyesen muchas cosas de sí mismos, solamente por la autoridad de aquellas mujeres que los asistieron en aquella edad.

Yo entonces verdaderamente ya tenía algún ser, y también tenía vida; y al írseme acabando aquella edad de mi infancia, buscaba indicios y señas con que darme á entender á otros, y hacerles conocer mis pensamientos y deseos. ¿Quién sino Vos, Dios mío, había de ser el autor de una tal criatura? ¿Por ventura puede alguno ser la causa ó artífice de sí mismo? ¿Ó hay algún otro conducto por donde se nos comunique el ser y la vida, fuera de Vos, que nos hacéis y formáis, y en quien el ser y el vivir no son dos cosas realmente distintas; sino que Vos mismo sois la suma vida y el sumo ser?

Sumo sois, y no sois capaz de mutación; ni este día que para nosotros pasa y se hace sucesivamente, pasa también para Vos; no obstante que él está en Vos, donde

están todas las cosas; porque no tuvieran camino alguno por donde ir pasando, si no estuvieran contenidas en Vos. Como vuestros años no pasan, ni se acaban, por eso todos ellos no son más que un día presente siempre y continuo. ¿Cuánta multitud de días nuestros y de nuestros padres han pasado ya por ese vuestro día siempre presente, y de él tomaron su modo de existir, y efectivamente existieron á su modo; y todavía han de pasar por él otros muchos que tomarán de él su modo de ser sucesivamente, y existirán y serán según su modo?

Pero Vos, Señor, siempre sois el mismo; y todas las cosas que han de ser mañana y en los demás días adelante, y todas las que fueron ayer y en los demás días antecedentes, en ese hoy vuestro las haréis, y en ese hoy las habéis hecho.

¿Qué importará, si alguno no entendiere esto que digo? Alégrese él no obstante, y exclame diciendo: ¡Qué misterio tan grande será este! Alégrese, vuelvo á decir, aunque no lo entienda bien; y quiera más hallaros sin entenderlo, que entenderlo sin hallaros.

CAPÍTULO VII.

Que aun la primera edad de la infancia no está libre de pecados.

11. Sedme propicio, Dios mío, y aplacad vuestro enojo contra los pecados de los hombres. Aunque sea un pecador el que os invoca, tenéis misericordia de él, porque Vos hicisteis al hombre, pero no á su pecado.

¿Quién podrá hacer que yo me acuerde de los pecados de mi infancia? porque nadie está limpio de pecado en vuestra presencia, aunque sea el infante recién nacido, que hace un solo día que vive sobre la tierra. Pues ¿quién me los podrá traer á la memoria? ¿Por ventura me los podrá acordar cualquier niño tamañito, en quien echo de ver lo que de mi no me acuerdo?

Pero ¿en qué podía yo pecar entonces? ¿Por ventura sería en pedir el pecho ansiosamente y llorando? porque si ahora pidiera yo el alimento correspondiente á mi edad con tanta ansia como entonces el pecho, con razón se burlarían de mí los hombres, y justísimamente sería reprendido. Luego, es verdad que también entonces hacía algunas cosas reprensibles, aunque ni la razón ni la costumbre permitieran que fuese yo reprendido entonces, pues no podía entender á quien me reprendiese. Es verdad que después, conforme vamos siendo mayores, vamos perdiendo también y echando fuera de nosotros estos malos resabios y propiedades; pero también lo es, que jamás se habrá visto que un hombre cuerdo y juicioso, cuando quiere limpiar ó purificar alguna cosa, quite y arroje de ella lo que tenía de bueno.

¿Se puede acaso decir, que eran buenas propiedades respecto de aquella edad, pedir llorando aun aquello que le sería dañoso, indignarse fuertemente con los que no son sus criados, con las personas libres y respetables por su mayor edad, con los mismos que le dieron el ser y con otros muchos sujetos prudentes, que no quieren obedecer á las insinuaciones de su voluntad; y procurar también, cuanto le es posible, maltratarlos con araños y golpes, porque no obedecen á lo que el niño manda, cuando le sería perjudicial y dañoso que le obedecieran? De donde puede inferirse, que en la infancia la pequeñez y delicadeza de aquel cuerpecito no puede hacer daño; pero que el ánimo, aun en aquella edad, no es inocente.

Yo mismo he visto y experimentado á un niño de pecho, que aun no sabía hablar, y tenía tales celos y envidia de otro hermanito suyo de leche, que le miraba con un rostro ceñudo, y con semblante pálido y turbado. ¿Y quién hay que pueda ignorar esto? Dícese que las madres y las amas enmiendan estos y semejantes defectos de los niños, usando de no sé qué remedios.

Mas ¿podrá decirse que también es inocencia, no poder sufrir un niño que de aquella fuente de leche copiosa y abundante participe el otro que está necesitado, y solamente puede vivir con aquel alimento? No obstante se les toleran con facilidad y se les disimulan estas cosas, no porque sean de ninguna ó muy poca importancia, sino porque han de acabarse con aquella edad. Y aunque Vos, Señor, aprobéis que con los niños se tenga esta conducta; no obstante, si aquellas propiedades se advirtieran en otro de más años, no debieran disimularse ni sufrirse.

12. Vos, pues, Dios y Señor mío, que disteis al niño aquella vida de que goza y aquel cuerpo dotado de sentidos, como lo vemos, y adornado de sus miembros y figura bien proporcionada; y para la conservación é integridad de todo esto le disteis también los conatos y esfuerzos que son propios de un viviente animado y sensitivo, me mandáis que por todo esto os alabe y bendiga, os confiese y cante á vuestro nombre cánticos de alabanzas, ó altísimo y soberano Señor de cielo y tierra, pues verdaderamente os dais á conocer por Dios todopoderoso y sumamente bueno, aunque no hubiérais hecho más que estas cosas, que nadie puede hacer sino Vos solo, de quien únicamente provienen todos los modos y diferencias que tienen de ser las criaturas, y como hermosísimo dais hermosura á todas las cosas, y las ordenáis y gobernáis por las justísimas leyes que les habéis impuesto á todas ellas.

Esta mi edad, Señor, que yo por mí no me acuerdo haberla tenido ni pasado, acerca de la cual tengo que creer lo que de ella otros me refieren, y que yo mismo conjeturo haberla vivido, por lo que veo y experimento en los demás niños (bien que esta conjetura es muy segura y cierta), no me determino á juntarla con la vida que tengo ni á contarla por una parte de lo que he vivido en este mundo. Porque en cuanto á estar envuelta en las oscuras tinieblas de mi olvido, es igual y semejante á la que tuve y pasé en el vientre de mi madre. Pues decidme, Dios mío, habiendo yo sido concebido en culpa, y viviendo en ella en el seno de mi madre; ¿en dónde, Señor, yo siervo vuestro estuve sin pecado, ó en qué tiempo he sido inocente? Pero dejo aparte toda aquella edad; porque ¿qué he de hacer ni decir de ella, si no ha dejado algún rastro en mi memoria?

CAPÍTULO VIII.

Del modo con que aprendió á hablar, cuando llegó á la niñez.

13. Creciendo insensiblemente y adelantando en edad todos los días, llegué desde la infancia á la puericia; ó por mejor decir, la puericia llegó y sucedió á mi infancia. Ni esta se retiró ó apartó de mí, porque ¿á dónde se ha ido? pero verdaderamente dejó de ser y se acabó aquella edad. De modo, que ya no era yo infante, esto es, sin habla, sino niño que podía hablar y hablaba.

Yo me acuerdo bastante de esto, y he reflexionado después el modo con que aprendí á hablar; porque no fue esto por medio de alguna enseñanza de mis maestros ó mayores, que me fuesen diciendo las palabras con determinado orden y método de doctrina, como poco después me enseñaron á leer; sino que yo mismo aprendí, valiéndome del entendimiento que Vos, Dios mío, me disteis. Porque viendo que ni con gemidos y voces diferentes, ni con varios movimientos y ademanes del cuerpo, podía explicar como quería los interiores afectos y deseos de mi voluntad, de modo que me entendiesen todos, y todo lo que les quería decir para que me obedeciesen: pronunciaba yo mentalmente las voces y palabras que oía, cuando ellos nombraban alguna cosa; y cuando en correspondencia de alguna palabra que habían dicho se movían corporalmente hacia alguna cosa, lo veía y observaba; y entonces conocía que aquella cosa se nombraba con aquella misma voz que ellos habían pronunciado, cuando querían mostrarla ó significarla. Se conocía que ellos querían esto, por las acciones y movimientos del cuerpo, que son como palabras naturales y lenguaje de que usan todas las naciones; y se forman ya con todo el rostro, ya con los ojos solamente, ya con otras señas de los demás miembros del cuerpo, y ya finalmente con el sonido de la voz: con cuyas señas y acciones dan á entender las afecciones del alma en orden á pedir, retener, desechar, huir ó aborrecer estas ó aquellas cosas.

De este modo iba yo aprendiendo poco á poco muchas palabras en varias sentencias y proposiciones que oía, puestas y colocadas en sus propios y correspondientes lugares; y oyendo unas mismas palabras muchas veces, iba aprendiendo lo que significaban. Finalmente, adiestrándose mis labios y lengua en formar aquellas mismas palabras, conseguí explicar con ellas los deseos de mi voluntad. De este modo comencé á hablar con los que andaban á mi lado, y este fue como el primer paso que di en la carrera peligrosa del trato y sociedad humana, dependiendo siempre de la autoridad de mis padres y voluntad de mis mayores.

NOTA

1. Los antiguos, según dice san Isidoro (lib. 11 Orig. cap. 2) dividían la vida del hombre en seis edades, esto es, en infancia, puericia, adolescencia, juventud, varonía ó gravedad, y la vejez. La infancia comprendía los siete primeros años desde que nace el hombre; y la puericia los siete siguientes. La adolescencia comprendía otros catorce años, y se extendía hasta los veintiocho. La juventud se concluía á los cincuenta años. La varonía ó gravedad (que es la edad media entre la juventud y vejez), duraba hasta los setenta años. Y últimamente la vejez, que no tiene más término que la muerte.

CAPÍTULO IX.

Del aborrecimiento que los muchachos tienen al estudio, amor al juego, y temor al castigo.

14. ¡Qué de miserias y engaños, Dios y Señor mío, comencé desde luego á experimentar en la sociedad humana! porque desde la tierna edad de mi puericia me proponían y enseñaban que era recio y justo obedecer á los que me aconsejaban que procurase lucir y florecer en este siglo, aventajándome y sobresaliendo en el estudio de aquellas artes y facultades parleras, que sirven para adquirir reputación y honor entre los hombres, y las riquezas del mundo vanas y falaces.

En consecuencia de esto me pusieron á la escuela para que aprendiese á leer y escribir: en lo que yo no advertía qué utilidad pudiese haber; y no obstante, me azotaban cuando era negligente en aprender. Este rigor era alabado de mis padres y mayores; pero ello es cierto que muchos que nos han precedido en esta vida nos han dejado abiertos unos caminos trabajosos, por los cuales nos hacen ir por fuerza, multiplicando así los dolores y penalidades á los hijos de Adán.

Pero hallé y tuve maestros que os invocaban, Dios y Señor mío, y en sus necesidades se encomendaban á Vos, y yo también lo aprendí de ellos. Desde entonces conocí yo, según los alcances de mi corta edad, que Vos erais una cosa tan grande y excelente, que podíais oírnos y favorecernos, aunque no os manifestarais á nuestros sentidos. Por lo cual desde niño acostumbraba acudir á Vos como á mi defensa y amparo, y rompía los nudos de mi lengua para invocaros y pedir os favor; y aun siendo yo tan pequeño, os suplicaba con el mayor fervor que no me azotasen en la escuela. Y cuando (para bien mío) no me lo concedíais, los hombres, y aun mis padres que no me deseaban mal alguno, se reían de que me hubiesen azotado; siendo así que era para mí entonces el mayor y más grave mal que pudiera sucederme.

15. ¿Hay por ventura, Señor, algún ánimo tan grande, y unido á Vos con un amor tan fino y excelente, que se burle tanto de los trabajos por vuestro amor? (porque la insensatez puede también hacerlo): ¿hay, pues, algún hombre, vuelvo á decir, que en fuerza del amor y caridad fervorosa con que os ama, esté tan grandemente apasionado de Vos, que se burle de los potros, garfios de hierro, y de otros tormentos semejantes? (para librarse de los cuales, y compelidos del gran temor que les tienen los hombres, en todo el universo acuden á Vos con fervorosas súplicas): ¿hay, pues, alguno que los juzgue todos tan leves y de tan poca consideración, que se burle tanto de los que temen aquellas penas y martirios, como nuestros padres se reían y burlaban de los

tormentos con que los muchachos éramos afligidos de nuestros maestros? Pues á la verdad, ni yo los temía menos que aquellos otros puedan temer los tormentos insinuados, ni os suplicaba con menos fervor que ellos, que me libraseis de semejantes castigos, no obstante que yo los mereciese por mi negligencia en aprender, haciendo menos de lo que me pedían y mandaban en cuanto á leer y escribir. Porque á mí no me faltaba memoria ni ingenio, pues Vos, Señor, me lo disteis muy suficiente para aquella edad; pero gustaba del juego, y por él me castigaban los que tenían el mismo gusto y ejecutaban lo propio. Pero los juegos y diversiones de los que son ya hombres hechos se llaman quehaceres, negocios y ocupaciones; y los juegos y entretenimientos de los muchachos son castigados de los maestros y mayores como delitos; y no hay quien tenga lástima ni se compadezca de aquellos, ó de estos, ó de unos y de otros.

En efecto, cualquier hombre que juzgue bien y rectamente de las cosas, no me parece que aprobaría que yo fuese azotado por jugar á la pelota en aquella edad, porque el juego me impedía aprovechar en un estudio, con el cual había yo de jugar, cuando mayor, con modo más culpable y reprehensible; ni tampoco negaría, que el mismo que me azotaba incurría en semejantes ó mayores defectos, pues si en alguna disputa era vencido por otro maestro quedaba más atormentado de cólera y envidia, que podía yo quedar, cuando en el juego de la pelota era vencido del compañero con quien jugaba.

CAPÍTULO X

Como por amor al juego no se aplicaba al estudio.

16. No obstante, ello es cierto que yo pecaba, Dios y Señor mío, autor y ordenador de todas las criaturas (aunque de los pecados solamente ordenador, mas no autor), es cierto que yo pecaba, obrando contra lo que me mandaban mis padres y maestros: pues podía hacer buen uso de aquellas letras que querían que aprendiese, fuese su ánimo entonces el que fuese. Porque, a la verdad, yo no dejaba de hacer aquello que me mandaban, por ocuparme en otras cosas mejores; sino por la afición que tenía al juego, en cuyos lances deseaba con cierto aire de soberbia quedar siempre victorioso; y también porque gustaba de oír fingidos cuentos y fábulas, que cada vez me aficionaban más, y excitaban en mí mayor deseo de oírlas: y avivándose más y más mi curiosidad, y pasándose de los oídos a los ojos, me inclinaba y hacía desear ardientemente hallarme en aquellos espectáculos y juegos a que los hombres ya grandes solían asistir: los cuales espectáculos y juegos los disponen y mandan ejecutar unos sujetos tan autorizados y de tan superior dignidad en la república, que casi todos los demás hombres desearían que sus hijos llegasen a verse en estado de mandar y disponer aquello mismo; y no obstante, llevan a bien y consienten que sean castigados, si por divertirse en ver aquellos juegos, dejan de adelantar en el estudio, con el cual desean que lleguen algún día a poder dar al pueblo aquellos espectáculos y diversiones.

Mirad, Señor, con ojos de misericordia estas contrariedades de los hombres, y libradnos de incurrir en ellas a todos los que os invocamos; y librad también a los que todavía no os invocan, para que lo hagan, y los libréis enteramente.

NOTA

1. Es doctrina del santo Doctor, y la repite muchas veces, que de los mismos pecados de los hombres se suele Dios servir, ya para castigo de otros antecedentes, ya para humillar a los soberbios, ya para otros fines de su ocultísima y justísima providencia. Así en el capítulo XII de este mismo libro dice el Santo: Tu vero... errore omnium... utebáris ad utilitatem meam: meo autem... (scil. utebáris) ad poenam meam. Ha de non bene facientibus tu bene faciebas mihi. Jussisti enim, et sic est, ut poena sua sibi sit omnis inordinatus animus: pero del error que cometían todos aquellos... os servíais para mi provecho; y del que yo cometía... os valíais para mi castigo. Así, Señor, de los que no hacían bien, hacíais bien para mí: y de mi mismo pecado formabais justamente mi castigo. Porque Vos habéis dispuesto (y se cumple puntualmente la orden), que todo corazón desordenado sea verdugo de sí mismo.

También en el libro II de la ciudad de Dios, capít. 17, dice el Santo: *Deus sicut naturarum bonarum optimus Creator est, ita malarum voluntatum justissimus ordinator*: así como Dios es óptimo creador de todas las cosas buenas, así es también justísimo ordenador de todas las voluntades malas. De donde se infiere que la mente de san Agustín en este capítulo X de las Confesiones es la misma que en los lugares citados, y en otros muchos que pudieran citarse: y en todos enseña constantemente el Santo, que de las cosas buenas es Dios no solamente ordenador, sino también autor y creador; pero de los pecados, errores y vicios solamente es ordenador: *peccatorum tantum ordinator*; no porque los mande, sino porque primeramente los permite, y luego los ordena a los fines que tiene determinados su altísima providencia, que tuvo por mejor sacar de los males bienes, que dejar de permitir que hubiese males: *Melius judicavit de malis bene facere, quam mala nulla esse permittere*, que dice el santo Doctor en el Enquiridion, cap. 29 y 27.

CAPÍTULO XI

Afligido con una enfermedad pide el Bautismo: pero habiéndose mejorado prontamente, se dilata el dársele por consejo de su madre.

17. Desde mi niñez había oído hablar algunas veces de la vida eterna que nos está prometida por el abatimiento y humildad de Jesucristo, Dios y Señor nuestro, que se dignó bajar hasta nosotros para curar nuestra soberbia: y por el cuidado y solicitud de mi madre, que tenía puesta en Vos toda su confianza, desde que nací era yo santiguado en vuestra Iglesia con la señal de la cruz, y había sido participante de su misteriosa sal. Pues ya sabéis, Señor, que siendo yo muy pequeño todavía, me vi acometido repentinamente de un gravísimo dolor de estómago, que me puso en términos de morir. Vos, Dios mío, que velabais como mi guarda y amparo sobre la salud de mi alma, visteis con cuánta ansia y anhelo de mi corazón, y con cuánta fe pedí a mi piadosa madre, y a la que es madre de todos nosotros, vuestra Iglesia católica, que me concediese el bautismo de Jesucristo, vuestro Hijo, Dios y Señor nuestro.

Este accidente conturbó mucho a mi madre; pero como deseaba mi salud eterna, y con el más fino amor y caridad me paría espiritualmente a vuestra fe, procuró a toda prisa que se me confiriese aquel saludable Sacramento, con que había de ser lavado de todas las manchas de mis culpas, confesando a mi Señor Jesucristo para lograr el perdón de todos mis pecados: y hubiera tenido efecto nuestra intención entonces, a no ser porque mejoré prontamente, y quedé fuera de aquel peligro. Así se dilató para más adelante mi bautismo, en que se había de haber lavado y purificado mi alma: creyendo que después de aquel lavatorio serían mayores y más peligrosas las manchas de mis delitos; como si fuera inevitable y forzoso el volver a mancharme, si quedaba vivo.

De modo, Señor, que desde aquella edad ya creía yo en Vos, juntamente con mi madre y toda nuestra familia, exceptuando a mi padre solamente: cuyo respeto y autoridad nunca preponderó en mi estimación a la que yo tenía y hacia de la piedad de mi madre; y así no pudo él con su ejemplo apartarme de creer en mi Señor Jesucristo. Y por otra parte ponía mi madre toda su atención en procurar que a Vos, Dios mío, estuviese por mi padre verdadero, más bien que al que me había engendrado. Y Vos, Señor, la ayudabais, haciendo que su dictamen y piedad prevaleciesen en mí, respecto de la autoridad y ejemplo del varón a quien ella no obstante obedecía y servía, siendo mejor que él: porque conocía que en esto os servía y obedecía a Vos, que se lo mandabais.

18. Pero quisiera saber, Dios mío (si esto fuere conforme a vuestra voluntad), con qué fin se dilató mi bautismo por entonces: y si acaso fue para mi provecho, que con aquella dilación me dejaran como sueltas las riendas para pecar; o si verdaderamente no fue esto dejármelas sueltas para el pecado. Porque si no es así, ¿qué fundamento puede tener lo que aún ahora por todas partes oímos decir de muchos: Dejadle que haga lo que quiera, pues aún no está bautizado? Pero en verdad, que hablando de la salud del cuerpo no decimos: Dejadle que reciba más heridas, o que tenga más llagas, pues todavía no ha sanado de las primeras.

Pues ¿cuánto mejor hubiera sido que se me hubiese dado cuanto antes la salud, y que mis cuidados y los de mis padres se ocupasen en conservar y asegurar, mediante vuestra protección, la salud de mi alma, que hubiera entonces recibido de Vos? Mejor hubiera sido ciertamente. Pero las muchas y grandes olas de tentaciones que me amenazaban, y después de pasada la puericia habían de acometerme, ya mi madre las presentía y conocía anticipadamente; y más quiso exponer a los golpes de aquellas olas el barro de que se había de formar después mi imagen, que no la misma imagen formada ya y perfecta.

NOTA

1. No era permitido a los catecúmenos hacer ellos sobre sí la señal de la cruz, ni tampoco tomar por sus manos la sal que se les daba durante el estado de catecúmenos; sino que esto lo recibían de mano de los ministros catequizantes. Tampoco se les permitía aprender ni rezar el Símbolo de la fe, ni la oración del Padre nuestro, solamente se les cantaba uno y otro, y se les explicaba algunos días antes de recibir el Bautismo; pero se les daba la sal misteriosa y bendita, siempre que se les examinaba; y antes y después de recibirla, les hacían muchas veces la señal de la cruz con este orden: En primer lugar el padrino y la madrina, en segundo un acólito, en tercero el padrino, en cuarto otro acólito, en quinto el padrino, en sexto otro tercer acólito, en séptimo el padrino, en octavo un presbítero, y en noveno lugar el padrino. La Iglesia romana había establecido fuesen siete estos exámenes o escrutinios que se hacían de los catecúmenos, en reverencia de los siete dones del Espíritu Santo: comenzaban el miércoles de la tercera semana de Cuaresma, y se acababan en uno de los días de la Semana Santa: y solamente después del séptimo y último escrutinio, era cuando se les explicaba la primera vez el símbolo de los catecúmenos, y desde entonces se les llamaba Competentes.

CAPÍTULO XII

Como le compelían y forzaban al estudio, y cómo Dios volvía en bienes sus males.

19. En aquella misma edad de mi puericia, en que había menos que temer que en la juventud, no amaba yo las letras, y aborrecía que me precisasen a estudiarlas. En esto me hacían bien, y yo era el que obraba mal; porque no hubiera aprendido si por fuerza no me hubieren obligado; y porque ninguno hace bien aquello que hace por fuerza, aunque sea bueno aquello mismo que hace.

Ni tampoco me hacían bien los que me violentaban al estudio; sino que todo el bien que se me hacía en esto, de Vos me provenía, Dios y Señor mío. Porque ellos no miraban ni atendían a qué fin podía yo ordenar aquellas letras que por fuerza me hacían aprender, más que a saciar los insaciables deseos de una rica pobreza y de una afrentosa gloria. Pero Vos, que tenéis contados todos los cabellos de nuestra cabeza, del error que cometían todos aquellos que me violentaban, usabais Vos para mi provecho; y del que yo cometía no queriendo aprender, os valíais para mi castigo: que no dejaba de merecerlo, siendo en aquella edad tamañito muchachuelo y tamaño pecador. Así, Señor, de los que no hacían bien en lo que hacían conmigo, sacabais bien y provecho para mí; y de mi mismo pecado sacabais justamente mi castigo. Porque Vos tenéis dispuesto (y se cumple puntualmente el orden vuestro) que todo ánimo desordenado sea verdugo de sí mismo.

CAPÍTULO XIII

A qué estudio se aficionaba más.

20. Desde mi tierna edad me hacían aprender el griego; pero yo aborrecía semejante estudio: y no sé por qué le tenía tanta aversión entonces, que aún ahora no he podido acabar de averiguar el motivo.

Al contrario me sucedió con el latín, al cual me aficioné mucho; no digo aquel latín que podían enseñarme los maestros de primeras letras, sino el que enseñan los que se llaman gramáticos; porque aquel otro estudio de las primeras letras, en que se aprende a leer, escribir y contar, no le tenía por menos pesado y penoso que el de todo el griego.

Pues ¿de dónde podía dimanar esta aversión, sino de mi pecado, y de lo caduco de esta vida, por ser el hombre compuesto de carne animada de un espíritu, cuya vida es como un soplo de aire pasajero que va y no vuelve? Porque a la verdad, el estudio de aquellas primeras letras era mejor y más sólido; pues con él podía conseguir, como de hecho conseguí entonces y también ahora, ya el leer lo que hallo escrito, ya también escribir todo lo que quiero. Pero en el otro estudio, a que yo me incliné más, me obligaban a aprender los errados rumbos de no sé qué Eneas, olvidándome de lo errado de los míos: y a llorar la desgracia de Dido, que por amor de Eneas se mató a sí misma; cuando yo, miserable de mí, no lloraba la muerte que a mí mismo me daban estas fábulas, apartándome de Vos, que sois mi Dios y mi vida.

21. ¿Qué cosa más digna de compasión y lástima, que un hombre infeliz y miserable que no tenía lástima ni se compadecía de sí mismo, y que lloraba la muerte de Dido causada de su grande amor a Eneas; no llorando mi propia muerte, causada de no amaros a Vos, Dios mío, luz de mi corazón, sustento y fortaleza de mi alma, y virtud que la fecundáis, llenando toda la capacidad de mi entendimiento?

No os amaba yo, Señor; antes bien os era desleal: y andando así perdido, por todas partes oía mis aplausos. Porque tener amistad con este mundo, es apartarse de Vos: y por ese apartamiento recibe el hombre aplausos en el mundo, para que se avergüence, si no persevera en la unión y amistad de quien le aplaude tanto.

No lloraba yo esto, y lloraba a Dido, que por último extremo de su amor se mató a sí misma; siendo así que yo amaba extremadamente a vuestras criaturas, dejándoos de amar a Vos, y portándome como terreno en tener puesta mi afición en cosas de la tierra. Y estaba tan aficionado y adherido a aquella lectura, que si me

estorbaran leer aquellas cosas, lo sentiría mucho, porque no me dejaban leer lo que me causaría sentimiento. Pues estas y semejantes locuras son reputadas por mejores estudios, y aplaudidas con el nombre de bellas letras: y su estudio se juzga de más utilidad que el otro en que me enseñaron a leer y a escribir.

22. Pero al presente, Dios mío, dad voces en lo interior de mi alma, y clame allí vuestra verdad diciéndome: No es así, no es así; mejor es sin duda aquella doctrina y enseñanza primera. Porque a la verdad yo más quisiera que se me olvidaran los rodeos por donde anduvo Eneas, y las demás historietas a este modo, que el escribir y leer.

Bien sé que las puertas de sus aulas las cubren los gramáticos con una especie de velos o cortinas; pero estas no tanto sirven para significar los misterios que sus fábulas ocultan, cuanto para encubrir los errores y desvaríos que allí se enseñan.

No tienen que alborotarse ni dar voces contra mí; que no les temo desde que en vuestra presencia, Dios mío, confieso los afectos y deseos de mi alma, y he resuelto acusarme de las erradas sendas que he seguido, para enmendar lo que he errado, y seguir de aquí adelante el camino de vuestras santas leyes y preceptos.

No se me opongan, ni griten contra mí los que viven de vender y comparar las doctrinas y reglas de la gramática; porque si yo les pregunto si es verdad que Eneas vino alguna vez a Cartago, como dice Virgilio, los menos instruidos responderán que no lo saben; pero los que saben algo más, dirán que aquello no es verdad. Pero si les preguntase con qué letras se escribe el nombre de Eneas, todos los que aprendieron a escribir responderán uniformemente y conformándose con aquellas reglas y forma de caracteres que están instituidos y determinados por el convenio y voluntad de los hombres, y será verdadera su respuesta. Y finalmente, si les preguntara cuál sería mayor daño para esta vida, olvidársele a un hombre el leer y el escribir, u olvidársele todas aquellas ficciones poéticas, ¿quién no ve lo que respondería cualquiera que no estuviese olvidado enteramente de sí mismo?

Luego aun siendo muchacho hacía yo mal en amar y aficionarme más al estudio de aquellas cosas tan vanas, que al de estas, que son más útiles y provechosas; o por mejor decir, obraba mal amando aquellas, y aborreciendo estas. Pues ¿qué diré de mi repugnancia a los primeros principios de la aritmética? Era para mí una canción insufrible el oír a los otros, y repetir yo mismo: uno y uno son dos; dos y dos son cuatro; cuando por otra parte era para mi gusto un pasaje muy delicioso, el de aquel caballo de madera lleno de gente armada, el incendio de Troya, y la sombra de Creúsa.

NOTA

1. Como si dijera: Esto nacía de lo caduco y frágil de mi vida; porque siendo el hombre compuesto de alma y cuerpo, tiene diversas y contrarias inclinaciones. Y como dice el P. J. M., carne y espíritu aquí se deben tomar en el mismo sentido que cuando dijo nuestro Salvador: El espíritu está pronto, pero la carne es flaca: Spiritus quidem promptus est, caro autem infirma. (Matth. xxvi, 41).

CAPÍTULO XIV

Del aborrecimiento que tenía al estudio de la lengua griega.

23. Pues ¿cómo aborrecía yo también la gramática griega, que enseña estas y semejantes fábulas? Porque Homero verdaderamente es diestrísimo en tejer estas ficciones, y es dulcísicamente vano; y no obstante, era bien amargo para mí cuando muchacho. Yo creo que lo mismo les sucederá respecto de Virgilio a los muchachos griegos de nacimiento cuando los obliguen a aprenderle, como a mí me obligaban a aprender a Homero.

Esto debía consistir en que la gran dificultad que generalmente hay en aprender una lengua extraña, servía de amarga hiel con que se rociaban todas las dulzuras que yo hallaba en la narración de las fábulas griegas. Pues cuando aún no sabía palabra de aquel idioma, me obligaban con terribles amenazas y crueles castigos a que le aprendiera.

Es verdad que también durante algún tiempo de mi infancia estuve sin saber palabra alguna de la lengua latina; y con todo eso, solamente de oírla hablar la aprendí (sin que me hostigasen con miedos ni tormentos), entre los halagos y caricias de las amas, y entre las chanzas y juegos de los que me entretenían o se divertían conmigo. Pero si la aprendí, sin que ninguno me estimulase con castigos ni amenazas, fue porque mi mismo corazón me obligaba a que manifestase sus interiores afectos; lo que no pudiera hacer, si no hubiera aprendido algunas palabras, no de los que las enseñaban, sino de los que las hablaban en mi presencia, en cuyos oídos procuraba yo también ir pariendo a mi modo mis conceptos. De donde se infiere, que para aprender estas cosas conduce más una curiosidad voluntaria, que el temor y la violencia.

Pero ya conozco, Dios mío, que es voluntad vuestra servir de este freno, para reprimir el exceso de aquella curiosidad: siendo este uno de los efectos de vuestras leyes y determinaciones, que comprenden y abrazan todas las edades de los hombres desde las palmetas que sufren los niños de mano de sus maestros, hasta las torturas que padecen de los tiranos los mártires; y de este modo vuestras divinas leyes nos hacen volver a Vos, porque van mezclando saludables amarguras en los mismos deleites ponzoñosos que nos habían apartado de Vos.

CAPÍTULO XV

Oración del Santo a la Majestad divina.

24. Oíd, Señor, benignamente la súplica que os hago, y concededme que mi alma no desfallezca siguiendo los documentos de vuestra enseñanza, y no cese yo de alabaros y bendeciros por las misericordias que conmigo habéis usado, sacándome de todos los perversos caminos de la iniquidad, por donde yo andaba perdido. Haced, Dios mío, que perciba en Vos una dulzura incomparablemente mayor que la de todos los engañosos deleites que antes seguía; y así os ame ardientísimamente y cuanto me fuere posible; y que con todas las fuerzas de mi alma me abrace de vuestra mano poderosa, para que me saquéis victorioso de todas las tentaciones que hasta el fin de mi vida me puedan acometer.

Y pues Vos, Señor, sois mi verdadero Rey y mi Dios, quiero emplear en servicio vuestro todo cuanto bueno y útil aprendí de muchacho. Sea, vuelvo a decir, para servicio vuestro todo cuanto aprendí y adelanté en hablar, en leer, en escribir y en contar, lo cual yo os consagro en reconocimiento de lo que me castigasteis por la adhesión que tenía a aquellas vanidades de las fábulas, y de que me habéis perdonado los pecados de deleitarme en ellas. Es cierto que estudiándolas aprendí muchos buenos vocablos y palabras útiles; pero también lo es, que se pueden aprender en otros escritos, que no son tan fabulosos y vanos; y este es el camino seguro por donde se había de llevar a los muchachos.

NOTA

1. Esto que dice aquí san Agustín, se vio claramente cumplido, con gran provecho de los estudiantes cristianos, en tiempo del emperador Juliano el apóstata. Sintiendo este, y deseando impedir que los profesores cristianos, explicando a sus discípulos el poeta Homero y otros autores gentiles, les hiciesen ver lo ridículo de la religión pagana, publicó dos leyes: por la una excluyó de toda cátedra y enseñanza a los cristianos; y en la otra prohibió a los cristianos estudiantes no solamente la entrada en los colegios públicos, sino también la lectura de los autores profanos. Entonces los hombres más hábiles y sabios entre los cristianos, como san Gregorio Nacianceno, Apolinar, Orígenes, y algunos otros, que estaban muy versados e instruidos en toda clase de letras, compusieron en prosa y verso infinidad de tratados sobre todas materias, y los pusieron en manos de los jóvenes cristianos, por donde ellos aprendían todo cuanto era necesario y conducente para pulir e ilustrar su entendimiento, para ejercitar la memoria, y para formar su corazón, sin el riesgo de beber con la doctrina la ponzoña del vicio. Pues esto mismo que consiguieron entonces los cristianos, compelidos de la persecución, se pudiera conseguir mejor en todo tiempo, como dice aquí san Agustín.

CAPÍTULO XVI

Reprueba el método que comúnmente se observa en la enseñanza de la juventud.

25. Pero ¡oh funesto y caudaloso río de la costumbre! ¿quién te podrá resistir? ¿Hasta cuándo ha de durar tu corriente sin secarse? ¿Hasta cuándo envolverás en tus olas a los hijos de Eva, dando con ellos en este mar profundo y espantoso, que apenas en la sagrada nave de la cruz se puede vadear?

¿Por ventura no fue la costumbre la que puso en mi mano aquellos libros, en que leí que Júpiter truena en el cielo, y adultera en la tierra? Y verdaderamente él no pudiera hacer estas dos cosas; pero esto se fingió con la mira de que el adulterio verdadero tuviese un modelo autorizado con un trueno fingido.

Pero ¿qué filósofo de buen juicio oye con serenidad de ánimo y con paciencia lo que el otro de su misma profesión está clamando y diciendo: Estas cosas las fingía Homero, que trasladaba a los dioses las flaquezas de los hombres, y más quisiera yo que hubiera trasladado a nosotros las virtudes de los dioses? Es muy cierto que Homero fingió todas estas cosas; pero fue siempre atribuyendo divinidad o haciendo dioses a unos hombres viciosos y malvados, para que los delitos más enormes no pareciesen tales; y para que se juzgase que cualquiera que hiciese aquellas maldades, no imitaba a unos hombres perdidos, sino a unos dioses que habitaban en los cielos.

Y no obstante eso, ¡oh río infernal de la costumbre! a ti se arrojan los hijos de los hombres con los estipendios que dan por aprender unas máximas tan perjudiciales; y se tiene por una gran cosa, cuando esto se ejecuta públicamente en la plaza y con autoridad de las leyes, que determinan se les den salarios y gratificaciones además de sus ordinarios estipendios, y entonces conmovidas tus piedras con el imperio de tus olas, hacen gran ruido diciendo: aquí se aprende a hablar bien: aquí se adquiere la elocuencia, tan necesaria para persuadir las cosas y explicar las sentencias. Pues qué, ¿no podríamos saber estas palabras, rocío de oro, regazo, engaño, bóveda del cielo, y otras tales voces que se hallan escritas en la misma fábula, si Terencio no hubiera introducido en una de sus comedias a aquel joven lascivo que toma a Júpiter por ejemplo de su impureza, mirando una pintura que había en la pared, donde se representaba el modo con que dicen que Júpiter engañó a Dánae, bajando a su regazo disfrazado y transformado en rocío o lluvia de oro? Y ve aquí como aquel joven se provoca a sí mismo a deshonestidad, diciendo de este modo: «¿Pero qué Dios fue el que cometió este estupro? No menos que aquel Dios tan poderoso, que con los truenos hace que se estremecan y retumben las bóvedas del cielo. Pues yo, que soy

un hombre mortal y flaco, ¿tendré por cosa indigna de ejecutarse lo que se dice haber ejecutado un Dios tan grande? Lo hizo efectivamente y con toda voluntad.»

De donde se sigue que la obscenidad y torpeza de esta fábula no es la que sirve y conduce para que se aprendan mejor aquellas expresiones; antes al contrario, por medio de semejantes palabras se obra con mayor libertad aquella torpeza. No acuso yo las voces o palabras, que son como unos vasos preciosos y exquisitos; sino el vino del error que nos daban a beber en ellos unos maestros embriagados ya de él, y que nos castigaban si no queríamos beberle; sin que nos fuera permitido apelar a algún juez sobrio, y que no estuviese preocupado como ellos y poseído del error.

Y no obstante eso, yo, Dios mío, en cuya presencia hago memoria de estas cosas con seguridad, las aprendí gustoso, y pobre de mí, me deleitaba en ellas; y por eso se decía de mí, que era un muchacho de grandes esperanzas.

NOTAS

1. Prosigue quejándose de la costumbre de enseñar a la juventud por aquellos autores profanos y peligrosos; explicando la fuerza de la costumbre en la metáfora de un río, que con su impetuosa corriente lo arrastra todo: pues también todos los hombres se dejan llevar de la costumbre, sin poder resistir el ímpetu y fuerza de su corriente.
2. Continúa la metáfora de un río, que hace ruido con las piedras que conmueve dándose unas contra otras; y así también los hombres que se llevan de la costumbre de enseñar y leer aquellos poetas, dan voces y claman diciendo, que allí se aprende a hablar bien, etc.

CAPÍTULO XVII

Continúa reprendiendo el modo acostumbrado de ejercitar a los jóvenes en el estudio.

27. Permitidme, Dios mío, que diga también algo del ingenio que Vos me disteis, y de los desatinos en que le ejercitaba. Se me daba un asunto, sobre el cual había de componer: y esto causaba bastante desasosiego e inquietud en mi alma, ya por ganar el premio de alabanza, ya por el deshonor a que me exponía, y ya por el miedo de los azotes con que me amenazaban. Se me proponía, pues, por asunto, que dijera yo las palabras que diría Juno airada y muy sentida, porque no podía impedir que abordase a Italia el revés de los troyanos, cuyas palabras nunca había oído que Juno las dijese; pero nos obligaban a que, siguiendo las huellas de las ficciones poéticas, dijésemos en prosa algo que fuese semejante a lo que el poeta hubiera dicho en verso. Y aquel era más alabado, que con más propiedad había sabido contrahacer y remedar los afectos de ira y sentimiento correspondientes a la dignidad de la persona de Juno que él representaba, y que había usado de palabras más propias y expresivas, para adornar y vestir con majestad oportuna las sentencias.

Pero, ¡oh Dios mío y verdadera vida mía! ¿De qué me servía, que cuando llegaba yo a decir lo que me tocaba, recibía más alabanzas y aplausos que los otros mis coetáneos y condiscípulos? ¿Era más que humo y aire todo aquello? ¿Por ventura no había otra cosa mejor en que se ejercitasen mi ingenio y mi lengua? Vuestras alabanzas, Señor, vuestras alabanzas, de que están llenas vuestras santas Escrituras, hubieran suspendido y fijado la inestabilidad de mi corazón, para que no fuese agitado y arrebatado por el aire de aquellas vanidades, para venir a ser ignominiosamente la presa de los inmundos espíritus y potestades aéreas; pues no es uno solo el modo con que se sacrifica a los ángeles apóstatas.

CAPÍTULO XVIII

Que los hombres ponen cuidado en guardar las leyes y preceptos de los gramáticos, y no le ponen en observar los mandamientos de Dios.

28. Pero ¿qué hay que admirar, que me dejase llevar tanto de las vanidades y anduviese tan apartado de Vos, Dios mío, en un tiempo en que se me proponían para mis modelos unos hombres que se llenaban de confusión y vergüenza, si les enmendaban algún solecismo o barbarismo que hubiesen cometido al tiempo de referir algunas acciones propias suyas, que no eran defectuosas; y por el contrario, se gloriaban de verse aplaudidos, cuando referían sus deshonestidades y torpezas con voces propias, expresivas, y con retórico adorno y elegancia?

Vos, Señor, veis estos desórdenes y calláis como paciente, misericordioso y fiel en vuestras promesas; mas ¿por ventura habéis de callar siempre? También ahora os dignáis sacar de este profundo abismo a un alma que os busca sedienta de vuestros deleites, y os dice de corazón: Lo he buscado, Señor, y siempre he de buscar la luz de vuestro rostro; pues muy lejos están de ver, los que siguen la ciega oscuridad de sus pasiones.

Porque el apartarse de Vos, o el volver a Vos, no se hace con pasos del cuerpo, ni consiste en distancia de lugares. ¿Acaso aquel vuestro hijo menor, de quien habla el Evangelio, tomó algún caballo, coche o nave, o voló con alas materiales y visibles, o echó a andar y se valió de sus pies para apartarse de Vos y llegar a aquella región remota y extraña, donde viviendo pródigamente desperdició y malgastó cuanto le disteis al tiempo de su partida? Dulce y amoroso padre fuisteis, cuando le disteis todos aquellos bienes; pero más dulce, benigno y amoroso, cuando volvió a Vos tan pobre y necesitado. Conque el estar un hombre apartado de la luz de vuestro rostro, es estar sumergido en las espesas tinieblas de sus vicios.

229. Mirad, Dios y Señor mío, y miradlo con la paciencia que acostumbráis, cómo observan los hijos de los hombres con mucho cuidado las reglas que han dejado establecidas los maestros antiguos para el uso y pronunciación de las letras y de las sílabas; haciendo tan poco aprecio de las eternas leyes que Vos les habéis dado en orden a su salvación. De suerte que si alguno de los que hacen profesión de saber, o enseñar aquellas reglas en que convinieron los antiguos maestros, pronunciase o escribiese sin aspiración la primera sílaba de esta palabra hombre, desagradaría a los hombres mucho más, que si contra vuestras leyes aborreciese a un semejante suyo. Como si a un hombre pudiera otro enemigo hacerle mayor daño que él se hace a sí

mismo con aquel odio con que se irrita contra su prójimo; o como si un hombre persiguiendo a otro pudiera hacer en él mayor estrago que el que causa en su propio corazón. Y a fe que no es tan íntima a su alma la ciencia de las letras, como es la conciencia propia suya, donde está escrito que en este odio y aborrecimiento ejecuta él con otro, lo que no quisiera que ejecutaran con él mismo.

¡Qué ocultos son vuestros juicios, Dios mío! Solo Vos sois grande, y habitáis en lo alto de los cielos silenciosamente, y por inmutables decretos de vuestra justicia esparcís por el mundo las ceguedades, que sirven de castigo y pena a los deseos desordenados de los hombres. ¡Qué mayor ceguedad que la de un hombre, que deseoso de adquirir fama de elocuente, acusa a otro hombre enemigo suyo, y persiguiéndole con odio cruelísimo, alega contra él en presencia de un juez, que es hombre también como ellos, y a vista de un concurso numeroso de hombres! Este, pues, tiene grandísimo cuidado de que por ignorancia de la lengua no se le escape algún solecismo, como si en latín dijera *ínter hominibus*, y en castellano entre de los hombres; y no se le da cuidado, ni se guarda de aquel odio, con que tira a quitar aquel hombre de entre los hombres.

CAPÍTULO XIX

Que algunos vicios de la puericia pasan también a las otras edades del hombre.

30. A la entrada de semejantes costumbres yacía yo infeliz cuando muchacho, y en tal palestra y doctrina comenzaba a ejercitarme; temiendo más cometer un barbarismo, que tener envidia a otros que no le cometían.

Yo os confieso, Dios mío, todas estas cosas que me las alababan aquellos a quienes yo deseaba agradar: y en esto juzgaba entonces que consistía la rectitud y honestidad de mi vida; porque no veía el abismo de fealdad en que estaba sumergido, y lo apartado que estaba de Vos. Pues aun entre aquellas gentes, ¿qué cosa había más fea y corrompida que yo, que aun siendo ellos tales les desagradaba, engañando con innumerables mentiras a mi ayo, a mis maestros y a mis padres, por amor al juego, y por la afición a ver vanos espectáculos y a imitar con inquietud bulliciosa los juegos y habilidades que en ellos se ejecutaban?

También hurtaba lo que podía de la despensa de casa y de la mesa de mis padres, ya por golosina, ya por tener que dar a otros muchachos que me vendían el gusto de jugar conmigo, no obstante que se divertían tanto como yo en el juego. En él comúnmente hacía trampas para quedar victorioso; siendo yo verdaderamente el vencido de aquel vano deseo de sobresalir y de quedar superior. Y no había cosa que menos pudiese sufrir, que el que me hiciesen las mismas trampas que les hacía a ellos; ni había cosa que más severamente reprendiese en los otros, cuando los cogía en alguna de ellas; y cuando a mí me cogían y reprendían, más quería enfadarme con todos y reñir, que ceder y darles la razón.

¿Es acaso esta la que se puede llamar inocencia pueril? No lo es, Señor, no lo es, Dios mío; porque estas mismas propiedades ejecutadas con los ayos y maestros, con las nueces, bolitas y pajarillos, pasan después a ejecutarse con los gobernadores y reyes, con el oro, posesiones y esclavos: estos mismos procederes pasan ciertamente a las otras edades mayores, que suceden y se siguen a la puericia, como a las palmetas de los muchachos suceden otros mayores castigos.

Con que, mi Dios y mi Rey, cuando Vos dijisteis que el reino de los cielos es de aquellos que eran tales como los párvulos; no tanto fue aprobar en ellos la inocencia, cuanto la humildad que simbolizan por su pequeña estatura.

NOTA

1. De aquí puede colegirse el perjudicial engaño que padecen los que juzgan que son cosas leves, de poca consideración y consecuencia las mentiras, los engaños, los hurtos, y otros delitos que suelen hacer los muchachos; pues como dice san Agustín, estos mismos vicios crecen también con ellos, y los practican en materias más importantes y dañosas, cuando son mayores.

CAPÍTULO XX

Da gracias a Dios san Agustín por los beneficios que le hizo en la puericia.

31. No obstante, Dios mío y mi Señor, sumamente bueno y excelentísimo Criador y gobernador del universo, bien conozco que os debería dar infinitas gracias, aun cuando no me hubiérais concedido que llegase a la edad de la juventud. Porque aun entonces tenía ser, vivía, sentía y cuidaba también de mi conservación (lo cual es como un rastro e indicio de aquella ocultísima e imperceptible unidad, que compone todas las cosas, y de donde también yo procedía); guardaba con el sentido interior de mi alma la integridad de mis sentidos externos, y me deleitaba con la verdad que hallaba y descubría aun en las cosas pequeñas, y con los pensamientos que yo podía formar de tales cosas.

Además de esto, aun en aquella edad de mi puericia no quería ser engañado; tenía una memoria feliz; con el trato y comunicación me iba instruyendo; me era deliciosa la amistad; huía del dolor y pena, del menosprecio y de la ignorancia. En una criatura como esta ¿qué cosa hay que no sea admirable y digna de alabanza?

32. Pues todas estas cosas son dádivas de mi Dios; porque yo no me las di a mí mismo; y todas ellas son buenas, y yo consto y me compongo de todas ellas. Luego es bueno mi Hacedor, y él es todo mi bien, y le bendigo y alabo alegremente por todas aquellas bondades de que constaba yo aun cuando muchacho. En lo que entonces pecaba yo, era porque en lugar de buscar en él los deleites, las honras, las verdades y aun a mí mismo también, buscaba todo esto en sus criaturas, y por eso venía a caer en sentimientos, en confusiones y en errores.

Bendito seáis, Dios mío, dulzura mía, honra mía y mi única confianza. Gracias os doy, Señor, por todos vuestros dones; pero guardádmelos y conservádmelos Vos, y de este modo me guardaréis a mí, se aumentarán y perfeccionarán los bienes que me disteis, y lograré estar con Vos, que me disteis el ser.

LIBRO II

Llora amargamente el año décimosexto de su edad, en que apartado de los estudios estuvo en su casa, y se dejó llevar de los halagos de la lascivia, y se entregó a una vida derramada y licenciosa.

CAPÍTULO I

De su adolescencia, y vicios de aquella edad.

1. Quiero traer a la memoria mis fealdades pasadas, y las torpezas carnales que causaron la corrupción de mi alma; no porque las ame ya, Dios mío, sino para excitarme más a vuestro amor. Correspondiendo a vuestro amor hago esto, recorriendo mis perversos caminos con pena y amargura de mi alma; para que Vos, Señor, seáis dulce para mí, dulzura verdadera, dulzura felicísima y segura: y me reunáis y saquéis de la disipación y distraimiento que ha dividido mi corazón en tantos trozos como objetos ha amado diferentes, mientras he estado separado de Vos, que sois la eterna y soberana Unidad.

En algún tiempo de mi adolescencia deseaba ardientemente saciarme de estas cosas de acá abajo, y al modo que un árbol nuevo brota por todas partes espesas y frondosas ramas, yo también me entregué osadamente a varios y sombríos afectos y pasiones, con lo cual se afeó la hermosura de mi alma; y agradándome a mí mismo, y deseando agradar y parecer bien a los ojos de los hombres, vine a ser hediondez y corrupción en los vuestros.

CAPÍTULO II

Como a los diez y seis años se entregó a amores impuros.

2. Y ¿qué era lo que me deleitaba sino amar y ser amado? Pero en esto no guardaba yo el modo que debe haber en amarse las almas mutuamente, que son los límites claros y lustrosos a que se ha de ceñir la verdadera amistad; sino que levantándose nieblas y vapores del cenagal de mi concupiscencia y pubertad, anublaban y oscurecían mi corazón y espíritu de tal modo, que no discernía entre la clara serenidad del amor casto y la inquietud tenebrosa del amor impuro. Uno y otro hervía confusamente en mi corazón, y entrambos arrebatában mi flaca edad, llevándola por unos precipicios de deseos desordenados, y me sumergían en un piélago de maldades.

Vos, Señor, estabais muy irritado contra mí, y yo no lo advertía ni reflexionaba. En pena del orgullo y soberbia de mi alma, me había puesto sordo con el ruido de la cadena de mi mortalidad, que llevaba siempre arrastrando; me iba alejando de Vos, y Vos me dejabais ir; estaba abatido, derramado, perdido, hirviendo en torpezas; y Vos callabais, Dios mío. ¡Oh! ¡Qué tarde llegasteis a ser todo mi gozo! Callabais Vos entonces, y yo con soberbio abatimiento y con inquieto cansancio apartándome de Vos, iba prosiguiendo en buscar más y más gozos estériles, que eran como semillas que no me habían de producir otros frutos que penas, sentimientos y dolores.

3. ¡Ojalá hubiera habido quien arreglase aquella mi pasión que me era molesta! ¡Ojalá me hubieran reducido a un estado, en que pudiese usar bien de las hermosuras de estas cosas terrenas y transitorias, haciéndome contener dentro de los justos límites que habéis señalado para el uso de las criaturas y de sus deleites! Para que así las olas impetuosas de mi juventud, si es que no podían tranquilizarse enteramente, a lo menos se detuviesen en la orilla y playa del matrimonio, usando solamente de él para la procreación, como prescribe y manda vuestra ley, Dios mío y mi Señor, que habéis dado también la forma y regla a la propagación de nuestra carne mortal: como quien puede hacer tratables las espinas y abrojos, que no se habían de padecer ni sentir en vuestro paraíso terrenal. Porque vuestra benigna y favorable omnipotencia no nos desampara, ni se aleja de nosotros, aun cuando nosotros nos alejamos de Vos.

Ojalá que por lo menos hubiera puesto más cuidado en oír y atender al ruido de vuestras nubes, que es la voz de vuestros Apóstoles, entre los cuales san Pablo, hablando de los casados, dice: "No dejarán de tener tribulaciones en su carne, pero yo os perdono." Y a los otros dice: "Al hombre le sería mejor no llegar a la mujer." Y

después añade: "El que está sin mujer, piensa en las cosas de Dios, y en cómo ha de agradarle, pero el que está casado piensa en las cosas del mundo, y en cómo ha de agradar a su mujer." Estas voces había de haber escuchado atentamente, y por el reino de los cielos hubiera separado de mí todos esos deleites, y esperaría con mayor felicidad y paz gozar de vuestros abrazos.

4. Pero yo, infeliz de mí, me acaloré y fatigué siguiendo el ímpetu de mis pasiones, apartándome de Vos, y traspasando todos los límites justos que vuestra ley me había puesto y señalado. Es verdad que no me libré de vuestros castigos; mas ¿quién de los mortales podrá librarse de ellos? Porque Vos siempre estabais junto a mí castigándome misericordiosamente, y rociando de amarguísimos sinsabores todos mis placeres ilícitos; para que así buscasse deleites cumplidos y sin mezcla de amarguras y disgustos. Mas no hubiera encontrado cosa alguna en que poder deleitarme de ese modo, fuera de Vos, Señor, fuera de Vos, cuya ley es tan suave, que fingís y aparentáis aspereza y penalidad en vuestros preceptos, y que si nos herís, es para sanarnos; y si nos hacéis morir a nosotros mismos, es para que no muramos eternamente a Vos.

¡Dónde estaba yo, y cuán lejos de las delicias de vuestra casa andaba desterrado en el año décimosexto de mi edad! Entonces fue cuando tomó dominio sobre mí la concupiscencia, y yo me rendí a ella enteramente; lo cual, aunque no se tiene por deshonor entre los hombres, es ilícito y prohibido por vuestras leyes. No cuidaron mis padres de evitar con el matrimonio mis caídas; y solamente cuidaron de que aprendiese a hablar bien y a saber formar una oración retórica y persuasiva.

CAPÍTULO III

Del viaje que hizo a Cartago para continuar allí sus estudios, y de los intentos de sus padres en orden a esto mismo.

5. En aquel año se habían interrumpido mis estudios, porque habiendo yo vuelto de Madauro, ciudad que estaba cerca de Tagaste, en la cual había estado aprendiendo letras humanas y la retórica; en este tiempo intermedio se iban juntando y previniendo los caudales necesarios para enviarme a continuar mis estudios a la ciudad de Cartago, que estaba mucho más lejos: lo cual se intentó y efectuó más por animosa resolución de mi padre, que por la abundancia de sus riquezas; pues él era un vecino de Tagaste cuyas facultades y hacienda eran bien cortas.

Pero ¿a quién refiero yo estas cosas? No os las cuento a Vos, Dios mío, sino que en presencia vuestra, y haciéndoos testigo de ello, las refiero y cuento a todo mi linaje, esto es, a todo el género humano, en que verdaderamente se comprende cualquiera pequeña porción de hombres, a cuyas manos vayan a dar estas mis letras y escritos. Y esto ¿con qué fin o para qué lo hago? Para que yo mismo y todos los que lo leyesen, pensemos y conozcamos desde cuán grande y profundísima distancia de vuestra suma bondad hemos de clamar todavía a Vos. Pero ¿qué cosa hay más próxima a vuestros oídos que semejantes clamores, si los acompaña el corazón confesándoos, y la vida es regulada por la fe?

¿Quién había que entonces no llenase de elogios a mi padre, porque con unas expensas superiores a su hacienda me daba cuanto fuese necesario para ir a continuar los estudios tan lejos de mi patria? cuando se veía que otros ciudadanos mucho más ricos que mi padre, no cuidaban de ejecutar otro tanto con sus hijos. Ni tampoco mi padre cuidaba de que yo adelantase en vuestro santo temor y servicio, ni de que viviese castamente; con tal que cultivase la elocuencia y me hiciese discreto y culto, aunque el campo de mi corazón, de quien Vos, Dios mío, sois el único, legítimo y verdadero dueño, estuviese desierto y sin cultivo.

6. Luego, pues, que en dicho año décimosexto de mi edad comencé a estar en casa con mis padres, como estaba sin ocupación y apartado por entonces del estudio por falta de medios, crecieron tanto con la ociosidad las espigas de mi incontinencia, que me cubrían todo de pies a cabeza, y no había quien me las arrancara. Antes bien al contrario, una vez que estando yo en el baño me vio mi padre con señas de pubertad, como lisonjeándose ya con la esperanza de tener nietos, se lo fue a contar a mi madre muy alegre y gozoso; mas era en fuerza de la embriaguez que padecen los hijos de

este siglo, causada del vino invisible de su mal inclinada y perversa voluntad hacia las cosas de acá abajo; en cuya embriaguez vive este mundo olvidado de Vos que sois su Criador, y amando en vuestro lugar a las criaturas. Mas como ya habíais comenzado a hacer templo vuestro del corazón de mi madre, y a tener allí vuestra santa habitación (pues mi padre era solo catecúmeno, y había poco que lo era), mi madre se estremeció y sobresaltó con un piadoso temblor y santo miedo; pues aunque todavía no estaba yo bautizado, temió que seguiría aquellas torcidas sendas por donde caminan los que os vuelven las espaldas, en lugar de caminar mirando siempre a Vos.

7. Mas ¡ay de mí! ¡ay Dios mío! ¿cómo me atrevo a decir que Vos callabais, cuando yo me iba alejando más y más de Vos? ¿Acaso es verdad que callabais Vos, Dios mío, y no me llamabais? Pues ¿cuyas, sino vuestras, eran aquellas voces que resonaban en mis oídos, pronunciadas por boca de mi madre, fiel sierva vuestra; aunque nada de lo que me decía llegase a penetrar mi corazón, ni yo lo pusiese por obra? Porque bien me acuerdo de que mi madre deseaba mucho cogerme a solas, para amonestarme muy seria y encarecidamente (como lo ejecutó), que no tuviese trato ilícito con mujer alguna, y especialmente con mujer casada; pero a mí me parecían estos unos consejos mujeriles, a los cuales me daría vergüenza obedecer. Mas ellos eran recados y avisos vuestros que mi madre me llevaba, y yo no lo conocía. Juzgaba yo que Vos estabais callando cuando mi madre me hablaba; y no cesabais de llamarme por su boca: y despreciándola yo, Vos erais en ello el despreciado por mí, siendo yo un infeliz siervo vuestro, hijo de una sierva vuestra.

Mas yo no conocía nada de esto, y corría tan ciegamente al precipicio, que me avergonzaba de no ser tan desvergonzado como otros compañeros de mi edad; porque yo les oía jactarse de sus maldades, y gloriarse tanto más de ellas, cuanto más feas eran y más torpes; con lo que me aficionaba a sus vicios, no solo por el deleite, sino también por el deseo de alabanza. ¿Qué cosa hay más digna de menosprecio que el vicio? Y no obstante para no ser menospreciado, me hacía yo más vicioso; y cuando no tenía algún suceso con que igualarme a otros más rematados y perdidos, suponía haberlo hecho, siendo falso, para que no les pareciese yo más despreciable por ser más inocente, y no me tuviesen en menos por ser más casto.

8. He aquí con qué compañeros iba yo paseando las calles y plazas de Babilonia me revolcaba en su cieno como si fuese en ungüentos olorosos; y para que me enlodase más y estuviese más tenazmente pegado a su inmundicia, el enemigo invisible me hollaba con sus pies en medio de ella; y me detenía allí engañado, porque era yo muy fácil de engañar en esto. Mi madre, que ya había huido del medio de Babilonia, pero que iba poco a poco en la retirada, aunque me había aconsejado la castidad, no cuidó de reprimir mi contraria inclinación con los términos y límites del matrimonio; si es que no pudiese por otros medios atajarse enteramente el daño que amenazaba lo que mi

padre había dicho de mí, y que ella conocía bien que ya entonces me era muy perjudicial, y en adelante debía ser para mí muy expuesto y peligroso.

No procuró esto mi madre temiendo que con los lazos del matrimonio se frustrarían las esperanzas que de mí tenían; no digo la esperanza de la vida eterna que mi madre tenía puesta en Vos, sino la esperanza de mis adelantamientos en la carrera de los estudios, lo cual deseaban padre y madre con la mayor ansia; pero con esta diferencia, que aquel pensando muy poco o nada en Vos, eran locuras y vanidades las que proyectaba acerca de mí; pero esta consideraba que aquellos regulares y acostumbrados estudios de las ciencias, no solo no me estorbarían, sino que también me ayudarían para conoceros algún día y poseeros. Así lo conjeturo, fundándome en lo que ahora me puedo acordar de las costumbres y genio de mis padres.

También para el juego y otras diversiones me aflojaban las riendas más de lo que pide una severidad prudente y moderada, dejándomelas sueltas para otros varios afectos y pasiones; y en todas estas cosas había una niebla oscura que me impedía ver la serenidad hermosa de vuestra verdad: y así de la abundancia de estos bienes abusaba yo, haciéndolos servir a la maldad.

NOTAS

1. Esta interrupción comenzó en las vacaciones del año 369, y acabó en las del año 370.
2. Entiende por Babilonia el mundo, que por la mucha confusión de sus errores, pecados y miserias es una Babilonia.

CAPÍTULO IV

De un hurto que hizo en compañía de otros.

9. Vuestra ley, Señor, prohíbe y castiga el hurto; y esta ley de tal modo está grabada en el corazón del hombre, que no hay maldad que baste para borrarla, porque ¿qué ladrón hay que pueda tolerar que otro le robe a él, aunque él esté abundante y el otro necesitado? Pues no obstante eso, yo quise hacer un hurto y lo hice efectivamente, sin que a ello me moviese la necesidad, ni la escasez, sino el tedio de la virtud y la abundancia de mi maldad; porque hurté una cosa de que yo estaba sobrado, y de mucho mejor especie y calidad que lo que hurté. Ni tampoco quería aprovecharme de lo que iba a hurtar, sino que mi gusto estaba únicamente en el mismo hurto y pecado.

En una heredad, que estaba inmediata a una viña nuestra, había un peral cargado de peras, que ni eran hermosas a la vista, ni sabrosas al gusto. No obstante eso, juntándonos unos cuantos perversos y malísimos muchachos, después de haber estado jugando y retozando en las eras, como teníamos de costumbre, fuimos a deshora de la noche a sacudir el peral, y traernos las peras; de las cuales quitamos tantas, que todos veníamos muy cargados de ellas, no para comerlas nosotros, sino para arrojarlas después, o echarlas a los cerdos; aunque algo de ellas comimos. En lo que ejecutamos una acción, que no tenía para nosotros de gustosa más que el sernos prohibida.

Ved aquí patente y descubierto mi corazón, Dios mío: ved aquí mi corazón del cual habéis tenido misericordia, estando él en un profundo abismo de maldad y miseria. Que os diga, pues, mi corazón ahora, ¿qué es lo que allí buscaba yo o pretendía, para ser malo tan de balde, que mi malicia no tuviese otra causa que la malicia misma? Ella era abominable y fea, y no obstante yo la amaba: amé mi perdición, amé mi culpa; pero de tal modo, que lo que amé no era lo defectuoso, sino el defecto mismo. ¡Torpe bajeza de un alma, que dejándoos a Vos, que sois el apoyo y firmeza de su ser, busca su perdición y exterminio, y que no solamente apetece una cosa de que se ha de seguir afrenta o ignominia, sino que apetece y desea la ignominia misma!

CAPÍTULO V

Que ninguno peca sin algún motivo.

10. No se puede negar que los cuerpos que tienen algún brillo y hermosura, como el oro, la plata y los demás, son agradables y graciosos a la vista: también respecto del tacto es muy eficaz y poderoso aliciente la proporción y conformidad de una y otra carne; y a los demás sentidos les corresponde también su respectivo modo de tocar sus objetos, que a cada uno le es propio y conveniente. Aun las honras temporales, la potestad de mandar y ser superior a otros, tienen su especie de hermosura y atractivo, de donde también nace como de su principio el deseo de la venganza; pero no obstante, para conseguir y gozar cualquiera de estas cosas, no se ha de salir, Señor, fuera de Vos, ni apartarse poco ni mucho de vuestra ley. La vida misma temporal que aquí gozamos, tiene sus halagos, dulzuras y atractivos, ya por un cierto modo de hermosura que ella en sí tiene, ya por su correspondencia, conexión y enlace con todas las demás hermosuras inferiores. También es muy dulce y agradable la amistad humana, porque con el nudo del amor hace de muchas almas una sola.

Por conseguir todas estas cosas y otras semejantes peca el hombre, cuando con inmoderada inclinación a ellas, siendo así que son los bienes más bajos e inferiores que hay, deja los mayores y soberanos bienes, como son vuestra ley, vuestra verdad, y a Vos mismo, que sois nuestro Señor y nuestro Dios. Es cierto que todas estas cosas inferiores tienen y nos comunican algunos deleites, pero no como los de mi Dios que crió todas las cosas, porque en él se deleitan eternamente los justos, y él es todas las delicias de los rectos de corazón.

11. Por eso, cuando se desea averiguar el motivo o causa que pudo haber para cometerse algún delito, no suele darse por averiguado hasta que se descubre que pudo ser el apetito y deseo de conseguir alguno de aquellos bienes que hemos calificado de inferiores y últimos entre todos, o el miedo de perderlos; porque en la realidad son hermosos y agradables, aunque respecto de los otros superiores, eternos y soberanos bienes, sean viles y despreciables.

Sucede, pues, que alguno comete un homicidio. ¿Qué motivo tuvo? Que amaba y quería para sí a la mujer del que mató, o quería alzarse con la hacienda del difunto, o quería robarle algo con que poder vivir; o temió que el otro le hiciese a él alguno de estos daños, o estaba ofendido de él anteriormente, y le mató por vengarse. ¿Por ventura aquel hombre hubiera hecho el homicidio sin alguna causa, y deleitándose solamente en el homicidio mismo? ¿Quién lo había de creer?

Aun en aquel malvado y cruel hombre (Catilina) de quien se dijo que era más malo y cruel, cuando lo era de balde y sin motivo, se señaló antes la causa de esto, diciendo: que lo hacía para que no se le entorpeciese con la ociosidad la mano o el corazón. Pero esto mismo, ¿para qué o por qué lo procuraba? Para que ejercitándose en aquellas crueldades, se pudiese apoderar de la ciudad de Roma, y llegar a conseguir entonces sus honras, sus ejércitos y sus tesoros; y finalmente librarse del miedo y sujeción de las leyes, y de los trabajos y molestias que padecía por la pobreza y escasez en que se hallaba; y por el conocimiento que tenía de sus maldades. Con que aun el mismo Catilina no amaba sus atrocidades por sí mismas, sino que amaba otras cosas, y para conseguir estas, ejecutaba aquellas.

CAPÍTULO VI

Que todas las cosas que nos incitan a pecar con apariencia de bien solamente en Dios es donde son verdaderos y perfectos bienes.

12. Pues, miserable de mí, ¿qué fue lo que yo busqué en el hurto que ejecuté en aquella noche a los dieciséis años de mi edad? Porque tal maldad no puede en sí misma tener nada de hermoso que pueda halagar, siquiera para hablar de ella.

Las peras que hurtamos, sí que eran hermosas, porque al fin eran criatura vuestra, Señor, que sois hermosísimo sobre todas las cosas, Criador de todas ellas, Dios sumamente bueno y sumo bien, y bien mío verdadero. Hermosas eran aquellas peras, Señor; pero no era su hermosura y bondad lo que mi alma apetecía. Porque tenía yo abundancia de otras mejores, y aquellas las cogí solamente por hurtar, pues luego que las tuve, las arrojé; comiendo de aquel hurto solamente la maldad, con que me divertía y alegraba. Porque si entró en mi boca algo de aquellas peras, solamente el delito y la maldad era lo que para mi gusto las hizo sazonadas y sabrosas.

No obstante ahora, Dios y Señor mío, indago y busco qué fue lo que en aquel hurto pudo deleitarme, y no hallo ni descubro en él hermosura ni bondad alguna. No digo tal hermosura y bondad como la que se halla en la justicia o en la prudencia; ni tampoco como la que se nota y advierte en el entendimiento del hombre, en la memoria, en los sentidos, en la vida vegetativa; ni como la bondad y hermosura de los astros con que se adornan los cielos, ni como la de la tierra y el mar llenos de sus mismas producciones, que por medio de la generación se van sucediendo las unas a las otras; pero ni aun siquiera como la falsa y aparente hermosura con que engañan los vicios al corazón del hombre.

13. Porque la soberbia procura remedar y parecerse a la excelencia y grandeza; siendo Vos, Dios mío, el que únicamente sois grande y excelso sobre todas las cosas. Y la ambición ¿qué busca sino honor y gloria, cuando Vos sois el único que debe ser honrado sobre todos, y eternamente glorificado? También la crueldad de las potestades quiere ser temida; pero ¿quién lo debe ser más que Dios, de cuyo poder ninguna cosa hay que pueda librarse ni escaparse? ¿Cuándo, dónde, por quién, ni cómo puede? Las halagüeñas delicias de la sensualidad incitan a que las amen; pero no hay cosa alguna más deliciosa que vuestro amor y caridad, ni que se ame más útil y saludablemente que vuestra verdad, cuya belleza y resplandor no admite comparación alguna. La curiosidad parece que intenta saberlo todo, cuando sois Vos el único que lo sabe todo perfectísimamente. Hasta la ignorancia, tontería y necedad quiere cubrirse con el nombre de sencillez e inocencia; pero así como nada hay más sencillo que Vos,

tampoco puede haber cosa alguna más inocente que Vos; pues aun a los malos y pecadores nada les hace mal y daño sino sus malas obras. La pereza pretende tranquilidad y quietud; pero ¿qué quietud hay cierta fuera del Señor? La superfluidad y lujo quiere tener el nombre de hartura y abundancia; pero Vos sois solamente la plenitud y abundancia indefectible de eternas suavidades. La prodigalidad y profusión aparenta y quiere ser un bosquejo de la liberalidad; pero Vos sois verdaderamente el único dador liberalísimo de todos los bienes. La avaricia quiere poseer muchas riquezas, siendo Vos quien las posee todas. La envidia solicita excelencia y singularidad; y ¿qué cosa puede haber tan excelente como Vos? La ira pretende venganzas; pero ¿quién se venga más justamente que Vos? El temor hace al hombre que se espante con los acontecimientos repentinos y extraordinarios, cuando estos son contrarios a las cosas que ama, y cuya seguridad desea; pero ¿qué cosa hay nueva o extraordinaria, ni repentina o imprevista para Vos? ¿Quién tiene poder para quitaros lo que amáis? ¿Dónde sino en Vos está la verdadera e indefectible seguridad? La tristeza nos consume con la pena y sentimiento de haber perdido aquellos bienes con que nos deleitábamos; porque no quisiéramos perderlos nunca, así como a Vos nada se os puede quitar.

14. Ve aquí cómo el alma se hace delincuente, cuando se aparta de Vos, y busca fuera de Vos aquellos bienes que no los puede hallar cabales y sin mezcla hasta que se vuelve a Vos. Así todos los que se alejan de Vos, y se rebelan contra Vos, tiran a imitaros aunque perversamente: y aun imitándoos así, y contrahaciendo tan mal vuestras perfecciones, muestran que Vos sois el autor de toda la naturaleza: y prueban por consiguiente, que no hay donde poderse esconder ni retirarse enteramente de Vos.

Pues en aquel hurto, ¿qué bondad o hermosura fue la que yo amé? ¿Y qué hubo en aquella acción en que pudiese yo imitar a mi Dios y Señor, aunque mala y perversamente? ¿Por ventura el gusto que entonces tuve consistía en que obraba contra vuestra ley, atribuyéndome un poder falso y fingido (pues no podía ejecutarlo con verdadera y legítima autoridad), para imitar de este modo, siendo un vil esclavo, una parte de vuestra libertad e independencia, por cuanto obraba impunemente lo que no era lícito, en lo que se descubre alguna sombra de poder absoluto y oscura semejanza de vuestra omnipotencia? Esto es como si un esclavo huyera de su señor, y no cesara de seguir su sombra.

¡Oh corrupción humana! ¡Oh vida monstruosa! ¡Oh abismo de la muerte! ¿Es posible que pudo deleitarme lo que no era lícito, no por otra causa sino porque no era lícito?

CAPÍTULO VII

Da gracias a Dios porque le ha perdonado sus pecados, y porque le ha preservado de otros muchos.

15. ¿Con qué agradeceré al Señor, poder ahora acordarme de estas cosas, sin que mi alma se atemorice ya ni tenga que temer por causa de ellas? Ámeos yo, Señor, y no cese de daros gracias, y bendiga vuestro santo nombre, porque me perdonasteis tantas malas obras y tan abominables y perversas.

A vuestra gracia y misericordia atribuyo que hayáis deshecho mis pecados como se deshace el hielo; y también os debo atribuir el haberme librado de cuantas malas obras dejé de hacer. ¿Y qué mal no pude hacer yo, que amé de balde y sin motivo alguno la maldad? Yo confieso que Vos me perdonasteis todos mis pecados, ya los que libre y espontáneamente cometí, ya los que guiado de vuestra gracia dejé de cometer.

¿Qué hombre hay, que si atiende y reconoce su fragilidad, se pueda atribuir osadamente a sí mismo su castidad e inocencia, para inferir de aquí que está menos obligado a amaros; como si él hubiera tenido menos necesidad de vuestra misericordia, que los otros a quienes perdonasteis sus pecados por su verdadera conversión y penitencia?

Por lo cual, el que llamado de Vos siguió vuestro llamamiento, y evitó aquellos desórdenes que él sabe ahora de mí mismo, y que confieso haber ejecutado, no se burle de mí porque estuve enfermo, y me sanó aquel mismo que le preservó a él para que no enfermase, o por mejor decir, para que enfermase menos; y así os debe amar tanto y aun más que yo, pues ve que el mismo remedio con que yo sané de las dolencias de mis pecados, es el que le ha preservado a él de haberlas padecido.

CAPÍTULO VIII

El gusto de obrar mal en compañía de otros fue lo que le movió a hacer aquel hurto.

16. ¿Qué utilidad tuve yo, miserable de mí, en aquellas obras de que ahora me avergüenzo al acordarme de ellas, y especialmente en aquel hurto, en que no amé otra cosa sino el hurto mismo? Nada amé más que eso, siendo eso mismo también nada, y yo más infeliz por eso mismo. Mas no obstante, yo solo no hubiera hecho aquel hurto, según me acuerdo ahora del ánimo e intención que entonces tenía. Y pues deseé también allí la compañía de los otros delincuentes con quienes le hice, no será cierto que nada amé en el hurto sino el hurto mismo; antes bien se ha de inferir que amé otra nada, porque también aquello nada es. ¿Qué ser es el que tiene en realidad de verdad? Pero, ¿quién hay que pueda enseñarme acerca de esto que se me ofrece ahora preguntar y averiguar, sino el que ilumina mi entendimiento y aparta las tinieblas de ignorancia que hay en él?

Si yo hubiera amado entonces aquellas peras que hurté, y hubiera deseado aprovecharme de ellas, pudiera también haberlas hurtado solo, contentándome con aquella especie de iniquidad que bastase a cumplir mi gusto, y no hubiera encendido o avivado mi apetito con la unión de las voluntades y de los ánimos de mis cómplices y compañeros. Mas no teniendo yo gusto ni deleite alguno en aquellas peras, le tenía en hacer aquel mal, acompañado de los otros, que cooperaban a él juntos conmigo.

NOTA

1. Llama san Agustín "nada" al hurto, a la mala compañía y a todo lo que es pecado y malo; porque según doctrina del Santo, el mal no es cosa positiva, sino privación de algún bien, y toda privación es nada.

CAPÍTULO IX

De lo perjudicial y contagiosa que es la mala compañía.

17. ¿Qué venía a ser este desordenado efecto de mi alma? Él sin duda era excesivamente malo y feo: y el daño era para mí que lo tenía en mi alma. Pero al fin, ¿qué era él en sí mismo? ¡Ah! ¿quién hay que conozca bien todos los pecados? Era una gran gana de reír y celebrar entre nosotros con mucha complacencia de nuestro corazón, que engañábamos y burlábamos a los dueños de las peras, que estaban muy ajenos de pensar lo que hacíamos, y tenían vehemente repugnancia a que lo hiciéramos. Pues, ¿cómo yo tenía mi deleite y gusto en no ejecutarlo solo? ¿Será acaso porque ninguno a solas se ríe con gusto ni facilidad? Es cierto que así sucede comúnmente; mas no obstante eso, la risa suele alguna vez vencer a los hombres, aunque estén solos, cuando les ocurre a la imaginación o a los sentidos alguna especie muy digna de reírse. Pero ello es cierto que si yo hubiera estado solo, no hubiera hecho aquel hurto.

Bien sabéis Vos, Dios mío, que esto es puntualmente lo que me dicta mi conciencia, y me recuerda mi memoria acerca de aquel hecho. Yo solo no hubiera hecho aquel hurto, en que no me complacía lo que hurtaba, sino el hurtar; lo cual tampoco me hubiera dado gusto hacer a mis solas, y así no lo hubiera hecho.

¡Oh amistad enemiga y perniciosa! Engaño imperceptible del alma, ansia de hacer mal por modo de juego y fiesta y apetito del daño ajeno, sin pretender en ello alguna utilidad y sin deseo alguno de venganza, sino solamente porque algunos digan: Vamos, hagamos, pues da entonces vergüenza el no ser desvergonzado.

CAPÍTULO X

Que todo el bien está en Dios.

18. ¿Quién podrá desenredar y aclarar esta retorcidísima y enredadísima complicación de nudos? Ciertamente que está fea y horrorosa; no quiero mirarla ni tampoco verla. Solo a Vos quiero atender y mirar, justicia e inocencia, cuya hermosura y pureza roba toda la atención de las almas castas; a Vos que las embriagáis con tales delicias, que saciándose con ellas, nunca quedan hartas. En Vos es donde se halla perfectísimamente el descanso y la vida perpetua e inalterable. Los que entran a ser participantes de ella, entran en la alegría de su Señor, sin tener ya que temer ni que desear: pues se hallan sumamente bien en el Bien sumo.

Yo me aparté de Vos, Dios mío, y anduve errante y descaminado, muy lejos de vuestra firmeza y estabilidad durante mi juventud: y de este modo llegué a hacerme a mí mismo una solitaria región y país desierto, donde reinan la pobreza y necesidad.

LIBRO III

Confiesa cómo en Cartago se enredó en los lazos del amor impuro: que leyendo allí el "Hortensio" de Cicerón, al año 19 de su edad, se excitó al amor de la sabiduría; y cómo después cayó en el error de los maniqueos. Últimamente refiere el sueño que tuvo su santa madre, y la esperanza y seguridad que le dio un obispo acerca de su conversión.

CAPÍTULO I

Cómo deseando agradar y ser amado, cayó en los lazos de amor.

1. Llegué a la ciudad de Cartago*, y por todas partes me veía incitado a amores deshonestos. Todavía no amaba yo, pero deseaba amar: y con una más disimulada y oculta infelicidad me aborrecía por ser menos infeliz. Deseando tener amor, buscaba a quién amar, que era lo mismo que aborrecer mi seguridad y el camino que estaba libre de lazos y peligros.

*Llegó a Cartago hacia el fin del año 370.

Esto provenía de que estaba muy falto y necesitado de aquel interior alimento, que sois Vos mismo, Dios mío; y no tenía hambre ni apetito de él, antes estaba sin deseo alguno de los alimentos incorruptibles y espirituales; no porque estuviese lleno y harto de ellos, sino porque me causaban tanto mayor fastidio, cuanto más vacío y falto de ellos estaba. Por eso no estaba sana mi alma; y como llagada y enferma, se salía fuera de sí, miserablemente ansiosa de rozarse con las criaturas sensibles y exteriores, para que le quitasen aquella comezón que le causaban sus llagas. Pero tampoco se amarían aquellas criaturas si no tuvieran alma con que poder amar ellas.

El amar y el ser amado se me proponía como una cosa muy dulce, especialmente si también gozase de la persona que me amaba. Con que venía a ensuciar la clara fuente de la amistad con las inmundicias de la concupiscencia*, y enturbiaba su candor con el cieno de la lascivia, y no obstante ser impuro y torpe, quería ser tenido por galán y cortesano, muy picado de vanidad; por lo que no tardé mucho en caer en los lazos del amor, cuya prisión deseaba.

*Alude en esto a la amistad que tomó con una mujer al año siguiente de su llegada a Cartago, teniendo él 17 años de edad, y en este mismo año murió su padre Patricio.

Pero ¡oh Dios mío y misericordia mía! ¡con cuánta hiel y amargura rociasteis aquella suavidad de mis placeres, usando conmigo de vuestra infinita bondad! Porque logré también el ser amado y la posesión del objeto de mi amor; alegre y contento de verme atado con fuertes y funestas ligaduras, para ser después herido y azotado con varas de hierro ardiendo; que esto vienen a ser para quien ama, los celos, las sospechas, los temores, las iras, desazones y contiendas.

CAPÍTULO II

De la afición que tenía a los espectáculos trágicos.

2. Me arrebatában también hacia sí los espectáculos del teatro, llenos de imágenes de mis miserias e incentivos del fuego que en mí ardía.

Pero, ¿en qué consistirá que cuando un hombre ve representar sucesos lamentables y trágicos, quiere allí dolerse de ellos y sentirlos, y no obstante él mismo no quisiera padecerlos? Es muy cierto que él desea padecer aquella pena y sentimiento, pues ese mismo sentimiento y dolor es su deleite. Pues, ¿qué viene a ser esto sino una gran locura? Porque tanto más se mueve a dolor cualquiera con aquellos lamentables casos, cuanto menos sano está de semejantes afectos; aunque cuando es él mismo quien los padece, se suele llamar miseria, y cuando son otros y él se compadece de ellos, se llama misericordia.

Pero, ¿qué misericordia ha de ser la que se ordena a unas cosas puramente representadas y fingidas? Porque allí no se le excita al que está oyendo y mirando para que socorra o favorezca a alguno, sino solamente a que se duela de aquel fracaso; y cuanto más se mueve a dolor y sentimiento, tanto más favor le hace al actor de aquellas representaciones. Y si aquellas calamidades y desgracias (verdaderas o fingidas) se representan de modo que no causen sentimiento y dolor al que las mira, se sale de allí fastidiado y quejándose de los actores; pero si se conmueve y enternece, persevera con más atención, y tiene gusto y alegría en llorar.

3. Pues, ¿qué también se aman los dolores? Lo cierto es que todo hombre desea estar gozoso. ¿Acaso consistirá esto en que ya ningún hombre tenga gusto en ser él mismo infeliz y miserable, o en padecer miseria y trabajo alguno; no obstante, tiene gusto y placer en ser compasivo y misericordioso, y como esto no puede serlo sin padecer alguna pena y dolor, por esta sola razón se apetezcan o se amen los dolores?

Este género de compasión puede provenir del claro manantial de la amistad. Pero, ¿a dónde va a parar esa corriente? ¿Para qué irá esa agua cristalina de la compasión descaminada, y perdida la claridad y celestial serenidad que tiene? ¿Para qué irá a entrarse por su propia inclinación en el precipitado arroyo de pez encendida, que exhala grandes ardores de negras liviandades, en los que ella también se muda y se convierte?

Pues qué, ¿hemos de desterrar de nosotros la misericordia y compasión? No por cierto. ¿Luego algunas veces se han de amar las penas y dolores? Sí, alma mía; pero

cuida mucho de que esa misericordia no vaya a parar a la inmundicia, confiando en la gracia y protección de mi Dios, y Dios de nuestros padres, digno de ser alabado y ensalzado por toda la eternidad: guárdate de emplear tu compasión en la inmundicia.

Ahora yo verdaderamente no dejo de compadecerme y tener misericordia; pero entonces en los teatros me complacía con los amantes cuando conseguían el fin de sus depravados amores, aunque allí no lo ejecutasen más que en apariencia y representación. Mas cuando los amantes padecían la pena y sentimiento de verse privados uno de otro, yo también me contristaba y como que tenía compasión; y no obstante esta diferencia y contrariedad de afectos, me deleitaban entrambos. Pero ahora tengo mayor compasión del que se alegra en una maldad, que de otro que padece pena y sentimiento por verse privado de un deleite pernicioso y haber perdido aquella felicidad infeliz.

Esta es sin duda más verdadera misericordia; pero en ella no causa deleite el dolor y compasión. Porque aunque merece alabanza por su obra y acto de caridad el que se duele y compadece de un miserable; con todo eso más quisiera él, si es legítimo y verdaderamente misericordioso, que no hubiera males de que compadecerse. Porque así como es muy posible que la benevolencia sea malévola o quiera algún mal a otro, así lo es también que el verdaderamente misericordioso desee que haya miserables para que él ejercite su misericordia.

Así es cierto que hay algún dolor laudable; pero ninguno hay amable. Porque Vos, Dios y Señor mío, que amáis tan finamente nuestras almas, por eso más pura y perfectamente que nosotros sin comparación alguna tenéis misericordia, porque no va acompañada de dolor ni pena. Pero, ¿quién hay que pueda llegar a tanto?

4. Al contrario me sucedía a mí en aquel tiempo; pues yo, pobre de mí, amaba el compadecerme, y buscaba tener de qué dolerme cuando en el trabajo ajeno, fingido y representado, aquella acción y lance con que el cómico me hacía saltar las lágrimas, era la que más me agradaba, y con mayor vehemencia me suspendía. Pero si andaba yo como infeliz oveja descarriada de vuestro rebaño, y sin querer aguantar que fueseis Vos el pastor que me guardaseis, ¿qué maravilla es que estuviese lleno de roña y asquerosos males? De aquí nacía el que yo amase los dolores; no los que me penetrasen muy adentro (pues no deseaba padecer cosas semejantes a las que veía representar), sino unos dolores con los cuales, oídos y representados, me estregase superficialmente; pero a estos dolorcillos exteriores, que hacían lo mismo que las uñas de los que se rascan, se seguía una hinchazón ardiente y una inflamación con materia y corrupción lastimosa. Tal era mi vida; pero, Dios mío, ¿era vida esto?

CAPÍTULO III

De lo mucho que le disgustaba la conducta de los estudiantes de Cartago.

5. Entre tanto vuestra misericordia, fiel siempre conmigo, andaba como volando al rededor de mí, aunque a lo lejos: porque estando yo entregado a tantas maldades, y siguiendo los impulsos de mi sacrílega curiosidad, que alejándome de Vos, me conducía y llevaba a cometer innumerables bajezas y perfidias, que eran otros tantos viles y engañosos sacrificios, en que ofrecía mis malas operaciones en obsequio de los demonios; Vos, Señor, infinitamente misericordioso, disponíais que en todos mis desórdenes hallase mi castigo.

También me acuerdo que en un día de fiesta, y dentro de las paredes de vuestro templo, me atreví a desear desordenadamente un objeto y tratar allí un asunto que me había de producir frutos de muerte. Por eso me castigasteis con graves penas; pero fueron nada respecto de mi culpa, Dios mío, misericordia mía, amparo mío y defensa contra los terribles males en que anduve soberbiamente confiado y orgulloso, apartándome lejos de Vos, siguiendo mis caminos y no los vuestros, y amando una fugitiva libertad que no alcanzaba.

6. También aquellos estudios en que me empleaba, y tenían nombre de buenos y honestos, se dirigían y ordenaban a que luciese en los tribunales y sobresaliese en los pleitos y alegatos, consiguiendo tanto mayores elogios, cuanto inventase y usase mayores engaños. ¡Tan ciegos son los hombres que llegan a gloriarse de su misma ceguedad!

Ya era yo el primero y principal en la clase de retórica, de lo cual estaba soberbiamente gozoso e hinchadamente vano; aunque mucho más quieto y moderado que otros (como Vos, Señor, lo sabéis), y enteramente apartado de las pesadas burlas y chascos que hacían aquellos estudiantes traviesos y revoltosos, que llamaban "cursores" o "trastornadores" (nombre infausto y diabólico que se ha hecho ya como insignia y distintivo de urbanidad), entre los cuales vivía yo con una especie de vergüenza porque no era como ellos. Yo me mezclaba y andaba con ellos, y me complacía su amistad, aunque siempre tenía oposición y horror a sus desordenadas travesuras, esto es, a los engaños y chascos con que descaradamente perseguían e insultaban la cortedad y vergüenza de los forasteros y desconocidos, para inquietarlos y descomponerlos sin motivo ni interés alguno, más que hacer burla de ellos, y fomentar con estos chascos y burlas sus malintencionadas alegrías. Nada hay que se parezca más a lo que hacen los demonios, que lo que hacían aquellos. Y así, ¿qué

nombre les convenía mejor que el de trastornadores? Pero antes eran trastornados ellos, burlándolos y engañándolos ocultamente los falaces y malignos espíritus, en su misma intención de burlarse de los otros y engañarlos.

CAPÍTULO IV

Cómo se encendió en amor a la filosofía, leyendo el tratado de Cicerón que se intitula "Hortensio".

7. En compañía de estos estudiaba entonces, siendo aún de poca edad, los libros que trataban de la elocuencia, en la cual deseaba yo sobresalir por un fin tan reprehensible y vano, como era el deseo de la vanagloria y aplausos de la vanidad humana.

Siguiendo el orden acostumbrado en mi estudio, había llegado a un libro de Cicerón, cuyo lenguaje casi todos admiran, aunque no tanto su ánimo y espíritu. Aquel libro contiene una exhortación del mismo Cicerón a la filosofía, y se intitula el "Hortensio". Este libro trocó mis afectos, y me mudó de tal modo, que me hizo dirigir a Vos, Señor, mis súplicas y ruegos, y que mis intenciones y deseos fuesen muy otros de lo que antes eran. Luego al punto se me hicieron despreciables mis vanas esperanzas, y con increíble ardor de mi corazón deseaba la inmortal sabiduría, y desde entonces comencé a levantarme para volver a Vos. Porque no leía aquel libro para ejercitarme en hablar bien (como juzgarían todos los que supiesen que para este fin estaba yo estudiando a expensas de mi madre, teniendo ya entonces diecinueve años, y habiendo más de dos que mi padre había muerto); no le leía, pues, ni le estudiaba para ejercitarme y perfeccionarme en la elocuencia, ni me había él persuadido a seguir lo bien que hablaba, sino lo bueno que decía.

8. ¡Con cuánto ardor, Dios mío, deseaba volver a tomar vuelo y elevarme sobre estas cosas terrenas hasta llegar a Vos! Y no conocía lo que ejecutabais conmigo por medio de semejantes afectos y deseos, porque en Vos está la sabiduría, en cuyo amor me encendió tanto aquel libro, persuadiéndome lo que en griego se llama "filosofía", que es lo mismo que amor de la sabiduría. Muchos hay que engañan por medio de la filosofía, coloreando y desfigurando sus errores con la grandeza y dulzura de tan decoroso nombre; y casi todos los que en aquellos tiempos y en los anteriores habían hecho engaños semejantes, están notados y descubiertos claramente en aquel libro. Allí también se halla aquel saludable aviso y amonestación de vuestro divino Espíritu, hecha a los hombres por boca de un siervo vuestro justo y santo:

"Estad atentos y cuidadosos para que ninguno os engañe por la filosofía y vana falacia, fundada en doctrina de los hombres, y conforme a los principios de la mundana ciencia, y no según la de Jesucristo, en quien habita corporalmente toda la plenitud de la Divinidad".

Por lo que a mí toca, bien sabéis, luz de mi corazón, que aún no tenía noticia de estas palabras del Apóstol; y lo que únicamente me deleitaba en aquella exhortación, era que me encendía en deseos no de esta o aquella determinada secta de filósofos, sino a que amase y buscase, consiguiese y abrazase fuertemente la sabiduría, tal cual ella era en sí misma; y solamente una cosa me templaba aquel ardor y deseos, y era el no encontrar allí el nombre de Jesucristo. Porque este nombre, por misericordia vuestra, Señor, este nombre de vuestro Hijo y mi Salvador, aún siendo yo niño de pecho, le había bebido y mamado con la leche de mi madre, y le conservaba grabado profundamente en mi corazón; y todo cuanto estuviese escrito sin este nombre, por muy erudito, elegante y verdadero que fuese, no me robaba enteramente el afecto.

CAPÍTULO V

Le desagradaron las sagradas Escrituras, por parecerle que tenían un estilo humilde y llano.

9. Determiné, pues, dedicarme a la lectura de las sagradas Escrituras, para ver qué tales eran. Y conocí desde luego que eran una cosa que no la entendían los soberbios, y era superior a la capacidad de los muchachos; que era humilde en el estilo, sublime en la doctrina, y cubierta por lo común y llena de misterios; y yo entonces no era tal que pudiese entrar en ella, ni bajar mi cerviz para acomodarme a su narración y estilo. Cuando las comencé a leer hice otro juicio muy diferente del que refiero ahora; porque entonces me pareció que no merecía compararse la Escritura con la dignidad y excelencia de los escritos de Cicerón. Porque mi hinchazón y vanidad rehusaba acomodarse a la sencillez de aquel estilo, y por otra parte no alcanzaba mi perspicacia a penetrar lo que interiormente contenía. Pero la sagrada Escritura es tal, que se deja ver sublime y elevada a los ojos de los que son humildes y pequeños; y yo me desdeñaba de ser pequeño; y me tenía por grande, siendo solamente hinchado.

CAPÍTULO VI

Del modo con que los Maniqueos le engañaron.

10. De aquí nació que vine a dar en manos de unos hombres tan soberbios como extravagantes, y además de eso, carnales y habladores, en cuyas lenguas estaban ocultos los lazos del demonio, y cuyas palabras eran como una liga confeccionada, en que se mezclaban las sílabas de vuestro nombre, del de mi Señor Jesucristo y del Espíritu Santo, abogado y consolador de nuestras almas. Estos nombres los tenían siempre en la boca; pero era solamente en cuanto al sonido de las palabras; pues el corazón lo tenían vacío de la verdad. Pero ellos repetían frecuentemente estas voces: Verdad, verdad, y me la recomendaban mucho, y nunca se encontraba en ellos; antes por el contrario, me decían muchas falsedades, no solamente hablando de Vos que sois la misma verdad, sino también hablando de los elementos del universo, que son obra de vuestras manos.

Yo debiera, ¡oh Padre mío, infinitamente bueno y hermosura de todas las criaturas, haber dejado por vuestro amor a todos los filósofos, aunque hayan hablado bien y enseñado doctrinas verdaderas acerca de los tales elementos.

¡Oh verdad, verdad! ¡Cuán entrañablemente y de lo íntimo de mi alma suspiraba por Vos, aun en aquel tiempo cuando ellos me hablaban de Vos frecuentemente y de diversos modos, ya solo de palabra, ya también en sus libros que eran muchos y grandes!

Estos eran los platos en que estando yo muy hambriento de Vos, me ministraban ellos el manjar de su doctrina, proponiéndome en lugar de Vos el sol y la luna, hermosas obras vuestras; pero finalmente obras vuestras: no Vos mismo, ni aun las mejores y más principales de vuestras obras. Porque vuestras criaturas espirituales son mucho más excelentes que todas estas corpóreas, por más resplandecientes y celestiales que sean.

Pero mi sed y hambre no era tampoco de aquellas criaturas perfectas y superiores, sino de Vos mismo, de Vos, Verdad eterna, en que no puede haber mudanza alguna, ni la oscuridad más leve y momentánea. No obstante, en los platos de sus libros me presentaban unas ficciones brillantes y especiosas, respecto de las cuales sería mejor amar a este sol (que a lo menos descubre a nuestra vista un verdadero ser), que amar a aquellos fantasmas falsos con el alma engañada por los ojos.

Y con todo eso, juzgando yo que aquello que me proponían erais Vos, y teniéndolo por verdad me alimentaba de ello; aunque no con ansia y apetito, porque en mi paladar no percibía el sabor y gusto de lo que Vos sois: como no erais Vos aquellas vanas ficciones, no me nutría con ellas ni medraba, antes bien me enflaquecía más y consumía.

Una comida soñada es muy parecida a las comidas verdaderas de que se alimentan los que están despiertos; y no obstante ser tan parecidas, no se alimentan ni mantienen con aquel manjar soñado los que están dormidos; pero aquellos otros manjares intelectuales de que voy hablando, ni siquiera se parecían a Vos de modo alguno, como después me lo habéis manifestado Vos mismo; porque aquellos eran unos cuerpos fingidos y fantásticos, respecto de los cuales son mucho más ciertos y verdaderos entes todos estos cuerpos celestiales y terrenales que vemos con los ojos corporales, y que los ven igualmente que nosotros los brutos y las aves, los cuales tienen más cierto y verdadero ser en sí mismos, que en aquellas imágenes que en nuestra imaginación formamos de ellos. Y aun tienen más certeza y realidad aquellas imágenes que en nuestra fantasía formamos de los cuerpos, que los otros fantasmas enormes e infinitos, que con ocasión de aquellas imaginábamos y fingíamos nosotros, pues absolutamente son nada y no tienen ser alguno en toda la naturaleza; de cuyos fantasmas vanos y fingidos me apacentaba yo entonces, o por mejor decir, no me apacentaba.

Pero Vos, ¡oh amor mío!, a quien acudo desfallecido para tener fortaleza, ni sois estos cuerpos tan hermosos que vemos en los cielos, ni los otros que no vemos allí ni los descubrimos; porque Vos sois el que los ha criado a todos ellos, y aun no son ellos las cosas más excelentes y perfectas que habéis criado. Pues ¡cuán lejos estáis de ser aquellos fantasmas que imaginaba yo mismo, y que eran solamente fantasmas de unos cuerpos que no hay ni tienen ser en todo el universo! Respecto de los cuales tienen más verdadero ser y más cierta realidad las imágenes que formamos de aquellos cuerpos que hay verdaderamente en el mundo; pero también los cuerpos tienen más cierto ser y realidad en sí mismos que los fantasmas o ideas que en nuestra imaginación formamos de ellos. No obstante eso, ni Vos sois esos cuerpos tan reales y verdaderos, ni tampoco sois el alma que da la vida a los cuerpos; en lo cual es mejor, más noble y cierto que los cuerpos mismos. Pero Vos sois la vida de las almas, vida de las vidas, que vivís por Vos mismo y sin mudanza alguna, ¡oh vida de mi alma!

11. Pues, ¿dónde estabais entonces para mí? ¡Cuán lejos estabais de mí, Dios mío! Mas yo era el que andaba alejado de Vos, y que me veía, como el hijo pródigo, privado aun de las bellotas con que alimentaba a los cerdos. Porque a la verdad, ¡cuánto mejores eran las fábulas de los gramáticos y poetas, que estas ilusiones y trampas engañosas! Pues los versos y composiciones poéticas, y aun la representación de Medea volando

por esos aires, son ciertamente más útiles y conducentes, que la doctrina de aquellos impostores que ponían y enseñaban haber cinco elementos, los que decían estar colocados en cinco cuevas o cavernas tenebrosas. Todo lo cual, además de ser fingido y no tener ser alguno, es tan perjudicial, que da la muerte a quien lo llega a creer. Pero los versos y poesías los traslado a verdaderos principios, y hago que me sirvan de pasto verdadero; y si cantaba o refería en verso la fábula de Medea que volaba por los aires, no era afirmándolo como verdadero, ni tampoco lo creía aunque se lo oyese referir a otro; pero aquellas otras doctrinas confieso que llegué a creerlas.

¡Pobre infeliz de mí! ¡Por qué grados fui cayendo hasta dar en el profundo abismo en que me veía! Porque yo, Dios mío (a quien confieso todas mis miserias, pues tuvisteis piedad de mí, antes que yo pensase confesároselas), con mucha fatiga y ansia, por hallarme tan falto de la verdad, os buscaba, Dios mío, con los ojos y demás sentidos de mi cuerpo, y no con la potencia intelectual, en que Vos quisisteis que me distinguiese y aventajase a los irracionales: siendo así que Vos estabais más dentro de mí, que lo más interior que hay en mí mismo, y más elevado y superior, que lo más elevado y sumo de mi alma.

De este modo vine a dar con aquella mujer atrevida y sin prudencia, de quien hace un enigma Salomón, y la propone sentada en su silla a la puerta de su casa diciendo a los pasajeros: "Comed gustosamente de los panes ocultos y guardados, y bebed el agua hurtada, que es más dulce". Esta, pues, me engañó fácilmente, porque me halló vagueando fuera de mí, esto es, ocupado en las cosas exteriores y que se ven y perciben por los sentidos corporales, que eran únicamente las que yo meditaba en mi interior.

NOTAS

1. Estos eran los maniqueos, cuyo jefe fue un persa que antes se llamaba Urbico o Cubrico, y después tomó el nombre de Manes: cuyo nombre daba a entender su locura (pues Manes en griego quiere decir furioso); pero sus discípulos, como dice san Agustín en el libro de las Herejías, herejía 46, duplicando la n de su nombre, le llamaron Maniqueo, para que significase el que vertía maná: Mannichoeum, quasi manna fundentem.

Cayó Agustín en manos de los maniqueos el año de 374: y estuvo enredado en sus errores por espacio de nueve años, como él mismo repite en varias partes. Pero a los 28 años de su edad, que era el año de 383, fue cuando le acabó de disgustar su doctrina, y los dejó y despreció.

2. El primero y principal error de los maniqueos era acerca de la naturaleza divina. Lo primero que enseñaba Manés era que había dos principios entre sí contrarios y coeternos, y que eran dos sustancias: una del bien, y otra del mal. 2.º Que cuando ambas sustancias pelearon entre sí, se mezcló el mal con el bien. 3.º Que de esta mezcla fue de donde Dios, o la naturaleza del bien, fabricó y formó el mundo. 4.º

Que esta luz corporal, que se extiende infinitamente, mezclándose en todas las cosas luminosas y lúcidas (entre las cuales también cuentan a nuestras almas), es la misma sustancia y naturaleza de Dios. De donde se sigue, que ya nuestras almas, ya las demás cosas lúcidas y luminosas, eran trozos de la sustancia divina.

De los elementos enseñaban también varias extravagancias fabulosas. Lo primero, que los elementos eran dobles, cinco buenos y cinco malos. 2.º Que los cinco primeros fueron producidos por la naturaleza del bien, y los cinco segundos por la del mal. 3.º Que de aquellos buenos habían dimanado las virtudes santas, y de estos otros malos los príncipes de las tinieblas. 4.º Que los elementos malos eran estos: el humo, las tinieblas, el fuego, el agua y el viento, a los cuales se oponían los cinco buenos, de este modo: al humo el aire, a las tinieblas la luz, al fuego malo el fuego bueno, al agua mala el agua buena, al viento malo el viento bueno. 5.º Que para pelear con los elementos malos, fueron enviados desde el reino y sustancia de Dios los elementos buenos: y en aquella pelea se mezclaron los unos con los otros. 6.º Que en el elemento del humo nacieron los animales de dos pies, y entre ellos también los hombres: en las tinieblas los que andan arrastrando: en el fuego los cuadrúpedos: en las aguas los animales que nadan, y en el viento los que vuelan.

3. En este enigma entiende aquí san Agustín la secta maniquea, en que cayó engañado por las razones que refiere en este capítulo y en el siguiente, y por otras que se pueden ver en Tillemont, tom. 13, cap. 8.

CAPÍTULO VII

Cómo se dejó llevar de la doctrina de los Maniqueos.

12. No sabía ni conocía yo que hubiese alguna otra cosa que verdaderamente existiese fuera de las corpóreas y sensibles, y así me parecía que obraba como hombre de entendimiento y de ingenio agudo, conformándome con aquellos necios que me engañaban, preguntándome: de dónde procedía lo malo, si tenía Dios forma corpórea, y si tenía también cabellos y uñas, si se habían de tener por justos los que tenían muchas mujeres a un tiempo, y los que quitaban la vida a otros hombres y sacrificaban animales.

Como yo estaba ignorante de la verdad acerca de estas cosas, me hallaba no poco embarazado y perturbado con tales preguntas; y por los mismos medios y con los mismos pasos con que me apartaba de la verdad, me parecía que la iba alcanzando por no haber llegado todavía a conocer, que no es otra cosa el mal sino privación del bien, hasta llegar al mayor mal que es la nada, y privación de todo bien. Pero, ¿cómo lo había yo de conocer, si mi conocimiento por los sentidos no pasaba de las cosas corpóreas, y con el interior conocimiento del alma no pasaba de los fantasmas o especies de mi fantasía?

Tampoco había llegado a conocer que Dios es un puro espíritu; y que no tiene partes extensas a lo largo ni a lo ancho, ni cantidad corpórea, material y de bulto, porque esta necesariamente ha de ser menor en una parte sola que en el todo. Y aunque se supusiese que dicha cantidad era infinita, sería menor contraída a un cierto y determinado espacio, que extendida por un espacio infinito: y así no estaría toda ella en todas partes, como lo está el espíritu y como lo está Dios. Y además de esto, ignoraba totalmente qué es lo que hay en nosotros por donde seamos semejantes a Dios, y por lo que pueda decir la Escritura con verdad, que fuimos formados a imagen y semejanza de Dios.

13. Ni había llegado a conocer aquello en que consiste la justicia interior y verdadera, que no arregla sus juicios por la costumbre, sino por la ley rectísima dada y establecida por un Dios todopoderoso, para que se formasen las costumbres de todas las regiones y edades con arreglo a ella, que sabe acomodarse a todas las edades y regiones, no obstante ser una misma en todas partes y tiempos, y no tener diversidad alguna en esta parte respecto de la otra, ni ser de diverso modo en este que en otro tiempo. Con arreglo a esta justicia fueron justos Abraham, Isaac, Jacob, Moisés, David y todos los demás que han sido alabados por boca del mismo Dios; aunque los tenga por inicuos

la multitud de los ignorantes, que juzgan de todo por principios humanos, y miden las costumbres de todo el mundo por el nivel de las suyas y de su tiempo. Esta ignorancia es semejante a la de un hombre, que no entendiendo palabra en materia de armaduras, ni sabiendo cuál de ellas corresponde a cada parte del cuerpo, quisiese cubrir la cabeza con las grebas, que es la armadura que corresponde a las piernas, y a estas quisiese calzarles el morrión o celada, que es para la cabeza; y luego murmurase y se quejase de que ni lo uno ni lo otro se ajustaba ni le sentaba bien. O como si un mercader, en un día en que había ley para que se guardase fiesta desde el mediodía adelante, se diese por ofendido porque no se le permitía vender por la tarde, permitiéndosele vender por la mañana; o como si uno se admirara de ver que en una misma casa se le permitía a un criado inferior coger algunas cosas en la mano, que no se le permitía a otro más principal, v. gr. al copero que está destinado a ministrar la bebida; o como si uno afeara que se ejecutase detrás de los pesebres lo que no se permitía hacer delante de la mesa; o se indignase, porque siendo una la habitación y una la familia, no se daba a todos y en todas partes un mismo trato y una misma cosa.

Así vienen a ser estos que se irritan cuando oyen decir, que en aquellos siglos les fue lícita a los justos alguna cosa que a los de nuestro tiempo les está prohibida; y porque a aquellos mandó Dios una cosa, y a estos otra, según la diversidad de motivos que ocurrían en diversos tiempos; no obstante que los unos y los otros obraban arreglados a una misma rectitud y justicia. Por ellos mismos están continuamente experimentando, que en el cuerpo de un mismo hombre corresponde y viene bien a una parte lo que a otra no le corresponde: que en un mismo día es lícito hacer esta o aquella cosa un poco antes, que de allí a una hora ya no es lícito hacerla: que en una misma casa se permite o se manda hacer alguna cosa en un lugar determinado, que justamente se prohíbe o se castiga que se ejecute en otro.

¿Por ventura se podrá decir por esto que la justicia es mudable y varia? Los tiempos, a quienes ella preside sin mudanza, son los que se varían y se mudan, porque no pueden venir todos juntos, sino sucesivamente unos tras de otros; porque esto pide esencialmente el ser y naturaleza de los tiempos.

Pero los hombres, cuya vida sobre la tierra es tan corta, como por una parte no pueden enlazar sensiblemente las causas y motivos que reglaron las costumbres de los primeros siglos, y las de otras naciones que ellos no han tratado ni experimentado, con las que están experimentando y viendo todos los días, y por otra parte pueden fácilmente ver en un mismo cuerpo, en un mismo día y en una misma casa qué es lo que corresponde a cada uno de los miembros, a cada uno de los instantes y a cada uno de los sitios y personas de una casa; de ahí es, que acusan y reprenden aquella diversidad de costumbres, y se conforman con esta otra diversidad de acciones.

14. Todas estas cosas las ignoraba yo entonces, o no las consideraba; y aunque por todas partes se están viniendo a los ojos, yo no las veía. Pues aun cuando hacía versos, sabía muy bien que no debía ni podía poner cualesquier pies en cualquier parte del verso, sino en tal y tal especie de verso, tal y tal pie determinado, y en una misma especie de verso no podía poner en todas partes un pie mismo; y el arte de poesía que daba estas reglas diferentes, no era diverso de sí mismo en un paraje y en otro, sino un solo y único arte que a un mismo tiempo contenía todas estas reglas diferentes.

Pero yo contemplaba, que la justicia que había dado la regla a las acciones de los hombres justos y santos, contenía mucho mejor y con mayor excelencia y sublimidad todos sus preceptos juntos y de una vez, aunque eran entre sí tan diferentes, sin variarse ella ni admitir mutación alguna, no obstante que en varios tiempos no lo mandaba todo junto, sino que distribuía y repartía en diversos tiempos lo que a cada uno era correspondiente y propio. Y yo que estaba tan ciego, que no veía estas cosas, me atrevía a reprender a aquellos antiguos y santos patriarcas, que no solamente usaban de las cosas que tenían presentes del modo que Dios les mandaba e inspiraba, sino que también anunciaban las cosas venideras según y como Dios se las revelaba.

CAPÍTULO VIII

Explica contra los Maniqueos, qué pecados se deben detestar siempre.

15. Pero, ¿acaso podrá señalarse algún tiempo o lugar donde se tenga por malo o se dé por cosa injusta el amar a Dios de todo corazón, con toda el alma y con todas sus potencias, y el amar cada uno a su prójimo como a sí mismo? Por eso, todas aquellas maldades que son contra la naturaleza, en todas partes y en todos tiempos son abominables y dignas de castigo, como lo fueron las de los habitantes de Sodoma. Y aunque todas las gentes del mundo se conformaran en cometer aquellas maldades, no por eso dejarían de ser reos del mismo delito y pena, atendiendo a la justicia y ley divina, por cuanto Dios no formó a los hombres para que usasen de sí tan torpemente los unos de los otros. Y así se deshace y se rompe aquella íntima unión y sociedad que debemos tener entre nosotros y Dios, cuando se mancha con el uso perverso de la concupiscencia carnal aquella misma naturaleza que le tiene y reconoce por su Autor.

Pero aquellos delitos y maldades que solamente son contra las costumbres de los hombres en pueblos diferentes, se deben evitar siguiendo la diferencia de costumbres de cada pueblo, para que lo que tengan entre sí ordenado y establecido por costumbre o por ley de la ciudad o de la nación, no se quebrante por vicioso antojo de ningún ciudadano o extranjero. Porque verdaderamente es torpe y fea cualquiera parte de un cuerpo que no se conforma y conviene con su todo.

Pero cuando Dios manda alguna cosa que es contra la costumbre o estatuto de cualesquiera gentes o pueblos, sin duda se debe hacer aunque no se haya hecho allí jamás; y si antes se ejecutaba y se había ya interrumpido, se debe hacer y ejecutar de nuevo; y si no estaba mandado y establecido que se hiciese la tal cosa, se debe establecer y mandar que se haga. Porque si puede un rey mandar en la ciudad y territorio donde reina lo que ninguno de sus antecesores ni tampoco él mismo había mandado hasta entonces; y el obedecerle no es contra las leyes de la sociedad, antes bien lo sería el dejar de obedecerle, porque es deber y concierto universal de la sociedad humana el obedecer todos a sus reyes; Dios, que es Rey universal de todas las criaturas, ¿cuánto más debe ser obedecido sin la más leve duda de todo cuanto mandare? Porque así como entre los magistrados y gobernadores de la sociedad humana hay uno superior, a quien deben obedecer los subalternos; así Dios, como superior a todos, de todos debe ser obedecido.

16. También son detestables y dignos de castigo los delitos que se cometen contra el prójimo con deseo de hacerle algún daño, ya sea de palabra diciéndole alguna afrenta,

ya de obra haciéndole algún agravio; y esto tanto si se hace por vengarse de él, como por conseguir algún exterior provecho o interés, como sucede al ladrón respecto del pasajero a quien roba; o por evitar algún mal que le ha de sobrevenir de otro a quien teme; o teniéndole envidia, como acontece en el que es infeliz respecto de otro dichoso, y en el que estando en prosperidad teme y le pesa de que otro se le iguale; o por solo el gusto y deleite que él saca del daño ajeno, como los que asisten a ver las luchas de los gladiadores, o como los que se deleitan en hacer burla de otros, y pegarles chascos.

Estas son las principales especies de la iniquidad, las cuales nacen del apetito desordenado de dominar, de la vana curiosidad y deseo de ver, o del apetito desordenado de los deleites sensuales; ya sea juntándose todos tres apetitos, ya dos de ellos, ya uno solo. Pues de este modo, dulcísimo y altísimo Dios mío, todos los desórdenes de nuestra vida son transgresiones de vuestra divina ley, o contra los tres primeros preceptos, o contra los siete últimos de vuestro Decálogo, figurado y entendido en la Escritura por el salterio de diez cuerdas.

Pero, ¿qué maldades de los hombres pueden llegar hasta Vos, que sois inviolable? ¿Ni qué ofensas pueden ellos efectivamente ejecutar contra Vos, a quien es imposible hacer mal o daño alguno? Pero, ¡ah! que vos castigáis los males que ejecutan contra sí mismos los hombres (pues aun pecando contra Vos, obran cruelmente y sin piedad contra sus almas, y esto es proceder engañosamente la maldad contra sí misma), ya sea viciando y pervirtiendo su propia naturaleza que Vos criasteis y ordenasteis, ya sea usando inmoderadamente de las cosas lícitas, o deseando ardientemente las que no son permitidas, para abusar de ellas contra el orden natural; ya se hagan reos por desmandarse contra Vos con interiores afectos o con palabras exteriores, tirando coces contra el aguijón; ya sea finalmente cuando rotos los lazos de la sociedad humana y traspasados sus límites, se alegran temerarios y atrevidos con las particulares alianzas o con las divisiones que ellos entre sí privadamente forman, según que el estado actual de las cosas les agrada o les disgusta.

Estas maldades ejecutan los hombres cuando os dejan a Vos, que sois fuente de la vida, único y verdadero Creador y gobernador del universo; y por su propia soberbia y particular orgullo aman en las criaturas un bien aparente y falso. Así es constante que no se vuelve a Vos, sino por medio de una humilde piedad, y Vos entonces nos sanáis de nuestras malas costumbres, y perdonáis sus pecados a los que humildemente los reconocen y confiesan; y oyendo Vos los gemidos y sollozos de los pecadores, que se ven aprisionados con los hierros de sus culpas, nos desatáis y dejáis libres de las cadenas que nosotros mismos nos habíamos forjado. Por el contrario, mientras nos sublevamos contra Vos por seguir la falsa libertad de nuestro desenfreno, con el deseo

y ansia de conseguir más, padecemos el castigo de perderlo todo, por amar nuestro bien particular más que a Vos mismo, que sois el bien universal de todos.

CAPÍTULO IX

De la diferencia que hay entre los pecados: y de la que hay también entre el juicio de Dios y el de los hombres.

17. Pero entre tantas maldades y delitos de los hombres, entre la multitud de sus iniquidades, hay también que contar aquellas faltas que cometen los que comienzan a aprovechar en la virtud; las cuales son reprendidas y vituperadas por aquellos que juzgan rectamente, atendiendo a las reglas de la perfección; y son también alabadas de otros, atendiendo al fruto que se espera de ellas, como se alaba por lo común el trigo aún recién nacido y en verde.

Otras acciones hay que se parecen a los graves delitos y pecados, y realmente no son pecados ni delitos; porque ni son ofensas contra Vos, Dios y Señor mío, ni son contra el bien común y sociedad humana, como cuando se hace alguna prevención y acopio de las cosas propias de la estación del tiempo y necesarias para la vida, y por otra parte no hay certeza de que sea este cuidado efecto de una codicia desordenada; o cuando se castiga con legítima potestad a los culpados, pero ignorándose si los jueces lo hacen movidos de un mal deseo de mortificarlos. Y así muchas cosas que a los hombres les parecen vituperables y malas, Vos, Señor, las aprobáis y dais por buenas; y otras muchas, alabadas de los hombres, Vos las desaprobáis como culpables; porque muchas veces la exterior apariencia de la obra es muy distinta del ánimo e intención de quien la ejecuta y de lo que pedía la circunstancia oculta del tiempo en que se hizo o determinó.

Pero cuando Vos mandáis de nuevo alguna cosa nunca usada, no obstante que en otro tiempo la hubiésemos prohibido, y que no manifestéis la causa y motivo de mandarla entonces; y aunque finalmente sea contra los estatutos de la sociedad de algunos particulares; ¿quién duda que se ha de hacer lo que mandáis, siendo cierto y constante que ninguna sociedad de hombres se debe tener por justa y buena, sino aquella que os sirve y obedece? Pero dichosos, aquellos que saben ciertamente que Vos habéis mandado alguna cosa; porque entonces vuestros siervos hacen todas las cosas, o para cumplir las obligaciones que tocan al tiempo presente, o para prevenir y anunciar lo que ha de suceder en lo futuro.

CAPÍTULO X

Desvaríos de los Maniqueos acerca de los frutos de la tierra.

18. Siendo así que ignoraba yo estas cosas, me burlaba de aquellos santos antiguos que fueron vuestros siervos y vuestros profetas. Y, ¿qué es lo que hacía con burlarme de ellos, sino daros motivo de que os burlarais de mí? Pues vine poco a poco a dar insensiblemente en aquellas extravagancias y desvaríos de creer que cuando los higos se arrancaban del árbol, ellos y la higuera que era su madre, lloraban de sentimiento lágrimas de leche. Pero que si algún santo de los Maniqueos comía aquel higo arrancado (suponiendo que él no hubiese cometido el delito de arrancarlo, sino que le hubiese cortado o arrancado otro), y por medio de la digestión le mezclaba con su propia sustancia; después, gimiendo y sollozando en su oración, despedía en el aliento y exhalaba de aquel higo no solo ángeles, sino también partículas del Dios sumo y verdadero; las cuales hubieran estado siempre atadas a aquel higo, si no se hubieran disuelto por los dientes y estómago de aquel varón santo y escogido. Y yo, infeliz y miserable, creía que mayor misericordia debíamos usar con los frutos de la tierra, que con los hombres para quienes se producían. Porque si alguno que estaba necesitado de alimentos los pedía, sería como condenar a muerte aquel fruto, si se le daba a alguno que no fuese maniqueo.

NOTAS

1. Entre los innumerables desvaríos de la doctrina de los Maniqueos, era uno el atribuir a las plantas vida sensitiva: y que así no se podía cortar o arrancar fruto, rama u hoja de algún árbol o planta, sin que se les causase algún dolor y sentimiento; y que tampoco era lícito el arrancar las espinas o hierbas malas de una heredad: por lo cual abominaban la agricultura, con ser la más inocente de las artes, porque era rea de muchos homicidios y hacía muchas muertes. San Agustín en el libro de Haeresib. haer. 46.

2. Se distinguían en dos clases los Maniqueos: los unos se llamaban electos o santos, los otros auditores u oyentes. Los primeros eran aquellos que habían adelantado tanto en su locura, que pudieran ser ya maestros de ella, y estaban firmes y constantes en su error. Los segundos eran los que no hallándose todavía instruidos en aquella doctrina, estaban como vacilantes y dudosos en ella, y eran discípulos u oyentes de los otros, y como catecúmenos de aquella secta: en esta clase y orden estuvo san Agustín, sin haber pasado nunca a la otra clase de los electos.

3. Habiéndose mezclado entre sí el bien y el mal en aquella batalla que tuvieron; decían que era necesario limpiar y purificar el bien separándole del mal con quien estaba mezclado. Y esta purificación y separación fingían ellos que se hacía de diversos modos. 1.º Por la virtud divina en todo el mundo y sus elementos. 2.º Por los Ángeles de luz se purificaba la sustancia del bien que estaba mezclada y

como atada a la sustancia del mal en los demonios. 3.º Por los electos, que comiendo libertaban una parte de la sustancia buena y divina que estaba mezclada con la mala, y como atada a los manjares y bebidas; las cuales partículas de la sustancia divina mediante la masticación y digestión hecha en el estómago del electo, se libertaban y desataban, y ellos exhalaban o respiraban aquellas partículas, que unas eran ángeles y otras eran almas. 4.º Esta purificación del bien no la podían hacer sino los electos. 5.º A los auditores u oyentes se les perdonaban aquellas muertes (que precisamente habían de hacer en las plantas, siendo labradores), porque daban de comer a los electos, que purificaban la divina sustancia. Y así los electos ni labraban los campos ni cogían los frutos; sino que era obligación de los oyentes el traerles todo lo necesario. 6.º Pero esta purificación no la hacían comiendo carnes; porque decían que cuando mataron a aquel animal, huía de la carne la divinidad que había antes en ella; fuera de que aquella carne muerta, decían, no era digna de purificarse en el estómago de los electos, los que también se abstenían de todo vino y mosto, porque era la hiel del príncipe de las tinieblas. 7.º Decían por último de sus delirios, que todo cuanto de divina sustancia se purificaba en todo el universo, lo recogían y juntaban los Ángeles, y lo ponían en dos naves, que eran el sol y la luna, y lo llevaban al reino de Dios a quien pertenecía. Todos estos desatinos me ha parecido conveniente declararlos, porque sirven para entender mejor algunos lugares del Santo en esta obra: de los mismos y de muchos más trata el Santo en el libro que intituló: De los errores de los Maniqueos.

CAPÍTULO XI

Llanto y sueño de santa Mónica acerca de la conversión de su hijo Agustín.

19. Vos, Señor, usando conmigo de vuestra paternal benignidad, desde lo alto del cielo extendisteis vuestra mano poderosa, y sacasteis a mi alma de una profundidad tan oscura y tenebrosa como esta, habiendo mi madre, vuestra sierva fiel, derramado delante de Vos más lágrimas por mí, que las otras madres por la muerte corporal de sus hijos. Porque con la fe y espíritu que Vos le habíais dado, veía ella la muerte de mi alma. Mas Vos, Señor, os dignasteis de oír sus oraciones: Vos os dignasteis oírla, y no despreciasteis sus lágrimas, que copiosamente corrían de sus ojos, hasta regar con ellas la tierra en todos los sitios en que se ponía a hacer oración por mí en presencia de vuestra divina Majestad, que se dignó oírla y atender a su llanto y oración. Porque, ¿de dónde sino de Vos le había de venir aquel sueño que tuvo, con el cual la consolasteis tanto, que me permitió vivir en su compañía, comer a su mesa y habitar en su casa; lo que antes no había querido consentir por lo mucho que ella aborrecía y detestaba los errores y blasfemias de mi secta? Un día, pues, estando dormida, soñó que estaba puesta de pie sobre una regla de madera, y que se le acercó un joven gallardo y resplandeciente con rostro alegre y risueño, estando ella muy afligida y traspasada de pena; el cual le preguntó la causa de su aflicción y tristeza, y de tantas lágrimas como derramaba todos los días; no para saberlo de su boca, sino para tomar de aquí ocasión de instruirla y enseñarla, como suele suceder en tales sueños. Ella le respondió que era mi perdición lo que la hacía llorar; y él le mandó entonces y le amonestó (para que viviese más segura en este punto), que reflexionase con atención y viese que donde ella estaba, allí mismo estaba yo también. Luego que oyó esto miró con atención, y me vio estar junto a sí en la misma regla. ¿De dónde le vino este consuelo sino de aquella suma bondad con que atendíais a los gemidos de su corazón? ¡Oh! ¡Cuán bueno sois, Dios y Señor mío todopoderoso, que de tal suerte cuidáis de cada uno de nosotros, como si fuera el único de quien cuidáis, y de tal modo cuidáis de todos, como de cada uno de por sí!

20. ¿De dónde sino de Vos le vino también aquella respuesta que me dio tan pronta y oportuna, cuando al referirme el sueño que había tenido, y procurando yo interpretarle diciendo: Que antes bien el sueño significaba que ella podía vivir con esperanzas de ser algún día lo que yo era; respondió inmediatamente y sin detenerse en nada: No por cierto, no es así; porque a mí no se me dijo: "donde él está, allí también estás tú"; sino al contrario: "donde tú estás, allí también está él".

Yo os confieso, Señor, que, según lo que me acuerdo y varias veces he contado, más me movió esta respuesta que Vos me disteis por boca de mi piadosa madre, que el sueño mismo que me refirió y con que tan anticipadamente anunciabais la alegría y gozo que había de tener, aunque de allí a mucho tiempo, para darle desde entonces algún consuelo en la aflicción y solicitud que tenía por mí. Pues ella, bien lejos de turbarse con la falsedad de mi interpretación, aunque verosímil y aparente, se impuso al instante en la verdad, y vio prontamente cuanto había que ver acerca del suceso, y lo que yo verdaderamente no había advertido antes que ella lo dijera.

Aun después de todo esto estuve yo casi por espacio de nueve años revoleándome en lo profundo del cieno, y rodeado de tinieblas del error y falsedad. Y aunque muchas veces procuré levantarme y salir de aquel abismo profundo; con el hincapié y conatos que hacía, me hundía más adentro; y entre tanto aquella viuda casta, piadosa, templada, y tal cual es las que Vos amáis, ya más alegre con la esperanza que le habíais dado, pero no por eso menos solícita en llorar y gemir, no cesaba de importunaros a todas horas con sus oraciones y lágrimas por mi conversión; y aunque eran bien admitidos en vuestra divina presencia sus fervorosos y continuos ruegos, no obstante Vos dejabais que me envolviese y revolviese todavía más en aquella espesa oscuridad de mis errores.

NOTAS

1. De aquí se infiere, que Agustín había vuelto de Cartago a Tagaste, donde vivía entonces, aunque de esto no habla expresamente. Todo el tiempo que pasó desde su vuelta de Cartago hasta que santa Mónica tuvo este sueño, como su madre no le permitía estar en su casa ni en su compañía; le llevó a su casa aquel rico ciudadano de Tagaste, Romaniano, y le estimó tanto y le dio tan grandes muestras de amistad, que servían y respetaban a Agustín como al mismo dueño de la casa.
2. Estos nueve años que aquí y en otras partes dice san Agustín que estuvo en el error de los Maniqueos, deben contarse de modo que finalizasen cuando se disgustó tanto con las respuestas que le dio Fausto, que era el más célebre de los Maniqueos, lo cual fue en el año 383. Así se infiere que comenzó a seguirlos en el año 373 o 374, a los 19 o 20 años de su edad, y poco después de haber leído el Hortensio de Cicerón. Así Tillemont, Hist. ecclesiast. tom. 13, pág. 23.

CAPÍTULO XII

Lo que un santo obispo respondió a santa Mónica acerca de la conversión de su hijo.

21. También en este tiempo intermedio le disteis otra respuesta y misterioso aviso, semejante al pasado y para el mismo intento; de lo cual quiero hacer aquí conmemoración, no obstante que omito otras muchas cosas, ya porque no puedo acordarme de todas ellas, ya por llegar más presto a confesaros las que son más urgentes y precisas. Por boca, pues, de un ministro vuestro, que era sacerdote y obispo, educado y criado en vuestra Iglesia, y muy práctico y versado en vuestras santas Escrituras, le disteis otra respuesta y aviso misterioso. Porque habiéndole mi madre suplicado que tuviese a bien el hablarme e impugnar mis errores hasta desengañarme de mis falsos dogmas y perversa doctrina, y enseñarme la buena y verdadera (súplica que hacía también a todos los hombres sabios que encontraba, y le parecían a propósito para este efecto), lo rehusó aquel obispo; en lo que se portó prudentemente, respondiendo a mi madre, según supe después, que estaba yo todavía incapaz de admitir otra doctrina, porque estaba muy embelesado en la novedad de aquella herejía maniquea, y envanecido de haber dado en que entender a muchos ignorantes con varias cuestiones y sofismas que les proponía, como ella misma le había contado. Pero también le dijo: Dejadle por ahora en su error, y no hagáis más diligencia que rogar a Dios por él; que él mismo, continuando en estudiar y leer, llegará a conocer cuán enorme es el error e impiedad de la secta maniquea. También le refirió el mismo, como siendo él niño le habían entregado a los maniqueos por voluntad de su madre, a quien antes habían engañado; y que no solamente había él leído casi todos sus libros, sino que también los había copiado de su puño, y que él por sí mismo, y sin que ninguno le arguyese ni impugnase, había conocido cuán abominable y digna de dejarse era aquella secta, y como tal la había abandonado. Pero habiendo acabado de decirle todo esto, como mi madre no se aquietase, sino que antes bien le instase más y más, importunándole con ruegos y lágrimas para que se viese y disputase conmigo; él entonces como cansado ya de su importunación, le dijo: Déjame, mujer, así Dios le dé vida; que es imposible que un hijo de tales lágrimas perezca. Palabras que mi madre recibió como si hubieran sonado desde el cielo, según ella me lo repitió muchas veces en nuestras familiares conversaciones.

LIBRO IV

Recorre los nueve años de su vida, en que desde el año 19 hasta el 28 enseñó retórica, y tuvo una manceba, y se dedicó a la astrología genetlíaca. Después se duele del excesivo e inmoderado dolor que tuvo por la muerte de un amigo, y el mal uso que hacía de su excelente ingenio.

CAPÍTULO I

Del tiempo que empleó en engañar y pervertir a otros, y de los medios que usaba para ello.

1. Durante aquel mismo espacio de los nueve años que he dicho, contados desde los diecinueve de mi edad hasta los veintiocho, viví engañado y engañando a otros; y entre la variedad de mis deseos y apetitos, tan pronto era engañado como engañador, ya públicamente, enseñando las artes que llaman liberales; ya ocultamente bajo del pretexto y falso nombre de religión, siendo allí soberbio, aquí supersticioso, y en todas partes vano. Por una parte seguía continuamente el humo y aire de la gloria popular, queriendo llevarme siempre los aplausos del teatro, y ser preferido a todos los demás competidores en hacer versos, y llevarme las despreciables coronas con que eran premiados los que salían vencedores en las contiendas de ingenio, y finalmente sobresalir en las locuras de los espectáculos y en la destemplanza de los apetitos; y por otra parte deseando purificarme de todas estas manchas, llevaba que comer a los que entre los maniqueos se llamaban escogidos y santos, para que en la oficina de su estómago me fabricasen ángeles y dioses que me librasen de todos mis pecados. Estos delirios seguía y practicaba entonces en compañía de mis amigos, engañados por mí, que estaba tan engañado como ellos.

Búrlense en hora buena de mí aquellos hombres soberbios y arrogantes, que no han sido hasta ahora saludablemente postrados y abatidos por vuestra mano poderosa, Dios y Señor mío; que yo por eso no tengo de omitir la confesión de mis infamias, para gloria y alabanza vuestra. Permitidme, os ruego, y concededme que vaya recorriendo mi memoria con exactitud los pasados rodeos y extravíos de mis errados proceder, y que de todos ellos os haga un sacrificio con que mi alma quede llena de júbilo y alegría. Porque a la verdad, si Vos no me guiáis y vais conmigo, ¿qué seré para mí quedando solo, sino una guía ciega que me vaya llevando al precipicio? Y por el contrario, cuando hago algo de bueno, ¿qué hago yo sino recibirlo de Vos, o qué soy sino un niño que recibe el néctar de vuestros pechos, o cuando más, un hombre que se sustenta de Vos mismo, que sois manjar incorruptible? Y ¿qué es cualquier hombre, sea el que fuere, si al fin no es más que un hombre? Pues búrlense de mí en hora buena esos espíritus fuertes y poderosos; mientras que yo flaco y pobre confieso vuestro nombre y os alabo.

CAPÍTULO II

De cómo enseñaba retórica: de la fidelidad que guardaba a una mala amistad que tenía; y cómo despreció los pronósticos de un agorero.

2. Enseñaba yo en aquel tiempo la retórica, y vendía aquel arte de elocuencia que sabe vencer y dominar los corazones, siendo al enseñarla vencido y dominado yo de la codicia. Pero bien sabéis, Señor, que lo que más deseaba era tener buenos discípulos, en el sentido en que comúnmente se llaman buenos, a los que sin engaño alguno les enseñaba el arte de practicar engaños; no para que jamás usasen de ellos contra la vida de algún inocente, sino para defender alguna vez al culpado. Y Vos, Dios mío, visteis desde lejos esta fidelidad que iba a perderse por un camino tan resbaladizo, y centellear entre mucho humo aquella buena fe mía con que enseñaba a los que, como yo, amaban la vanidad y buscaban la mentira.

En aquel mismo tiempo tenía yo una mujer, no que fuese mía por legítimo matrimonio, sino buscada por el vago ardor juvenil escaso de prudencia; pero era una sola, y le guardaba también fidelidad: queriendo saber por experiencia propia la diferencia que hay entre el amor conyugal pactado mutuamente con el fin de la procreación, y el pacto de amor lascivo, en el cual suele también nacer algún hijo contra la voluntad de los amantes, aunque después de nacido los obliga a que le tengan amor.

3. También hago memoria de que habiendo yo voluntariamente entrado en una oposición pública de poesía dramática, me envió a decir no sé qué agorero, cuánto te había de dar, porque él me asegurase la victoria; y yo detestando y abominando aquellos feos sacrificios, le respondí que aunque aquella corona de frágil yerba que se había de dar al vencedor, fuera de oro e inmortal, no permitiría que para que yo la lograra, se matase siquiera una mosca. Porque en sus sacrificios y conjuros había él de quitar la vida a algunos animales, y con aquellos honores que hacía a los demonios, te parecía que los convidaba y movía a que me favoreciesen. Pero bien conozco, oh Dios de mi alma y de mi corazón, que el haber yo desechado y abominado aquella maldad, no fue por amor vuestro, porque aun no sabía amaros, pues ni acertaba a imaginaros sino como una luz y resplandor corporal. Y una alma que suspira por semejantes ficciones, ¿no es cierto que anda muy distraída de Vos, poniendo su confianza en falsedades, y apacentándose de los vientos? Es verdad que no quisiera yo que por mí se hiciera sacrificio a los demonios, siendo así que yo mismo con aquella superstición

me sacrificaba a ellos; porque, ¿qué otra cosa es apacentarse de los vientos, sino dar de comer a los demonios, esto es, servirles de deleite y diversión con nuestros errores?

NOTA

1. Los sacó muy aventajados, insignes y famosos, como fueron Licencio y su hermano, hijos de Romaniano su protector y amigo; Eulogio que le sucedió en la cátedra de retórica, san Alipio, etc.

CAPÍTULO III

Cómo dejó el estudio de la astrología a que se había dedicado, por consejo de un anciano bien instruido en medicina y física.

4. Por eso no cesaba de consultar a aquellos otros impostores que llamaban matemáticos*, porque estos no usaban de sacrificio alguno, ni oraciones y conjuros dirigidos a los demonios para adivinar; no obstante que sus predicciones también las reprueba y condena la cristiana y verdadera piedad. Lo bueno y justo es confesarse a Vos, Señor, y deciros: "Tened misericordia de mí, y sanad mi alma, pues ha pecado contra Vos"; y no abusar de vuestro perdón para volver a pecar, sino tener muy presente aquella sentencia del Salvador: "Mira, hombre, que ya estás sano; no quieras pecar más, no sea que te suceda algo peor". Esta saludable doctrina intentan de todo punto destruirla dichos astrólogos cuando dicen: "Del influjo de los cielos nace a los hombres la causa inevitable de pecar: el planeta Vénus, o Saturno, o Marte hicieron esto o aquello". Y esto lo dicen, para que el hombre que es carne y sangre, y corrupción soberbia, quede disculpado, y se atribuya el pecado al Creador y Gobernador del cielo y de los astros. ¿Y quién es este sino Vos, Dios nuestro, que sois dulzura y suavidad inefable, origen y fuente de toda la justicia, que dais a cada uno según sus obras, y no despreciáis un corazón contrito y humillado?

5. En aquel tiempo había un hombre muy hábil, muy sabio y excelente en el arte de medicina**, el cual en nombre del cónsul a quien pertenecía la acción, había puesto con su mano propia la corona, que yo había ganado en el certamen de poesía, sobre mi cabeza malsana; aunque esto no lo hizo en cuanto médico, porque de aquella mi dolencia solo Vos sois el médico, que sois quien resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes. Pero, ¿acaso dejasteis de serviros también de aquel anciano para mi provecho y para el remedio y medicina de mi alma?

Pues como yo me había hecho muy familiar suyo, y asistía continua y atentamente a sus razonamientos (que sin adorno y hermosura de palabras eran gustosos y graves por lo agudo de sus sentencias), luego que conoció por mis conversaciones que yo estaba muy dedicado a los libros astrológicos, me amonestó benigna y paternalmente que los arrojase de mí, y no gastase mi cuidado y estudio en aquella locura y vanidad, pudiendo emplearlo en cosas útiles. También dijo, que él había aprendido de tal suerte aquel arte, que en los primeros años de su edad quiso seguir aquella profesión para ganar de comer; esperando que, pues había entendido a Hipócrates, también podría entender aquellas doctrinas; pero que no por otro motivo las había dejado y

seguido la medicina, sino porque había llegado a conocer que eran falsísimas; y siendo un hombre de juicio, no quería ganar la comida engañando a los hombres. "Pero tú", dijo él, "tienes la cátedra de retórica con que sustentarte y vivir en el mundo; y sigues esta falsedad engañosa, no por necesidad, sino voluntariamente y por tu gusto; por lo que tanto más debes creerme lo que te digo de aquel arte, pues trabajé por saberlo tan perfectamente, que pensaba mantenerme de aquella profesión sola". Y habiéndole preguntado, cuál era la causa de que por medio de aquella doctrina se pronosticasen muchas cosas que salían ciertas; me respondió lo mejor que pudo, que la fuerza de la suerte esparcida por todas las cosas naturales era la que causaba esos aciertos. Porque, decía él, si muchas veces queriendo alguno saber algo por suerte, y valiéndose para esto de los versos de cualquier poeta (en los que su autor dijo e intentó otra cosa muy distinta) suele suceder que el verso se acomoda y ajusta maravillosamente al asunto y negocio que se buscaba; no será mucho que del alma humana movida de superior instinto, y sin advertir esa moción que se hace en ella, salga alguna respuesta por suerte y casualidad, no por arte ni regla, que se acomode y adapte a los hechos y asuntos de quien hace la pregunta.

6. Y esto, Señor, me lo procurasteis enseñar por medio de aquel sabio médico, que estaba ya desengañado de aquellas falsedades, y dejasteis con esto delineado en mi memoria lo que yo por mí mismo había de buscar e investigar en adelante. Pero entonces ni el anciano médico ni mi amadísimo Nebridio, mancebo de gran bondad y gran juicio, que se burlaba de todo aquel arte de adivinar, pudieron persuadirme que dejase el estudio de aquellas doctrinas; porque me movía todavía más que ellos la autoridad de los autores de aquellos libros, y porque aun no había hallado un documento seguro y convincente, como le buscaba, que me pusiese en evidencia que las cosas que sucedían conforme las predijeron los astrólogos cuando se les consultaba, salían verdaderas por la suerte y el acaso, y no por el arte de la observación de los astros.

NOTAS

1. En tiempo del Santo se daba el nombre de matemáticos principalmente a los astrólogos judiciales, que también llamaban planetarios, porque hacían sus predicciones observando los planetas, y genéticos, porque pronosticaban la vida, costumbres y sucesos del infante, observando la situación que tenían los astros en el instante del nacimiento. Contra los cuales habla el Santo más abajo en el libro VII, cap. VI; en el libro II de la Ciudad de Dios, y en otras partes, impugnándolos con solidez y eficacia. También los condena el Derecho canónico, cap. 2 de Sortilegio; el concilio Tridentino, índice lib. prohib. reg. 9. y Sixto IV, en bula particular contra astrólogos, y también el Derecho civil, leg. 9, código 1,18. Pero en nuestros días no se toma el nombre de matemáticos en ese sentido, generalmente hablando;

sino que significa los que estudian y profesan la aritmética, geometría, astrología lícita, y otras artes que se llaman matemáticas. ** Este era Vindiciano, de quien vuelve a hablar después en el libro VIII, cap. VI.

CAPÍTULO IV

Refiere la enfermedad y bautismo de un amigo suyo a quien él había pervertido, cuya muerte sintió y lloró amargamente.

7. En aquellos años, y al mismo tiempo que había comenzado a enseñar en la ciudad en que nací, había adquirido un amigo, que porque estudiamos juntos, por ser de mi edad y estar ambos en la flor y lozanía de la juventud, llegó a serme muy amado. Desde niños habíamos crecido juntos, habíamos ido juntos a la escuela, y juntos habíamos jugado. Pero entonces aún no era tan estrecha nuestra amistad; aunque ni tampoco después cuando digo que le amé tanto, era nuestra amistad tan verdadera como debe ser; porque solo es verdadera amistad la que Vos formáis entre los que están unidos a Vos por la caridad que ha derramado en nuestros corazones el Espíritu Santo, que nos fue enviado y dado.

Pero no obstante era para mí aquella amistad dulcísima, y sazónada con el fervor de nuestros iguales cuidados y estudios. Porque también le había yo desviado, aunque no entera y radicalmente, de la verdadera fe que siendo joven seguía; y le había inclinado a aquellas falsedades supersticiosas y perjudiciales, que hicieron a mi madre llorar tanto por mí. De modo, que aun en el error que seguíamos interiormente, éramos iguales, y no podía mi alma hacer nada sin él. Pero he aquí que Vos yendo a los alcances a vuestros siervos fugitivos, como Dios de las venganzas, y al mismo tiempo fuente inagotable de las misericordias, conviniéndonos a Vos por caminos y modos admirables, sacasteis de esta vida a aquel mancebo, cuando apenas se había cumplido un año de nuestra amistad, que me era más deliciosa que todas las delicias que en aquel tiempo gozaba.

8. ¿Quién hay que sea él solo suficiente a contar los motivos que tiene para alabaros, por lo que ha experimentado solamente en sí mismo? ¿Qué es lo que entonces ejecutasteis, Dios mío? ¡Oh cuán insondable es la profundidad de vuestros juicios! Porque estando aquel amigo mío enfermo de calenturas, le dio una vez un síncope, que le duró mucho tiempo, juntamente con un sudor mortal; y viéndosele ya sin esperanzas de vida, se le dio el Bautismo, sin que él lo supiese, ni pudiese conocerlo, lo cual me dio poco cuidado, persuadiéndome que su alma conservaría mejor lo que yo le había enseñado, que lo que se ejecutaba en su cuerpo, sin saberlo él ni advertirlo. Pero muy al contrario sucedía; porque él volvía en sí y con salud en el alma*.

Luego al punto que pude hablarle (y pude luego que él pudo oírme, pues no me apartaba de su lado, y mutuamente pendíamos uno de otro), intenté burlarme del

Bautismo que le habían dado, cuando se hallaba muy lejos de tener conocimiento ni sentido: creyendo yo que él también se burlaría conmigo de aquel hecho, como que ya sabía entonces que le habían bautizado. Mas luego que oyó mi burla, me mostró tanto horror como si fuera yo su mayor enemigo, y me amonestó con una admirable y repentina libertad, que si quería ser amigo suyo, no volviese a hablar de aquello por aquel estilo. Yo, entonces espantado todo y turbado, reprimí lo que se me ofrecía responderle, dejándolo para cuando hubiese convalecido, y estuviese capaz con las fuerzas de su cabal salud, para poderle yo decir entonces todo cuanto quisiese. Pero pocos días después, estando yo ausente, le acometieron otra vez las calenturas, y se murió: mejor dicho, fue como arrebatado de entre las manos de mi locura, para estar bien guardado junto a Vos para mi consuelo.

9. Sentí tanto su pérdida, que se llenó mi corazón de tinieblas, y en todo cuanto miraba, no veía otra cosa sino la muerte. Mi patria me servía de suplicio, y la casa de mis padres me parecía la morada más infeliz e insufrible; todo cuanto había tratado y comunicado con él, se me volvía en cruelísimo tormento, viéndome sin mi amigo. Por todas partes le buscaban mis ojos, y en ninguna le veían: aborrecía todas las cosas, porque en ninguna de ellas le encontraba, ni podían ya decirme, como antes cuando vivía, y estaba fuera de casa o ausente, espera, que ya vendrá. Estaba yo trocado en un confuso enigma sin entenderme a mí mismo, y preguntaba a mi alma: ¿Por qué estaba tan triste, y por qué me afligía tanto? y no tenía qué responderme. Y si le decía: "Espera en Dios", con razón me desobedecía; porque más verdadero ser tenía, y mucho mejor era aquel amadísimo hombre que había perdido, que aquel fantasma que yo entonces creía Dios, y en quien le mandaba que esperase. Solo el llanto me era más dulce y gustoso, y el sucesor de mi amigo en causar las delicias de mi alma.

CAPÍTULO V

Por qué los afligidos e infelices tienen gusto en llorar.

10. Mas ahora, Señor, ya que pasaron todas aquellas cosas, y con el tiempo se me ha mitigado el dolor de aquella herida, ¿podré escuchar de Vos que sois la verdad eterna, y aplicar los oídos de mi alma a vuestra boca, para que me digáis, por qué el llanto es gustoso a los desventurados y afligidos? ¿Por ventura, Señor, no obstante que estáis presente en todas partes, será posible que estén muy lejos de Vos nuestras necesidades y miserias? Vos, Señor, inalterablemente permanecéis en Vos mismo; pero nosotros nos mudamos continuamente, experimentando siempre diversos acaecimientos y novedades; y no nos quedaría siquiera el consuelo de la esperanza, si no llegaran a vuestros oídos nuestras lágrimas.

Pues, ¿en qué consiste que el gemir, el llorar, el suspirar, el quejarse, se tiene como un fruto suave y dulce que se coge de la amargura de esta vida? ¿Acaso lo que hay dulce y gustoso en el llanto es la esperanza que tenemos de que Vos oigáis nuestros suspiros y lágrimas? Pero esto era bueno para que lo dijéramos de los ruegos y súplicas que os hacemos, porque siempre van acompañadas del deseo de llegar a conseguir algo. Mas en el dolor y sentimiento de una cosa ya perdida, y en el triste llanto de que entonces estaba yo cubierto, ¿podremos por ventura decir lo mismo? Porque yo no esperaba que mi amigo resucitase, ni con mis lágrimas pretendía tal cosa; sino solamente era mi fin sentir su muerte y llorarla, porque me hallaba infeliz y miserable, y había perdido lo que causaba toda mi alegría. ¿O es acaso que, siendo amargo el llorar, nos causa deleite cuando llegamos a tener disgusto y aborrecimiento de las cosas que gozábamos antes con placer y alegría?

CAPÍTULO VI

De lo mucho que sintió la muerte de su amigo.

11. Mas, ¿para qué hablo de esto? Pues no es ahora ocasión de haceros preguntas, sino de confesaros mis miserias. Yo era miserable como lo es cualquier alma aprisionada con el amor de las cosas perecederas, que cuando las pierde, la despedaza el sentimiento, y entonces es cuando conoce toda su miseria aun antes de perderlas.

Así me hallaba yo en aquel tiempo, y lloraba amarguísimamente y descansaba en mi amargura. Tal como esta era mi miseria, y más que a aquel amigo mío amaba yo la vida miserable que tenía, pues aunque quisiera trocarla, con todo eso no quisiera perderla antes que perderle a él; ni sé si quisiera perderla por él, como se refiere de Orestes y Pílates (si es que no sea fingido), que querían morir el uno por el otro, o entrambos al mismo tiempo, porque tenían por mayor daño vivir el uno sin el otro. Pero no sé qué afecto muy contrario a este había nacido en mí, pues tenía grandísimo tedio de la vida y miedo de la muerte. Yo creo que cuanto mayor era el amor que le tenía, tanto más aborrecía y temía a la muerte, como a enemiga cruelísima que me le había quitado, y juzgaba que ella había de acabar de repente con todos los hombres, una vez que había podido acabar con aquel.

Así cabalmente me hallaba yo, que bien presente lo tengo. Ved aquí mi corazón, Dios mío: he aquí todo mi interior, ved que no lo tengo olvidado, esperanza mía, que me limpiáis de la inmundicia de semejantes afectos, atrayendo a Vos los ojos de mi alma, y librando mis pies de los lazos que me tenían enredado. Me admiraba de que los demás mortales viviesen; pues había muerto aquel a quien yo amaba como si no hubiera de morir; y más me maravillaba de que habiendo muerto él, viviera yo que era otro él. Bien dijo Horacio hablando de un amigo suyo, que era la mitad de su alma; porque yo creí que la mía y la suya habían sido una sola alma en dos cuerpos. Y por eso me causaba horror la vida, porque no quería vivir a medias y como dividido; y por eso quizás temería el morirme, porque no muriese de todo punto aquel a quien había amado tanto.

CAPÍTULO VII

Cómo se salió de su patria por no poder aguantar este dolor.

12. ¡Oh qué locura no saber amar a los hombres humanamente! ¡Oh qué necio hombre era yo, pues las cosas humanas las padecía sin moderación! Y así me acongojaba, suspiraba, lloraba, andaba turbado, incapaz de descanso ni consejo. Traía mi alma como despedazada, ensangrentada, impaciente de estar conmigo, y no hallaba donde ponerla. No hallaba descanso alguno ni en los bosques amenos, ni en los juegos y músicas, ni en los jardines olorosos, ni en los banquetes espléndidos, ni en los deleites del lecho, y finalmente ni le hallaba en los libros ni en los versos. Todo me causaba horror, hasta la misma luz; y todo cuanto no era mi amigo, me era insufrible y odioso, menos el gemir y llorar, pues solamente en esto tenía algún corto descanso. Pero luego que se le quitaba o estorbaba a mi alma este triste alivio, me abrumaba la pesada carga de mi miseria.

Bien sabía yo que debía levantar mi alma hacia Vos, Señor, para que me la curaseis; pero ni quería, ni podía, y tanto más incapaz me hallaba para esto, cuanto lo que yo pensaba de Vos era menos sólido y estable. Porque lo que yo imaginaba no érais Vos: era un vano fantasma lo que en mi error tenía por mi dios. Y si me esforzaba por poner mi alma en aquello que yo imaginaba ser mi dios para que allí descansase; se resbalaba por no hallar solidez, y volvía a caer sobre mí, quedando yo hecho una infeliz morada de mí mismo, donde ni pudiese estar ni la pudiese dejar. Porque, ¿a dónde podría huir mi corazón que se alejara de sí mismo? ¿a dónde huiría de mí? ¿dónde dejaría de ir tras de mí? No obstante me salí de mi patria; y desde Tagaste me fui a Cartago, porque allí buscaban menos mis ojos a mi amigo, donde no tenía costumbre de verle.

CAPÍTULO VIII

Como el tiempo y el trato con los amigos le fueron curando su sentimiento.

13. No se van los tiempos en balde, ni pasan ociosamente por nuestros sentidos, antes bien producen en nuestras almas efectos admirables. Venía y pasaba el tiempo un día detrás de otro, y viniendo y pasando días, iba yo adquiriendo nuevas experiencias y diferentes memorias; así, poco a poco volvía a aficionarme a los antiguos placeres, a los que iba cediendo aquel dolor y sentimiento mío: no le sustituían otros nuevos dolores, sino causas y principios de otros dolores nuevos.

Porque, ¿de dónde provino que con tanta facilidad y tan íntimamente penetrase aquel dolor mi corazón, sino porque yo había derramado mi alma inútilmente en la arena, amando a aquel hombre que había de morir, como si fuera inmortal?

Lo que principalmente contribuyó a mi alivio y restablecimiento fue el trato y los consuelos de los amigos, que amaban lo que yo amaba en lugar de Vos; y esto era una gran fábula y un tejido de mentiras, con cuyo uso continuado se corrompía nuestra alma complaciéndose en oírlas. Pero aquella fábula no moría para mí, no obstante que muriese alguno de mis amigos.

Otras cosas había que me estrechaban más fuertemente a ellos, como el conversar y reírnos juntos, servirnos unos a otros con buena voluntad, juntarnos a leer libros divertidos, chancearnos y entretenernos juntos, discordar alguna vez en los juicios, pero sin oposición de la voluntad, y como lo suele uno ejecutar consigo mismo; y con aquella diferencia de dictámenes (que rarísima vez sucedía) hacer más gustosa la conformidad que teníamos en todo lo demás; enseñarnos mutuamente alguna cosa, o aprenderla unos de otros, tener sentimiento de la ausencia de los amigos, y alegría en su llegada. Con estas señales y otras semejantes que, naciendo del corazón de los que se aman, se manifiestan por el semblante, por la lengua, por los ojos y por otros mil movimientos agradables que servían de fomento a nuestro amor, encendíamos nuestros ánimos, y de muchos hacíamos uno solo.

CAPÍTULO IX

De la amistad humana, y que es dichoso el que en Dios y por Dios ama a sus amigos.

14. Esto que acabo de decir es lo que se ama en los amigos, y de tal modo se ama, que se tendría por culpado el hombre que no amase al que le ama, o no correspondiese con su amor al que le amó primero; sin desear ni pretender de su amigo otra cosa exterior, más que estos indicios y muestras de benevolencia. De aquí nace aquel llanto y lamento cuando muere algún amigo; de aquí aquellos lutos que aumentan nuestro dolor; de aquí el tener afligido el corazón convirtiéndose en amargura la dulzura que antes gozaba; y de aquí la muerte de los que viven, por la vida que han perdido los que mueren. Dichoso el que os ama a Vos, y a su amigo le ama en Vos, y a su enemigo por amor de Vos. Porque solo está libre de perder a ninguno de sus amados, quien los ama a todos en aquel que nunca puede perderse ni fallar. ¿Y quién es este sino nuestro Dios, y un Dios que hizo el cielo y la tierra, y que llena tierra y cielo, porque llenándolos los crió?

A Vos, Señor, nadie os pierde sino el que os deja, y el que os deja, ¿a dónde va, o a dónde huye, sino de Vos, amoroso y favorable, a Vos mismo enojado? Porque, ¿dónde no hallará vuestra ley para su castigo? Pues vuestra ley es la verdad, y Vos sois la verdad misma.

CAPÍTULO X

Como la bondad de todas las criaturas es muy limitada y transitoria, e incapaz de dar quietud y descanso a los deseos del alma.

15. Dios de las virtudes, convertidnos a Vos, mostradnos vuestro rostro, y seremos salvos. Porque a cualquier parte que se vuelva el corazón del hombre, ha de tener que padecer dolores, si no es que se vuelva hacia Vos; aunque se abraze con las criaturas más hermosas que están fuera de Vos y fuera de él. Ellas no tuvieron ser alguno si no le hubieran recibido de Vos: ya nacen, ya mueren: nacen como que comienzan a ser; crecen para perfeccionarse, y después de perfectas envejecen y acaban; pero no todas las criaturas se envejecen, y todas se acaban. De modo que cuando nacen y caminan a ser, cuanto más aceleradamente crecen para lograr el lleno de su ser, tanta más prisa se dan para no ser. Este es el modo propio de su ser y naturaleza. Solamente les habéis dado que sean partes de unas cosas, que no existen todas a un tiempo y de una vez; sino que faltando unas y sucediendo otras, forman el universo y el todo, de quien ellas son partes. Así se forma también nuestra conversación y plática cuando la tenemos boca a boca o de palabra; porque el todo de nuestra conversación nunca llegaría a tener su ser propio, si después que una palabra se pronunció en cuanto a todas las sílabas que la componen, no cesara y dejara de ser para que otra palabra le suceda.

Alábeos por estas cosas mi alma, Dios mío, Criador de todas ellas; pero no sea de modo que por los sentidos del cuerpo se quede con apego y algún amor a ellas. Porque van estas cosas caminando sin parar hacia el no ser, y despedazan al alma con pestilentes deseos de existir siempre, y descansar en las mismas cosas que ama. Pero en estas cosas transeúntes y sucesivas no tiene el alma en donde parar y descansar, porque ellas como no paran, huyen; ¿y quién es capaz de seguirlas con los sentidos corporales, ni de retenerlas aun cuando están más presentes?

Los sentidos del cuerpo son tardos y perezosos como les corresponde ser a unos sentidos corpóreos, y eso es modo y propiedad de su naturaleza. Son suficientes, hábiles y proporcionados para lo que fueron criados; pero no son suficientes para detener las cosas transitorias que van corriendo desde el principio que les corresponde hasta el fin que les está señalado. Porque en vuestra eterna palabra por quien fueron criados, están oyendo que se les manda y dice: Desde aquí comenzaréis, y llegaréis hasta allí.

NOTA

1. En las ediciones anteriores a la del P. J. M. se lee de otro modo este pasaje, pues dice: Etenim omnia senescunt, et omnia ínter eunt; pero en la citada edición, que es conforme a los mss., se añade la negación: Et non omnia senescunt, et omnia intereunt. Seguimos esta lección, ya por ser más conforme a los mss., ya porque nos parece más absoluta y universalmente verdadera. La cual sentencia puede entenderse de dos modos: el uno es aplicando la negación a la primera parte de la sentencia, y no a la segunda, haciendo entonces este sentido: No todas las cosas se envejecen (porque muchas acaban antes de envejecerse), pero todas acaban. El otro es aplicando la negación a toda la sentencia, y entendiéndola de las criaturas espirituales, v. g. de los Ángeles y del alma racional, que no se envejecen ni acaban; y también de los cielos aunque materiales y corpóreos.

CAPÍTULO XI

Que todas las cosas creadas son mudables, y solo Dios es inmutable.

16. No quieras, alma mía, hacerte vana siguiendo la vanidad, cuyo ruidoso tumulto hará ensordecir los oídos de tu corazón. Oye tú también al mismo Verbo eterno, que clama y te da voces para que vuelvas a Él, donde está el lugar de tu quietud inalterable, en que nunca el amor se verá dejado ni despedido, si Él mismo no deja o se despide primero. Atiende a la mudanza de todas las criaturas, que unas dejan de ser para que en su lugar sucedan otras, y así conste de todas sus partes sucesivamente este inferior universo. ¿Por ventura, dice el Verbo divino, yo me ausento o me mudo a alguna otra parte? Pues fija allí, alma mía, tu mansión, y entrega allí cuanto tienes (pues de allí lo tienes), siquiera después de verle fatigada con tan repetidos engaños. Vuelve a dar a la Verdad todo cuanto posees, pues de ella lo has recibido; y así lo tendrás más asegurado sin pérdida alguna. Antes cobrará nuevos verdores y reflorecerá lo que esté seco y marchito, se curarán todas tus enfermedades, y cuanto hayas perdido y disipado se reformará, se renovará y se volverá a unir estrechamente contigo; y en lugar de arrastrarte tras de sí todo lo caduco, y hacerte bajar hacia la nada, a donde ello camina, todo será estable, firme, y permanecerá contigo estando unida tú a Dios, que siempre permanece y eternamente es estable.

17. ¿Para qué, pervirtiendo el orden que debe haber entre el cuerpo y el espíritu, sigues tú a tu carne? Ella es la que, convertida y reducida a buen orden, debe seguirte a ti. Cuanto por medio de ella sientes y percibes, es una parte no más, y estás aún ignorante del todo que se compone de estas partes; y no obstante eso, te deleitan. Si tus sentidos corporales estuvieran dispuestos y proporcionados para sentir y percibir el todo; si para que se contentasen con parte del universo no tuvieran tan tasados los límites que justamente se les han señalado y puesto para tu pena y castigo; tú misma quisieras que pasara lo que existe de presente, para recibir mayor complacencia con todas las cosas juntas. Porque con uno de los sentidos del cuerpo oyes lo que hablamos; y por cierto que no quieres tú que las sílabas se paren y detengan, sino que pasen y vuelen, para que llegando las otras que se siguen puedas oírlas todas. Lo mismo sucede en todas aquellas cosas que son compuestas de partes que no existen todas a un tiempo, en las cuales más deleitaría el todo, si fuera posible sentirle o percibirle de una vez, que cada parte de por sí. Pero muchísimo mejor que estas cosas es el que las hizo todas, y este mismo es nuestro Dios, que no pasa ni se aparta, ni cosa alguna hay que le suceda.

CAPÍTULO XII

Que no es malo el amar las criaturas, con tal que en ellas amemos a Dios.

18. Si te agradan los cuerpos, toma de ellos motivo para alabar a Dios, y haz que el amor que les tienes, vuelva y llegue hasta su Criador; no sea que en las cosas que te agradan a ti, le desagrades tú a Él.

Si te agradan las almas, ámalas en Dios; porque aun ellas son mudables, y solo fijas en Él tienen firmeza y estabilidad; y fuera de Él suelen fallarían y perecerían. Ámalas, pues, en Él, y lleva contigo hacia Él cuantas pudieres, y diles: Amemos a este Señor, amemos a este, que hizo todas estas criaturas, y no está lejos de ellas. Porque no las hizo, y se fue; antes bien el mismo ser que les dio, lo conservan estando ellas en Él.

Vé ahí donde Él está, en el alma a quien gusta la verdad. Está en lo íntimo del corazón; pero nuestro corazón se ha extraviado y alejado de Él. Pues volved a entrar en vuestro corazón, prevaricadores, y uníos estrechamente a vuestro Criador. Permaneced en Él, y seréis permanentes. Descansad en Él, y gozaréis de un verdadero descanso.

¿A dónde vais por esos derrumbaderos escabrosos? ¿A dónde vais a parar? El bien que buscáis y amáis proviene de Él; pero ¿qué bondad hay comparada con la suya? Este bien es suave y dulce; pero justamente se volverá amargo, porque injustamente se aman dejando a Dios las criaturas que manan de Él.

¿Para qué insistir todavía en andar por caminos difíciles y penosos? No está el descanso en donde lo buscáis. Buscad lo que deseáis, pero sabed que no está donde lo buscáis. Buscáis la vida bienaventurada en la región de la muerte, y no está allí; porque ¿cómo es posible que haya vida bienaventurada, donde siquiera no hay vida?

19. Bajó acá a nosotros el que es nuestra misma vida, y tomó sobre sí nuestra muerte, y la mató con la superabundancia de su vida que esencialmente le es propia. A grandes voces clamó diciéndonos: que dejando este destierro nos volvamos a Él, acompañándole hasta aquel inaccesible trono, desde donde vino a buscarnos, descendiendo primeramente al seno virginal de María Señora nuestra, donde se desposó con la naturaleza humana, para que nuestra carne mortal pudiese conseguir la inmortalidad; y de allí, como esposo que sale de su tálamo, se esforzó alegremente con ánimo gigante para correr su camino. No se retardó ni detuvo en su carrera antes la corrió toda, clamando con sus palabras, con sus obras, con su vida, con su muerte, con su bajada al infierno y con su ascensión al cielo, que nos volvamos a Él. Y se apartó

de nuestra vista para que volvamos sobre nosotros, entremos en nuestro corazón, y le hallemos; pues aunque se fue, siempre está aquí con nosotros. No quiso estar largo tiempo con nosotros descubiertamente, pero no nos ha dejado. Volvióse a aquella parte de donde nunca se retiró: pues desde allí crió el mundo, que fue hecho por Él, y en el mundo estaba, cuando vino al mundo a salvar a los pecadores; al cual bendice y confiesa mi alma, y Él la sana de los pecados con que le ha ofendido.

¿Hasta cuándo, hijos de los hombres, habéis de tener el corazón empedernido y pesado? ¿Es posible que aun después de haber dejado la vida a vosotros, no queráis ascender y vivir con quien es la vida vuestra? Pero ¿a dónde subís, cuando soberbios os levantáis para poner vuestras bocas en el cielo? Bajad para que subáis, y subid tanto que lleguéis a Dios; porque verdaderamente caísteis, subiendo contra Él.

Diles estas cosas, alma mía, para que lloren en este valle de lágrimas, y de este modo los lleves contigo a Dios: díselo movida de su divino Espíritu, ardiendo tú en el fuego de su amor y caridad.

CAPÍTULO XIII

De dónde nace el amor.

20. Todas estas cosas las ignoraba yo entonces, y amaba estas hermosuras inferiores de acá abajo, y me iba a lo profundo, diciendo a mis amigos: «¿Amamos por ventura algún objeto a no ser que sea hermoso? Pero ¿qué es ser hermoso? ¿y en qué consiste la hermosura? ¿qué es lo que nos atrae y aficiona a las cosas que amamos? Porque si no hubiera en ellas gracia y hermosura, de ninguna manera nos moverían a su amor.»

Yo advertía y veía en los mismos cuerpos que alguno de ellos era como un todo perfecto, y por eso era hermoso, y que otro, por tanto, era decente y agradable, porque se acomodaba a alguna otra cosa, a la cual era muy apto y conveniente; como una parte del cuerpo es conveniente a su todo, y como el calzado al pie, y otras cosas de este modo. Esta consideración que brotó en mi alma naciendo de lo íntimo de mi corazón, me obligó a escribir los libros de lo Hermoso, y de lo Conveniente, que me parece fueron dos o tres. Vos, Dios mío, lo sabéis, que yo no me acuerdo: porque ni los tengo, ni sé cómo se me han perdido.

CAPÍTULO XIV

Cómo dedicó los libros de lo Hermoso y de lo Conveniente a Hierio, orador romano, y del motivo por que amaba a dicho Hierio.

21. Pero ¿qué fue, oh mi Señor y mi Dios, qué fue lo que me movió a dedicar aquellos libros a Hierio, orador de la ciudad de Roma, a quien no conocía de vista; sino que le amaba por la fama de su doctrina, que era grande, y porque había oído algunos dichos suyos que me habían agradado? Y me agradaba mucho más, porque agradaba a otros muchos que le alababan sobremanera, admirándose de que un hombre sirio de nación, después de haberse hecho docto en la elocuencia griega, hubiese salido tan admirable orador en la latina, además de su vastísima erudición en todas las materias concernientes al estudio de la sabiduría.

Si es alabado algún hombre, se le ama aunque esté ausente. ¿Por ventura aquel amor, saliendo de la boca del que alaba, se introduce al corazón del que oye la alabanza? No por cierto; sino que de un amante se enciende otro. De aquí nace ser amado el que es alabado, cuando se cree que las alabanzas no nacen de un corazón falaz y doloso, esto es, cuando le alaba quien le ama.

22. Así amaba yo entonces a los hombres, gobernándome por el juicio de los otros hombres: no por el vuestro, Dios mío, en el cual nadie se engaña. Pero ¿por qué este amor no era como el que se tiene al que en el circo se distingue en manejar y correr caballos, o al que en el anfiteatro sobresale en luchar con las fieras, siendo uno y otro famoso y celebrado por las aclamaciones del pueblo; sino que muy de otro modo, y mucho más sería y gravemente era alabado por mí y amado aquel orador, y del mismo modo que quisiera yo que me alabaran a mí? Pues es muy cierto que no quisiera yo ser alabado y amado, como lo son los cómicos, aunque yo mismo los alababa y amaba; antes por el contrario, más quisiera ser eternamente ignorado y desconocido, que ser famoso y celebrado de aquel modo; y antes eligiera ser aborrecido de todos, que ser amado como ellos.

¿Dónde se distribuyen estos pesos que inclinan y llevan a tan varios y diferentes amores a una misma alma? ¿Qué viene a ser lo que yo amo en otro hombre, que por otra parte lo aborrezco en mí (que si no le aborreciera, no lo detestaría y desecharía de mí), no obstante que el otro es hombre como yo? Mengua sería el decir, que al modo que se ama un buen caballo, sin que el mismo que le ama quiera ser caballo, aunque pudiera, así se ame también al comediante, porque este es hombre, y de nuestra misma especie.

Pues ¿cómo amo en el hombre lo que aborrezco yo ser, siendo yo también hombre? Insondable, profundo es el mismo hombre, cuyos cabellos tenéis Vos, Señor, contados sin que uno tan solo se os escape: y si no es fácil contar sus cabellos, mucho menos las afecciones y movimientos de su corazón.

23. Mas aquel orador era tal que yo le amaba, queriendo ser como él era; en lo que andaba perdido por mi soberbia, y me dejaba llevar del viento de la vanagloria; mientras que Vos ocultísimamente me gobernabais sin conocerlo yo.

¿Y de dónde sé y os confieso con tanta certidumbre que el amor que yo tenía a aquel hombre, más se fundaba y nacía del amor que le tenían los que le elogiaban, que de las mismas prendas por que era celebrado? Porque si en lugar de elogiarle le hubieran vituperado aquellos mismos sujetos, y refirieran aquellas mismas cosas con menosprecio y vilipendio suyo, no me hubieran movido ni excitado a amarle; no obstante que las cosas que se contaban de él eran las mismas, y el sujeto también era el mismo, y solo hubiera sido diferente el afecto de los que las referían.

Mirad, Señor, en lo que viene a caer un alma vacilante que todavía no está firme en el sólido cimiento de la verdad. Según soplaren los aires de las lenguas, afectos y opiniones de los hombres, así ella es llevada y traída, arrojada y rechazada, oscureciéndose de tal suerte la luz, que no se ve la verdad; siendo así que la tenemos presente y delante de nosotros.

Para mí era una gran cosa que un hombre como aquel llegase a tener noticia de aquellos libros y de mis ocupaciones y estudios. Y si él los diera por buenos y los aprobara, me encendería mucho más en su amor; como al contrario si los reprobara, sería una herida mortal para un corazón tan vano como el mío, tan falto de aquella solidez que no se halla sino en Vos.

Entre tanto yo me deleitaba en repasar dentro de mi alma aquellos tratados de lo Hermoso y Conveniente, que le había dedicado y remitido, y teniéndolos muy presentes en mi memoria para contemplarlos, los admiraba a mis solas, sin que ninguno me acompañase a alabarlos.

NOTA

1. De los tres más comunes géneros de diversiones o juegos públicos que tenían y usaban los romanos, y que se comprenden en el nombre común y general de espectáculos, hace aquí mención san Agustín. Primero habla de los que corrían caballos, que se hacía en el circo, y por eso también se llamaban circenses estos juegos; luego nombra a los que peleaban con diferentes fieras, lo cual era en el que llamaban anfiteatro; y finalmente a los histriones o representantes, que hacían sus representaciones en el teatro. Todos estos sitios eran entre sí muy diversos, así como los fines a que servían, y los sujetos que

en ellos se empleaban. Lo que hace más al caso por ahora para mejor inteligencia del Santo es que todos ellos los ejecutaban personas viles e infames entre los romanos, porque los dos primeros los ejecutaban solamente los esclavos, los gladiadores y los reos condenados a muerte. El espectáculo del anfiteatro, o lucha con las fieras (de lo que es un remedo la bárbara fiesta de toros, desterrada ya de todo el orbe cristiano y político, menos de España) se daba al pueblo romano, dice el P. J. M., para acostumar y familiarizar con la sangre los ojos de los espectadores, y hacerlos así crueles y feroces, inspirando en los jóvenes una grande emulación y deseo de hacer otro tanto como aquellos; que eran aplaudidos y alabados cuando triunfaban de aquellas fieras. Dice que eran todos infames entre los romanos; porque los histriones o representantes no lo eran entre los griegos; antes bien eran entre ellos muy distinguidos y honrados, porque representaban las acciones y hazañas (fingidas o verdaderas) de sus héroes y sus dioses; y como dice el mismo san Agustín, era sentencia de los griegos: Que si aquellos dioses debían ser adorados, aquellos hombres debían ser honrados: Si dii tales colendi sunt, profecto etiam tales homines honorandi sunt. Lib. 2 de Civ. Dei, cap. 13.

CAPÍTULO XV

Por estar oscurecido su entendimiento con las ideas o imaginaciones corpóreas, no podía alcanzar a conocer las criaturas espirituales.

24. Mas como yo, oh Dios mío todopoderoso, único autor de todas las maravillas, como yo no veía aún en el arte de vuestra sabiduría el principio y fundamento de todo aquel grande asunto, iba corriendo mi ánimo las formas corpóreas, y definía lo Hermoso, distinguiéndolo de lo Conveniente, diciendo: Que aquello era lo que por sí mismo agradaba; y estotro era lo que solamente agradaba por el respeto que tenía a alguna otra cosa, lo cual confirmaba con varios ejemplos tomados de cosas corporales. Pasé de aquí a considerar la naturaleza de nuestra alma; pero la falsa opinión de que estaba preocupado acerca de las criaturas y cosas espirituales, no me dejaba conocer claramente la verdad. Veníaseme a los ojos con bastante ímpetu la fuerza de la verdad; y yo apartaba mi vacilante pensamiento de todo lo incorpóreo, empleándole en considerar lineamientos, colores y cosas corpulentas y abultadas. Y no pudiendo hallar en mi alma semejantes cosas, me parecía que no me era posible ver y conocer a mi alma.

Y como yo amase en la virtud la paz, y aborreciese en el vicio la discordia, notaba en aquella una especie de unidad, y en estotro una cierta división. Y en aquella unidad me parecía que consistía el alma racional, y la naturaleza de la verdad y la del sumo bien. Y en esta división pensaba yo, desventurado de mí, que consistía no sé qué sustancia de vida irracional, y la naturaleza del sumo mal, que no solamente era sustancia, sino también verdadera vida, pero no creada por Vos, Dios mío, que habéis creado todas las cosas. A la primera la llamaba unidad, como que era un solo espíritu sin distinción de sexo; y a la segunda la llamaba cualidad, porque la subdividía en ira y en intemperancia, atribuyendo a aquella los delitos y a estotra los vicios, sin saber en esto lo que me hablaba. Porque ni sabía ni había llegado a comprender, que el mal no es sustancia alguna, ni nuestra alma puede ser el bien sumo e inmutable.

25. Así, pues, como es cierto que el cometerse unos delitos proviene de que el principio de los movimientos del alma está viciado, y prorumpe en sus acciones sin guardar orden ni moderación; y que otros delitos provienen de la inmoderada inclinación a los deleites sensuales; así también estando viciada la parte superior y racional del hombre, suceden los errores y falsas opiniones, que afean y manchan lo mejor y más puro de su vida; y de este modo se hallaba entonces mi entendimiento, ignorando yo que mi alma tenía necesidad de ser ilustrada con otra luz superior, para

ser participante de la verdad, y que ella por sí misma no era la naturaleza de la verdad. Vos, Señor mío y mi Dios, sois esta luz que ilustrará mi entendimiento, y con vuestra luz se desharán sus tinieblas; pues nada tenemos sino lo que hemos recibido y participado de vuestra plenitud. Vos sois la verdadera luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo, porque ni en Vos puede haber la más leve mutación, ni la más instantánea oscuridad.

26. Entre tanto yo me esforzaba por llegar a Vos; mas como Vos resistís a los soberbios, era repelido de Vos, para que solo percibiese las amarguras de lo que causaba mi muerte.

Porque a la verdad, ¿qué mayor soberbia que atreverme a decir con extremada locura, que yo era naturalmente lo mismo que Vos sois? Yo me conocía mutable; tanto, que deseando ser sabio, deseaba mudarme de malo en bueno; y no obstante, más quería que a Vos os tuviesen por mutable, que el que a mí me juzgasen de otra naturaleza que la que Vos tenéis.

Por eso era repelido de Vos, que resistíais al vano orgullo y engreimiento mío. Me ocupaba en imaginarlo todo con formas corpóreas; y no obstante ser yo de carne, reprendía y acusaba a la carne, y mi espíritu que andaba vagueando, no acertaba a volverse a Vos: antes iba extraviándome más y más hacia las cosas que ni tienen ser en Vos, ni en mí, ni en cuerpo alguno; y que bien lejos de ser obras que producía vuestra verdad, eran fingidas por mi vana imaginación, a semejanza de las que veía en otros cuerpos.

Como ignorante y hablador que era, decía a vuestros pequeñuelos fieles y convecinos míos, de cuya virtud y fe estaba yo muy lejos: ¿en qué consiste que yerre una alma que ha criado Dios? Y no quería que a esto se me replicase, diciendo: Y Dios, ¿cómo puede errar? Mas quería confesar que vuestra sustancia inmutable erraba violentada, que el que la mía siendo mutable errase voluntariamente, confesando que erraba en pena y castigo suyo.

27. Tendría yo veinte y seis o veinte y siete años de edad, cuando escribí aquellos libros, revolviendo en mi imaginación las ideas y fantasmas corporales, que no cesaban de hacer ruido a los oídos de mi corazón: los que yo procuraba aplicar, oh Verdad dulcísima, y tener atentos al sonido de vuestra interior melodía, meditando en lo Hermoso y en lo Conveniente; pero deseando permanecer en esta atención para oírlos y alegrarme mucho por escuchar la voz del Esposo, no podía conseguirlo; porque las voces de mi error me arrebatában hacia fuera, y con el peso de mi soberbia caía hacia lo más bajo. Porque Vos, Señor, no dabais a mi oído gozo ni alegría, ni se alegraban mis huesos, porque no eran humillados.

CAPÍTULO XVI

Como entendió por sí mismo las categorías o predicamentos de Aristóteles y los libros de las artes liberales.

28. ¿Y de qué me servía, que teniendo veinte años no cabales, y viniendo a mis manos aquella obra de Aristóteles, intitulada Las diez categorías o predicamentos (obra que el maestro de retórica que yo tuve en Cartago, y otros tenidos por doctos, citaban y alegaban con un tono enfático y misterioso, haciéndome con esto suspirar por dicha obra, como por una cosa muy excelente y divina), la leí yo a mis solas, y la entendí perfectamente por mí mismo? Y habiendo conferenciado con otros, que apenas habían podido entender dichas categorías, como ellos confesaban, no obstante que se las habían explicado maestros muy eruditos, ya de palabra, ya por medio de muchas figuras y descripciones que para explicárselas hacían en la arena; nada me pudieron añadir de nuevo sobre lo que yo por mí mismo había comprendido solamente con leerlas.

Y a la verdad, me parecieron bastante claras dichas categorías; que se reducen a tratar de las sustancias, como es el hombre, y de las cosas que en ellas se contienen, como la figura del hombre; qué cualidades tenga; cuánta sea su estatura, y cuántos pies tenga de alto; cuál sea su linaje, y de quién sea hermano; en qué lugar esté; cuándo nació; si está en pie o sentado; si calzado o armado; si hace algo o si padece; y generalmente todo lo que se comprende en estos nueve géneros o predicamentos, de lo que he puesto algunas cosas por modo de ejemplo; y también en el primer género de la sustancia, donde son innumerables las cosas que se contienen.

29. Pues ¿de qué me aprovechaba esto, cuando verdaderamente me dañaba? Porque juzgando yo que todo cuanto existe y tiene ser debía estar comprendido necesariamente en aquellos diez predicamentos; también a Vos, Dios mío, que sois infinitamente simplicísimo e inmutable, os quería comprender en ellos, y procuraba entenderos de tal modo, como si fuerais Vos el sujeto en que se sustentaba vuestra grandeza y vuestra hermosura, y estas estuviesen en Vos como en sujeto, al modo que están en el cuerpo; siendo Vos mismo vuestra grandeza y vuestra hermosura; lo que no sucede en el cuerpo, que no es grande ni hermoso en cuanto es cuerpo, pues aunque fuera menos grande y menos hermoso, no por eso dejaría de ser cuerpo.

Así lo que yo imaginaba de Vos, todo era falsedad: ficciones eran de mi miseria, no verdades sólidas y correspondientes a vuestra suma felicidad. Se vio cumplido en mí lo que Vos habíais mandado, diciendo, que la tierra produjese para mi cardos y espinas: y

que no pudiese llegar a recibir y tomar mi propio sustento, sino a costa de sudor y trabajo.

30. ¿Y de qué me servía tampoco, que leyese y entendiese por mí mismo, y sin necesitar de maestro que me los explicase, todos los libros de las artes que llaman liberales cuantos pude haber a las manos, si me hallaba entonces delincuente esclavo de mis desordenados apetitos, y aunque me deleitaba en aquellos libros, ignoraba de dónde provenía todo lo que tenían de verdadero y cierto? Porque yo tenía las espaldas vueltas a la luz, y el rostro a las cosas donde la misma luz reverberaba; y así mi rostro que miraba los objetos iluminados, se quedaba sin ser iluminado él mismo.

Bien sabéis, Señor Dios mío, que sin dificultad y sin que hombre alguno me enseñase, entendí cuanto andaba escrito de retórica, de lógica, de geometría, de música y aritmética; porque la prontitud en el entender, y la agudeza en el discernir, es dádiva especial vuestra, aunque yo no os ofrecía por ello sacrificio de alabanzas. Y así no me servía de mi ingenio tanto para mi provecho, como para mi daño; pues queriendo tener a mi disposición tan buena porción de las riquezas de mi alma, y usar de ellas a mi arbitrio, no refería ni ordenaba a Vos aquel talento y fortaleza mía: antes apartándome de Vos me fui, como el hijo pródigo, a una remota región a malgastar aquella hacienda mía en tan indignos empleos, como me han dictado mis pasiones y apetitos. Porque ¿de qué me servía una cosa tan buena, como los talentos que Vos me habíais dado, si yo no usaba bien de ella? Ni yo creía que aquellas artes y ciencias las aprendiesen otros con mucha dificultad, no obstante ser ingeniosos y aplicados, hasta que intenté explicárselas, y entonces conocí que el más hábil y excelente en ellas, era el que menos tardaba en entenderme cuando se las explicaba.

31. Mas ¿de qué me servía todo esto, cuando yo juzgaba que Vos, Señor Dios mío y verdad eterna, erais un cuerpo luminoso e infinito, y que yo era un pedazo de aquel cuerpo? ¡Extraña perversidad! Pero así era yo. No me avergüenzo, Dios mío, de confesar las misericordias que habéis obrado en mí, y de alabaros por ellas; pues no me avergoncé entonces de publicar a los hombres mis blasfemias, y de ladrar contra Vos.

Pues ¿de qué me aprovechaba entonces un ingenio tan pronto para todas aquellas ciencias, y haber explicado tantos libros, y tan enredosísimos y dificultosos, sin que ningún hombre me enseñase a mí, ni me ayudase a entenderlos y explicarlos; si en la doctrina de la piedad y religión erraba tan feamente y con tan sacrílega torpeza? ¿O qué daño era para vuestros pequeñuelos su ingenio mucho más tardo; una vez que no se apartaban lejos de Vos, para que en el nido de vuestra Iglesia estuviesen seguros hasta echar plumas y criar alas de caridad con el alimento de la sana doctrina de la fe?

Oh Dios y Señor nuestro, esperemos en el abrigo y protección de vuestras alas: defendednos con ellas y sobrellevadnos. Vos llevaréis a los pequeñuelos, y los sustentaréis sobre vuestras alas toda su vida hasta la vejez. Porque cuando Vos sois nuestra firmeza, entonces es firmeza verdadera, y estamos verdaderamente firmes; pero cuando solo hay firmeza nuestra, es enfermedad y flaqueza. Todo nuestro bien está en Vos siempre; y por eso el habernos apartado de Vos, es habernos pervertido. Pues volvamos ya, Señor, a Vos, para que no nos acabemos de perder; vive en Vos sin defecto alguno todo nuestro bien que sois Vos mismo; y no tememos que nos falte lugar a donde volver, por haber caído de él nosotros; pues con nuestra caída no se arruinó nuestra casa, que es vuestra eternidad misma.

LIBRO V

Habla del año 29 de su edad, en el cual enseñando él retórica en Cartago, y habiendo conocido la ignorancia de Fausto que era obispo, el más célebre de los Maniqueos, comenzó a desviarse de ellos. Después en Roma fue castigado con una grave enfermedad: interrumpido por eso en la enseñanza de la retórica, pasó después a enseñarla a Milán, donde por la humanidad y sermones de san Ambrosio fue poco a poco formando mejor concepto de la doctrina católica.

CAPÍTULO I

Excita a su espíritu para que alabe a Dios.

1. Recibid, Señor, el sacrificio de mis Confesiones que os ofrece mi lengua, que Vos mismo habéis formado y movido para que confiese y bendiga vuestro santo nombre. Sanad todas las potencias y fuerzas de mi alma y cuerpo, para que digan y clamen: Señor, ¿quién hay semejante a Vos? Porque el que os refiere y confiesa lo que pasa en su interior, no os dice cosa alguna que no sepáis, pues por muy cerrado que esté el corazón humano, no impide que le penetren vuestros ojos; ni la dureza de los hombres puede resistir la fuerza de vuestra mano, antes bien cuando queréis, ya usando de misericordia, ya de justicia, deshacéis enteramente su dureza, ni hay criatura alguna que se esconda de vuestro calor.

Pues alábeos mi alma, Señor, de modo que os ame, y confiese a Vos vuestras misericordias, de modo que os alabe. Todas vuestras criaturas no cesan de tributaros alabanzas; el espíritu de todo hombre lo ejecuta por sí mismo, dirigiendo a Vos inmediatamente sus alabanzas; los animales y demás criaturas corpóreas, ya que no os pueden alabar inmediatamente por sí mismas, os alaban por boca de los que las conocen y contemplan como hechuras vuestras, sirviendo ellas de escalones para que nuestra alma suba a descansar en Vos, estribando en estas cosas que hicisteis, para llegar a Vos que sois el que las hizo maravillosamente, en quien tiene su seguro descanso, su propio sustento y su verdadera fortaleza.

CAPÍTULO II

Que los pecadores no pueden huir de la presencia de Dios; y que debieran convertirse a él.

2. Por más que los hombres inicuos y perversos pretendan retirarse y huir de Vos, no pueden evitar que los vean vuestros ojos, que penetran y distinguen las más oscuras sombras. Aunque los pecadores sean feos en sí mismos, hacen que resalte más la hermosura de todo el universo. Pero ¿en qué pueden haceros daño, o en qué pueden menoscabar la pureza de vuestro imperio, que desde los altos cielos a los profundos abismos es justo y perfectísimo? ¿Y adónde se fueron, cuando huyeron de vuestra presencia? ¿Adónde podrán irse que Vos no los halléis? Pero huyeron por no veros a Vos que los estáis viendo a ellos, y ciegos vienen a tropezar con Vos; pues nunca perdéis de vista, ni desamparáis cosa alguna de cuantas habéis criado.

En Vos, Señor, vienen a tropezar los injustos para ser justamente castigados, habiendo huido de vuestra misericordia, tropezando en vuestra rectitud, y cayendo en los rigores de vuestra justicia. No parece sino que ignoran que estáis en todas partes, por lo mismo que ningún lugar os puede cercar ni comprender, y que solo Vos estáis siempre presente aun a aquellos que se apartan muy lejos de Vos.

Conviértanse, pues, y vuelvan a buscaros, pues si ellos dejaron a su Criador, Vos no desamparáis a vuestras criaturas. Con que ellos se conviertan a Vos y vuelvan a buscaros, ya estáis dentro de su corazón, si se confiesan a Vos y se arrojan en vuestros brazos, y lloran en vuestro seno sus extravíos que les han sido tan trabajosos. Vos suavemente les enjugáis sus lágrimas, y esto hace que las derramen más copiosas, y que tengan gusto en derramarlas; porque Vos, Señor, y no ninguno de los hombres que son de carne y sangre, sino Vos mismo que sois Criador y Redentor, los reparáis y consoláis.

Pues ¿dónde estaba yo cuando os buscaba? Os tenía delante de mí, y habiéndome apartado de mí mismo, y estando lejos y fuera de mí, a mí mismo no me hallaba, y mucho menos a Vos.

CAPÍTULO III

De la llegada de Fausto maniqueo a Cartago: su carácter y talentos: y de la ceguera de los filósofos que no conocieron al Criador por medio de las criaturas.

3. Quiero hablar en presencia de mi Dios acerca de aquel año, que fue el veintinueve de mi edad. Ya había venido a Cartago cierto obispo de los Maniqueos, que se llamaba Fausto, gran lazo del demonio, en que muchos se enredaban y caían engañados con la suavidad de sus palabras. Yo también alababa su elocuencia; pero distinguía entre el modo de decir y la verdad de las cosas que se dicen, la cual buscaba yo y deseaba aprender ansiosamente; y así más atendía a ver qué manjar de ciencia me ofrecía para mi sustento aquel Fausto tan famoso entre ellos, que no al plato de palabras hermosas en que la proponía. Antes de verle y oírle sabía yo que tenía fama de hombre muy instruido en todas ciencias, y docto perfectamente en las artes liberales. Y como yo había leído muchas obras de filósofos, y las conservaba en la memoria, comparaba algunas de sus doctrinas y sentencias con las grandes y largas fábulas de los Maniqueos; y me parecían mucho más probables las cosas que enseñaron aquellos filósofos, cuyo ingenio y estudio bastó para averiguar muchas cosas de este mundo, aunque no llegaron a conocer al Autor de él: porque siendo Vos tan grande, miráis desde cerca a los humildes, y os alejáis de los espíritus que conocéis excelsos y orgullosos. Así no os acercáis sino a los que tienen un corazón contrito; ni permitís que os hallen los sabios, aunque haya llegado a tanto su curiosidad y ciencia, que sepan el número de las estrellas del cielo y de las arenas del mar, o tengan medidas las regiones celestiales y averiguado el curso de los astros.

4. Con el entendimiento e ingenio que Vos les concedisteis investigaron todas estas cosas, y hallaron la verdad en muchas de ellas: también llegaron a anunciar los eclipses del sol y de la luna muchos años antes que sucediesen, y en qué día y en qué hora habían de suceder, y cuánta parte de ellos se había de eclipsar: y les salió tan verdadero su cómputo, que sucedió del mismo modo que lo habían pronosticado. Además de esto inventaron y dejaron reglas seguras que hoy día se leen y sirven, y con ellas se pronostica en qué año, en qué mes del año, en qué día del mes, en qué hora del día y en cuánta parte de su luz se ha de eclipsar la luna o el sol, y vendrá a suceder infaliblemente como lo han pronosticado.

Los hombres que no saben estas reglas, se admiran y se pasman; los que las saben se alegran y desvanecen, y con esta impía soberbia se apartan de Vos, y padecen la falta de vuestra luz; y viendo tanto antes el defecto del sol que es futuro,

no ven su defecto que está presente, porque no indagan piadosa y cristianamente el origen de donde les ha venido aquel ingenio capaz de hacer estas investigaciones. Dado caso que descubran y hallen que Vos sois quien les ha hecho y criado; no se entregan a Vos para que conservéis lo mismo que habéis hecho, ni sacrifican en honra vuestra lo que ellos han hecho en sí mismos, degollando en lugar de aves sus altanerías que los elevan hasta las nubes; matando sus vanas curiosidades, que como los peces penetran los senos más ocultos del abismo; y haciendo morir a sus sensualidades y lujurias en lugar de las fieras y animales del campo, para que Vos, Dios mío, que sois un fuego consumidor, abraséis todos estos afectos y cuidados mortíferos, dándoles un nuevo ser y vida inmortal.

5. Pero ellos no dieron con el camino que lleva a este conocimiento, pues no conocieron a vuestro Verbo eterno, por el cual hicisteis las estrellas y demás criaturas que ellos cuentan y numeran, y a los mismos que las cuentan, y a los sentidos con que miran las mismas cosas que cuentan, y al entendimiento con que ajustan esta cuenta; porque no hay cuenta ni número de vuestra infinita sabiduría. Pero ese vuestro Unigénito se hizo él mismo nuestra sabiduría, nuestra justicia, nuestra santificación, y quiso ser contado y entrar en el número de los hombres, y como tal pagó tributo al César.

No atinaron aquellos filósofos con este camino, por el cual bajasen desde sí mismos hasta llegar a él; y por él mismo humanado, subiesen a conocerle criador de todo. No conocieron este camino: por eso piensan que son tan sublimes y resplandecientes como las estrellas, y esto los hizo caer precipitadamente en tierra, y su necio corazón se oscureció y quedó sin luz alguna. Ellos dicen de las criaturas muchas cosas verdaderas; pero como no buscan con veneración piadosa la verdad que es el artífice de las criaturas, por eso no la hallan, y si la hallan, conociendo que es el verdadero Dios, no le honran y glorifican como a Dios, ni le dan gracias por sus obras: antes se desvanecen en sus pensamientos, y dicen que son sabios. Se atribuyen a sí mismos los que son dones vuestros, al mismo tiempo que con ceguedad perversa os quieren atribuir las que son obras tuyas, esto es, apropiando a vuestra naturaleza mentiras y falsedades, siendo Vos la verdad por esencia; y trasladando la gloria y honra debida a un Dios incorruptible, a la semejanza e imagen de los hombres corruptibles, y de las aves, de los cuadrúpedos y de las serpientes: de modo que toda vuestra verdad la truecan en mentira, dando a las criaturas la adoración y culto, en lugar de tributársele al Criador.

6. No obstante yo conservaba en mi memoria muchas cosas verdaderas que ellos dijeron de las criaturas; y la cuenta y razón que ellos enseñaron por los números y orden de los tiempos, me salía puntual y conforme a los visibles testimonios de los astros; pero comparando esto con la doctrina de Maniqueo, que sobre estas escribió

muchísimos delirios y extravagancias, no hallaba de ningún modo cómputo ni razón de los solsticios, ni de los equinoccios, ni de los eclipses del sol y luna, ni de otras cosas semejantes que yo había aprendido en los libros de la sabiduría de este universo. A pesar de eso se me mandaba que creyese todo aquello; lo cual no venía bien con las otras reglas y razones que tenía yo muy averiguadas por los cálculos y números, y por lo que veía con mis ojos; antes era muy diferente uno de otro.

CAPÍTULO IV

Que solo el conocimiento de Dios hace bienaventurados.

7. ¿Por ventura, Señor Dios de la verdad, le basta a cualquier hombre saber estas cosas para agradaros? Antes bien es infeliz el hombre que sabiéndolas todas, no os conoce a Vos; y aquel es verdaderamente dichoso, que tiene conocimiento de Vos, aunque ignore todas aquellas cosas. Pero el que os conoce a Vos y también a ellas, no es más dichoso por saber aquellas cosas: el conocimiento de Vos solo es lo que le hace dichoso y bienaventurado, si conociéndoos os honra y glorifica como a Dios, os bendice y da gracias, y no se desvanece con sus pensamientos. Pues así como el que posee un árbol y os da gracias por el fruto que coge de él, aunque no sepa cuántos codos tiene de alto, ni cuánto tiene de ancho, es de mejor condición y os agrada más, que el que le mide y cuenta todas sus ramas, pero no le posee, ni conoce ni ama al que le crió; así el hombre fiel cuyas son todas las riquezas del mundo, y todas las posee como si no tuviera cosa alguna, uniéndose con Vos, a quien sirven todas las cosas, aunque no sepa siquiera las vueltas de los septentriones, es mejor sin duda alguna (y sería necedad dudarlo), que el que sabe medir los cielos, contar las estrellas y pesar los elementos, sin pensar en Vos, que ordenasteis todas las cosas con número, peso y medida.

NOTA.

1. Las vueltas de los septentriones son las siete estrellas que componen aquel signo que los astrónomos llaman Ursa mayor, y el vulgo llama el carro, y da vueltas alrededor del polo ártico.

CAPÍTULO V

El atrevimiento con que Fausto enseñaba lo que no sabía acerca de los astros le hacía indigno de que le creyesen acerca de otras materias.

8. Mas, ¿quién le pedía a un maniqueo, sea el que fuere, escribir también estas cosas, sin cuya noticia se podía aprender la piedad cristiana? Pues Vos dijisteis al hombre, que la piedad es la sabiduría: y aquel maniqueo pudiera muy bien ignorar la piedad y religión, aunque supiese perfectamente estas otras cosas; pero además de que él no las sabía, atreverse a enseñarlas con mucha desvergüenza, convence que no estaba capaz de conocer la piedad. Porque el profesar estas ciencias, por notorias que sean, es vanidad mundana, y solo el confesar vuestra gloria es la piedad verdadera. Así aquel descaminado Maniqueo no parece que habló tanto sobre aquella materia, sino para que convencido de ignorar estas cosas por los que las sabían a fondo, se conociese manifiestamente el poco crédito que merecía en las demás cosas que enseñaba tocantes a su secta, y que eran mucho más oscuras y dificultosas. No quería él que le tuviesen en poco; antes intentaba persuadir con mucho ahínco, que residía en él personalmente y con toda su potestad el mismo Espíritu Santo consolador de vuestros fieles, y que los hace ricos de dones celestiales.

Y así, habiéndose conocido claramente las muchas falsedades que decía hablando del cielo y de las estrellas, del curso del sol y de la luna (aunque estas cosas no pertenezcan a la doctrina de la religión), se hizo evidente su sacrílega osadía en pretender que se le diese crédito como a una persona divina, cuando decía cosas no solo mal sabidas, sino falsas, con tan loca y soberbia vanidad.

9. Cuando oigo a algún cristiano y uno de mis hermanos en Cristo (sea el que fuere), que no sabe estas materias, y que entiende una cosa por otra, miro en él con paciencia a un hombre que sigue aquella opinión; ni veo que le sea perjudicial, no saber la situación y habitud de cielos y elementos con tal que de Vos, Señor y Criador de todo, no crea algunas cosas indignas. Pero le será muy dañoso, si juzga que esto pertenece a los dogmas principales de la piedad y religión, y se atreve a afirmar con pertinacia eso mismo que ignora. Es verdad que estos descuidos y flaquezas los sufre la caridad con afectos de madre en un recién convertido y principiante en la fe, hasta que este hombre crezca y llegue a ser varón perfecto, de modo que no pueda ser agitado con cualquier viento de doctrina. Mas en un hombre que de tal modo se atrevió a hacerse maestro, autor, guía y cabeza de aquellos a quienes persuadía las dichas falsedades, que estuviesen creyendo sus secuaces que no seguían a un hombre como quiera, sino

a vuestro mismo Espíritu Santo, ¿quién sería que no juzgase que tan gran locura se debía detestar y arrojar lejos de sí, especialmente habiéndole convencido de que en muchas cosas que enseñaba, había dicho falsedades y mentiras?

Sin embargo, aún no había yo averiguado de todo punto, si las variedades de los días y noches, ya más largos, ya más breves, y la misma sucesión del día y de la noche, los eclipses y todo lo demás que yo había leído antes en otros libros, se podría también explicar con la doctrina de aquel Maniqueo; con lo cual, si pudiera conseguirse, ya quedaría dudoso para mí, si era de este o del otro modo como se había de pensar en esta materia; y entonces para deponer la duda y determinarme al asenso, antepondría su autoridad por el grande crédito de santidad que tenía.

CAPÍTULO VI

Que Fausto era naturalmente verboso, pero ignorante de las ciencias y artes liberales.

10. Casi por espacio de aquellos nueve años que yo gasté en oír las doctrinas de los Maniqueos, sin poder fijar mi entendimiento en cosa alguna, estuve esperando la venida de este Fausto con un deseo vehementísimo: porque los demás de su secta con quienes yo había tratado, y que no sabían responderme a las preguntas y objeciones que yo les hacía en estas materias, todos me prometían que vendría este Fausto, y que con su venida y comunicación todas aquellas dificultades y otras mayores que propusiese, se me resolverían con grandísima facilidad y solidez.

Luego, pues, que vino experimenté que era un hombre agradable y gustoso en su conversación, y que las mismas cosas que decían ellos comúnmente, las parlaba él con mucha más gracia. Pero ¿de qué servía para mi sed, hallarme con un decente copero que ministraba vasos más preciosos? Ya estaban mis oídos hartos de oír aquellas cosas que él decía; y no me parecían mejores, porque estaban más bien dichas; ni sólidas y verdaderas, por estar más compuestas y adornadas; ni el alma del que las decía me parecía sabia, porque fuese gracioso el semblante y el estilo hermoso. Aquellos que me le habían ponderado, no juzgaban bien de las cosas, pues solamente les había parecido sabio y docto, porque les daba gusto oírle hablar.

También conocí otra bien diferente casta de hombres que tenían a la verdad por sospechosa, y rehusaban asentir a ella, solo porque se les dijese con estilo copioso y elegante. Pero Vos, Dios mío, ya me habéis enseñado por medios bien ocultos y admirables que en esto erraban los unos y los otros; y por tanto creo que Vos érais quien me lo habíais enseñado, porque ello era verdadero, y ninguno sino Vos puede ser el maestro de la verdad en cualquier parte y de cualquier modo que ella se descubra. Ya, pues, había aprendido de Vos, que ni debía parecer y tenerse por verdadera una cosa, solo porque se decía con elegancia; ni tampoco se había de tener por falsa, solo porque se dijese con estilo desaliñado y sin adorno. Ni por el contrario debía pensar que era verdadero lo que se decía con estilo humilde y llano; ni que era falso lo que se decía con estilo muy elevado y compuesto. Y así debía imaginar, que sucedía con la ciencia y la ignorancia lo que sucede a los manjares buenos y a los malos, que así como unos y otros pueden servirse en platos preciosos o viles, así la ciencia y la necedad pueden tratarse con palabras toscas o elegantes.

11. De modo que aquella grande ansia con que yo había esperado tantos años a aquel hombre, se satisfacía en parte por el gusto que causaba el oírle disputar, ya por el

modo y afectos que tenía, ya por las palabras tan propias de que usaba, y la facilidad con que se le ocurrían las expresiones más oportunas para ordenar sus pensamientos y sentencias. Yo confieso que me deleitaba el oírle, y le alababa y ensalzaba con otros muchos, y también mucho más que ellos; pero me era muy sensible, que entre tanta gente como le estaba oyendo en público; no se me permitiese el proponerle mis dudas y compartir los cuidados de mis dificultades confiriéndolas con él familiarmente, y alternando sus soluciones con mis dudas, y mis réplicas con sus respuestas. Luego que pude lograr esto, y acompañado de mis amigos comencé a hablarle, en ocasión y oportunidad que hacía decente nuestra disputa, alternando él y yo nuestras razones y réplicas, y le pude proponer algunas de mis dificultades; conocí inmediatamente que no tenía siquiera una tintura de las artes liberales, a excepción de la gramática, que la sabía medianamente y de un modo muy común. Mas como había leído algunas oraciones de Cicerón y unos pocos libros de Séneca, algunos pasajes de poetas, algunos libros que tendría de su secta escritos en latín limado y culto; y como por otra parte estaba ejercitando todos los días el hablar, había adquirido facilidad para explicarse en buen estilo, que él hacía ser más agradable y engañoso, gobernándole con la destreza de su ingenio, y cierta gracia que tenía natural.

¿No es así como lo cuento, Dios y Señor mío, y juez de mi conciencia? Todo mi corazón y memoria pongo delante de Vos, que entonces me gobernábais con un secreto impulso de vuestra providencia, y poníais ya delante de mis ojos mis afrentosos errores, para que los contemplase y los aborreciese.

CAPÍTULO VII

Como se apartó de la secta de los Maniqueos.

12. Después que conocí claramente que Fausto ignoraba de todo punto aquellas ciencias en que yo juzgaba que sería él muy docto y excelente, comencé a perder las esperanzas de que él pudiese aclarar y resolver las dificultades y dudas que me tenían inquieto. Es verdad que aunque él ignorara aquellas ciencias y las resoluciones de mis dudas, pudiera saber las verdades tocantes a la piedad y religión, si no fuera maniqueo. Los libros de esta secta están llenos de prolijas fábulas acerca del cielo y de las estrellas, del sol y de la luna; cuyas doctrinas ya conocía yo que no podía él explicármelas con la delicadeza que era necesaria, y como yo quería, esto es, cotejándolas con el cálculo de los astrónomos que yo había leído en otros libros, para ver, mediante este cotejo, si eran menos fundadas las razones de dicho cálculo y números, que las que se contienen en los libros de los Maniqueos, o si igualmente se hallaba la razón en unos y en otros. Pero luego que le propuse estas cosas, para que las considerase y resolviese, él verdaderamente procedió con tal modestia, que ni aun se atrevió a tomar sobre sí esta carga, porque conocía que no sabía nada de esto, ni tampoco se avergonzó de confesarlo. No era como otros muchos habladores, que yo había experimentado y sufrido, que intentaban enseñarme acerca de mis dudas; y todo lo que decían era nada. Este era de corazón franco; y aunque no le tenía recto en orden a Vos, tampoco era demasiado arrojado respecto de sí mismo. No era tan ignorante, que no conociese su ignorancia, y así no quiso meterse temerariamente a disputar de aquellas cosas que le habían de poner en aprietos y estrechuras, de donde no pudiese salir ni volver atrás, y por esto también me agradó más. Porque la modestia de un ánimo que conoce su ignorancia y la confiesa con ingenuidad, es más hermosa y amable que el conocimiento de las cosas que yo deseaba saber; y en todas las dudas y cuestiones más dificultosas y sutiles que le propuse, siempre le hallé modesto del mismo modo.

13. Frustrada, pues, la esperanza que yo había tenido en la sabiduría de aquel Maniqueo, y desesperando mucho más de los otros doctores de aquella secta, cuando este famoso, aplaudido de ellos, se había mostrado tan ignorante en todos los puntos que me hacían dificultad; comencé a tratar con él, por desearlo él mismo, de las ciencias que yo enseñaba a los jóvenes en Cartago, donde ya estaba siendo maestro de retórica; y yo leía y explicaba en su presencia, ya las materias que él deseaba oír, ya las que a mí me parecían acomodadas a su ingenio. Pero el conato y ahínco con que yo había determinado hacer progresos en aquella secta se acabó de todo punto, luego

que acabé de conocer la poca instrucción de Fausto; no de modo que me apartase enteramente de los Maniqueos, sino como quien no hallaba otra cosa mejor, determinaba contentarme por entonces con aquella en que, fuese como fuese, ya había venido a dar, hasta ver si acaso se descubría algún otro mejor rumbo que seguir.

Así aquel Fausto, que para otros muchos había sido lazo de la muerte, fue, sin quererlo él ni saberlo, quien comenzó a aflojarme el lazo en que antes estaba yo cogido y preso. Porque vuestras manos, Dios mío, en lo oculto de vuestra providencia no desamparaban a mi alma: al mismo tiempo mi madre os ofrecía en sacrificio por mí la sangre de su corazón en las continuas lágrimas que de día y de noche derramaba, y Vos, Señor, me favorecisteis por unos medios verdaderamente maravillosos. Sí, Dios mío, Vos lo hicisteis: porque entonces quiere el hombre seguir vuestro camino, cuando Vos mismo sois el que gobernáis sus pasos. Ni, ¿quién es el que puede manejar el negocio de nuestra salvación, sino vuestra mano que restablece las obras que ella misma hizo?

NOTA.

1. Los libros, en que casi consistía toda la ciencia de Manes, los heredó este, con los demás bienes de su señora (que era una persiana viuda y rica, de quien él había sido esclavo); de los cuales fue autor un tal Escition Escita, quien tuvo por discípulo a Terbinto, el cual murió en casa de aquella señora viuda, y le dejó aquellos libros de su maestro. Recogiólos Manes, y les añadió muchas fábulas y desvaríos, arrogándose el título de autor de ellos. Este fue el principio de la secta de Manés; y el fin de él fue morir desollado vivo hacia el año 278.

CAPÍTULO VIII

Como se partió a Roma contra la voluntad de su madre.

14. Vos, Señor, hicisteis que me persuadiesen a ir a Roma, y que era mejor enseñar allí lo que enseñaba en Cartago. Y no quiero dejar de confesaros lo que me movió a tomar este partido, porque en todas estas cosas se debe reconocer lo inaccesible de vuestros altísimos juicios, y contemplar y alabar vuestra misericordia, tan prontísima para favorecernos.

No quise, pues, ir a Roma por tener allí mayores intereses y alcanzar mayor honra y dignidad, como me lo prometían seguramente los amigos que me aconsejaban el viaje, aunque también todo esto movía entonces mi ánimo; pero la causa principal y casi única que me movió fue haber oído que los jóvenes que estudiaban en Roma eran más quietos, y se sujetaban de tal suerte al más bien ordenado método de disciplina, que no se entrometían frecuente y desvergonzadamente en la clase o aula de otro maestro que no fuese el suyo, ni absolutamente se les permitía entrar sin su licencia. Lo contrario se acostumbraba en Cartago, donde es tan torpe y destemplada la licencia de los estudiantes, que se entran violenta y desvergonzadamente en cualquier aula, y casi con un furioso descaro perturban aquel orden que cada maestro tiene establecido para el aprovechamiento de sus discípulos. Cometten con increíble insolencia muchos agravios e injurias, que debían ser castigados por las leyes, si no los patrocinara la costumbre; que los muestra ser tanto más infelices, cuanto ya ejecutan como lícito lo que nunca lo será por vuestra ley eterna. Ellos juzgan que quedan sin castigo aquellos agravios que hacen, estando su castigo en la misma ceguedad con que los hacen, y padeciendo ellos sin comparación mayores males que los que causan a los otros.

Pues aquellas malas costumbres que no quise yo tener cuando aprendía, me veía obligado a sufrirlas en otros cuando enseñaba, y por eso gustaba de irme a Roma, donde no había aquellos desórdenes, como me lo aseguraban todos los que lo sabían. Pero a la verdad, Vos, Señor, que sois mi esperanza y mi posesión en la tierra de los vivos, para que yo mudase de lugar y tierra (por convenir así a la salud de mi alma), por una parte me poníais estímulos en Cartago para arrancarme de allí, y por otra me proponíais atractivos en Roma para llevarme allá. Esto lo hacíais por medio de unos hombres que aman esta vida mortal, de los cuales unos ejecutaban locuras, y los otros me prometían vanidades; y Vos, Señor, para corregir mis pasos, os valíais ocultamente de su perversidad y de la mía. Porque los que perturbaban mi reposo estaban

furiosamente ciegos; y los que me incitaban al viaje estaban poseídos de aficiones terrenas; y yo que en Cartago aborrecía una verdadera miseria, apetecía en Roma una felicidad falsa.

Vos sabíais, Dios mío, por qué me convenía dejar aquella ciudad y caminar a la otra; pero ni a mí me lo disteis a entender, ni tampoco a mi madre, que mi partida la sintió de muerte, y me siguió hasta la orilla del mar. Yo la engañé cuando ella me tenía asido fuertemente, precisándome o a dejar mi viaje, o a llevarla en mi compañía: le hice creer con engaño, que mi intento era solamente acompañar a un amigo, hasta que tuviese viento favorable con que hacerse a la vela. Así engañé a mi madre, y a tal madre, y me escapé: y Vos me habéis perdonado esta mentira por vuestra misericordia, y aunque estaba lleno de abominables manchas, me guardasteis de las aguas del mar, hasta que llegase al agua de vuestra gracia, y lavado con ella se secasen los ríos de lágrimas que mi madre derramaba por mí todos los días, regando con ellas la tierra en que se postraba en vuestra presencia.

No obstante rehusando ella volverse sin mí, me costó mucho trabajo persuadirla a que pasase aquella noche en una capilla dedicada a san Cipriano, que estaba cerca del puerto. Como quiera, en aquella misma noche me partí secretamente; y ella se quedó orando y derramando lágrimas. ¿Y qué era, Dios mío, lo que mi madre os pedía con tan copiosas lágrimas, sino que impidiéseis mi navegación? Pero Vos, providenciando mi salud con sabiduría inestimable y oyendo benignamente su súplica en cuanto al punto principal de sus deseos, no cuidasteis de lo que entonces os pedía, para que algún día viese que obrabais en mí lo que ella continuamente os suplicaba.

Sopló el viento, y llenando nuestras velas, brevemente perdimos de vista la ribera en la cual mi madre a la mañana siguiente hacía extremos de dolor, y clamaba a Vos con quejas y gemidos de que Vos al parecer no hacíais caso; siendo así que a mí me dejabais arrebatar de mis mundanas codicias y deseos, para que se acabasen de una vez en mí esos mismos deseos y codicias; y al mismo tiempo castigabais en mi madre, con el justo azote de su dolor y pena, lo que había de carnal y terreno en el amor y deseos que de mí tenía. Porque ella deseaba estar en mi presencia como otras madres en la de sus hijos, pero lo deseaba mucho más que todas; y es que no sabía los grandes gozos que le habíais Vos de dar por mi ausencia. No lo sabía, y por eso lloraba y se lamentaba tanto, siendo aquellos tormentos que padecía consecuencias tristes del castigo de Eva, pues buscaba gimiendo con dolor lo que había parido con dolor. Y finalmente después de haberme acusado de engañoso y de cruel, volviendo a su continua ocupación de suplicaros por mí, se fue a seguir su acostumbrado método de vida, mientras yo seguía el camino de Roma.

CAPÍTULO IX

Como enfermó en Roma con tan grave calentura, que le puso a peligro de la vida.

15. Apenas llegué a Roma, fue mi recibimiento ser castigado con el azote de una enfermedad corporal, y me iba a los infiernos, llevando conmigo todos los pecados que había cometido contra Vos, contra mí y contra mis prójimos, que eran muchos y graves además del pecado original con que todos morimos en Adán: porque ninguno de ellos me habíais perdonado en Cristo, ni su cruz había puesto fin a las enemistades que con Vos había yo contraído por mis pecados. ¿Y cómo las había de haber deshecho y concluido, estando yo en la creencia de que era un fantasma y cuerpo aparente el que fue crucificado? Así tan verdadera era la muerte de mi alma, como falsa me parecía a mí la muerte de Jesucristo; y tan verdadera era su muerte, como falsa la vida de mi alma, que no lo creía. Agravándose, pues, mis calenturas, ya iba perdiendo la vida temporal y eterna, porque ¿a dónde fuera yo, si hubiese muerto entonces, sino al fuego y a los tormentos que correspondían a mis malas obras, según la verdad de vuestra providencia?

16. No sabía esto mi madre, pero os rogaba por mí aunque estaba ausente; y Vos que estáis presente en todas partes, la oíais y teníais misericordia de mí, para que recobrase la salud de mi cuerpo, estando todavía mi alma delirante en su impiedad sacrílega. Porque aun estando en aquel tan gran peligro, ni siquiera deseé recibir vuestro bautismo; que mejor era yo cuando muchacho, pues se le pedí entonces a mi piadosa madre, como ya tengo referido y confesado. Yo había crecido para afrenta mía, y loco y desaliñado me burlaba de aquel remedio que Vos habíais preparado para nuestras almas; pero Vos no me dejasteis morir, que hubiera sido morir dos veces, y para el corazón de mi madre tan penetrante herida, que jamás hubiera sanado de ella. Porque no puedo explicar bastantemente el tiernísimo amor que me tenía, y con cuánto mayor cuidado procuraba dar a mi alma el ser y vida de la gracia, que el que tuvo para darme a luz al mundo.

17. Así no veo cómo sanaría mi madre de aquel golpe; pues mi muerte, y en tan mal estado, le hubiera traspasado sus amorosas entrañas. ¿Y dónde estarían ya tantas y tan continuas oraciones como por mí os hacía sin cesar, y que en ninguna parte dejaba de dirigir a Vos? Mas ¿por ventura, Señor, siendo Vos Dios de las misericordias, habíais de despreciar el corazón contrito y humillado de aquella viuda casta y abstinente, que hacía tantas limosnas y servía con toda sumisión a vuestros santos, que no dejaba pasar día ninguno sin contribuir con su ofrenda para el sacrificio del altar, y que dos

veces al día, una por la mañana y otra por la tarde, venía a vuestra iglesia sin fallar jamás, no para ocuparse en vanas conversaciones y habladurías de viejas, sino para oír lo que Vos le hablabais en vuestros sermones por boca de vuestros ministros, y para que Vos la oyeseis a ella en sus oraciones? Pues Vos, Señor, ¿habíais de despreciar las lágrimas de una mujer como esta, con las cuales no os pedía oro ni plata, ni otro algún bien terreno mudable y transitorio, sino la salud del alma de su hijo? Vos, con cuya gracia era ella tan virtuosa, ¿habíais de despreciar sus oraciones y lágrimas, y le habíais de negar vuestro favor y auxilio? De ningún modo, Señor; antes bien estábais presente a sus oraciones, las oíais, y hacíais lo que en ellas os pedía, pero procediendo con el orden que estaba determinado en vuestros decretos eternos. No es imaginable que la hubieseis engañado en aquellas visiones y loques interiores que de vuestra parte había recibido (de las cuales unas he contado y otras he omitido), y todas las tenía ella muy presentes y fijas en su alma, y siempre en sus oraciones os las proponía como firmas de vuestra mano que estabais obligado a cumplir. Pues por ser infinita vuestra misericordia, os dignáis de obligaros con vuestras promesas, y haceros deudor de aquellos mismos a quienes perdonáis todas sus deudas.

NOTAS

1. Esta palabra Santos se toma muchas veces en la sagrada Escritura, para significar todos los que de algún modo están dedicados al culto de Dios: así unas veces significa solamente los fieles; otras los legos que hacían profesión de seguir una vida más austera y pura que los demás: ya significa los religiosos, vírgenes y viudas consagradas por estado a vivir en continencia; ya también los clérigos destinados al ministerio de los altares.

2. Todos los fieles de la primitiva Iglesia (a excepción de los pobres) contribuían al sacrificio de la misa, mediante la ofrenda de pan y vino que llevaban al templo, y se ponía todo sobre el altar; de lo cual solamente se consagraba una parte, reservándose todo lo demás para el sustento de los pobres y de los ministros de la Iglesia. Se tenía gran cuidado de poner en un catálogo los nombres de los que hacían estas ofrendas, y se leían públicamente y en voz alta antes de la consagración. Y esto dice san Agustín practicaba todos los días su santa madre, sin dejar un día nunca, ni faltar jamás al sacrificio de la misa.

Bien pudiera también entenderse en este pasaje lo que algunos entendieron probablemente; esto es, que no hablaba aquí san Agustín precisamente de las oblaciones u ofrendas que hacía santa Mónica determinadas al sacrificio de la misa; sino de la ofrenda que se hacía para los pobres, llamada ágapes, como se verá más abajo en el libro VI, capítulo II.

CAPÍTULO X

De los errores en que andaba antes de recibir la doctrina evangélica.

18. Vos, Señor, me sanasteis de aquella enfermedad, y sacasteis a salvo al hijo de vuestra sierva, dándome por entonces salud en el cuerpo, para darme después mejor y más segura salud en el alma. También me juntaba en Roma por aquel tiempo con aquellos engañados y engañadores maniqueos que ellos llamaban sanios; pues no solo trataba con los llamados oyentes, de cuyo número era mi huésped, en cuya casa había pasado mi enfermedad y convalecencia, sino también con los que llamaban electos.

Todavía estaba yo en la creencia de que no somos nosotros los que pecamos, sino que otra, no sé cuál, naturaleza pecaba en nosotros, y se deleitaba mi soberbia con imaginarme libre de toda culpa, y cuando hiciese algo malo, con no confesar que era yo quien lo había hecho, para que sanarais mi alma, pues os ofendía: antes gustaba de disculparla, echando la culpa a no sé qué otra cosa que estaba conmigo, pero que no era yo.

Mas a la verdad yo era todo aquello, y contra mí mismo me había dividido mi impiedad; y aquel era mi más incurable pecado, con el cual yo creía que no era pecador: era la iniquidad más execrable, querer más el que Vos, Dios mío todopoderoso, fuérais vencido por mí para mi perdición y daño, que el ser yo vencido por Vos para mi salud y provecho. No habíais puesto todavía guarda a mi boca, ni puerta que cerrase mis labios, para que mi corazón no se inclinase a las perversas palabras y doctrinas, con que en compañía de aquellos hombres pecadores y maniqueos disculpaba y daba por buenas las excusas en los pecados: así todavía estaba yo mezclado con sus electos.

19. No obstante habiendo enteramente perdido la esperanza de hacer algún progreso en aquella falsa doctrina, aun en aquellos puntos en que yo había determinado perseverar, ínterin no hallase otra cosa mejor, ya los miraba y sostenía con disgusto y negligencia. Además de eso se me ofreció también el pensamiento de que aquellos filósofos que llaman académicos, habían sido más sabios y prudentes que todos los demás, porque defendían y enseñaban que de todas las cosas debíamos dudar, y que ningún hombre podía llegar a comprender ni una sola verdad.

Esta me parecía haber sido claramente su sentencia (y así se juzga vulgarmente), porque aun no penetraba ni entendía bien su sistema. Y no dejé de apartar a mi

huésped de la demasiada confianza que conocí tenía en aquella multitud de fábulas de que están llenos los libros de los Maniqueos.

Sin embargo yo trataba más familiar y amistosamente con estos que con los otros hombres que nunca habían seguido aquella herejía. Bien es verdad que no la defendía ya con aquella eficacia y fervor que antes acostumbraba; pero el continuo trato con los de aquella secta (que ocultamente tenía muchos secuaces en Roma), me hacía menos diligente para buscar otro rumbo de doctrina; especialmente habiendo yo perdido la esperanza de poder hallarse la verdad en vuestra Iglesia, de donde ellos me habían apartado. Parecíame cosa torpísima el creer que Vos, soberano Señor de cielo y tierra, Criador de todas las cosas visibles e invisibles, tuviéseis figura de carne humana, que constase de miembros corporales como los nuestros, y de una cantidad y extensión determinada. La causa principal y casi única que hacía que fuese mi error inevitable, era que siempre que yo quería pensar en mi Dios, no acertaba a pensar, ni se me representaba otra cosa que cantidades corpóreas, por estar yo persuadido a que no había cosa alguna que no fuese cuerpo.

20. De aquí nacía que también al mal le comprendía yo como una cierta sustancia corpórea, que tenía su correspondiente magnitud oscura y fea, sustancia que o era gruesa y pesada, y la llamaban tierra; o era leve y sutil como el cuerpo del aire, y la llamaban espíritu maligno, el cual imaginaban ellos que se introducía y se calaba en aquella otra sustancia llamada tierra. Y como la piedad (por corta que en mí fuese) me obligaba a creer que un Dios bueno no había de haber criado una naturaleza mala, establecía yo dos sustancias grandes y corpulentas, contrarias entre sí y entrambas infinitas, pero con la diferencia que la mala era menor, y la buena mayor. Vé aquí el principio pestilencial de donde se originaban las demás doctrinas sacrílegas; porque intentando mi alma recurrir a buscar la verdad en la doctrina católica, me hacía retroceder y desistir de mi intento la idea que yo me había formado de ella, juzgando por doctrina católica la que verdaderamente no lo era.

Me parecía más conforme a la piadosa idea que debía tener de Vos, Dios mío (cuyas misericordias usadas conmigo son motivo de eternas alabanzas), creer que por todas partes erais infinito; aunque me viese obligado a confesar que no lo erais por una sola parte, esto es, por parte de la contrariedad y competencia que teníais con la sustancia del mal; que creer o imaginar que por todas partes erais finito, atribuyéndoo los miembros y figura del cuerpo humano.

También me parecía que mejor era creer que Vos no habíais criado mal alguno, que creer que habíais criado la naturaleza del mal del modo que yo le imaginaba; pues como ignorante creía que el mal no solamente era sustancia, sino también corpórea;

porque no sabía imaginar que el espíritu fuese otra cosa que un cuerpo sutil que se esparcía por los espacios y lugares.

También a vuestro unigénito Hijo y nuestro Salvador, de tal modo le contemplaba haber salido de aquella masa y cuerpo lucidísimo que yo os atribuía, para que obrase nuestra salud, que no creía de él otra cosa, sino lo que mis vanas imaginaciones podían alcanzar. Así pensaba que una tal naturaleza no podía haber nacido de la Virgen María, sin mezclarse e incorporarse con la carne; y no me parecía posible que se mezclase de este modo con la carne aquel ser y naturaleza lucidísima que yo le atribuía, y que no se manchase. De suerte que rehusaba creer que Jesucristo hubiese nacido en verdadera carne humana, por no verme obligado a creer que se había manchado con la carne misma.

Al llegar aquí, supongo que vuestros siervos y personas espirituales se reirán de mí amorosa y caritativamente, si leyeren estas mis Confesiones; pero ello es cierto, que yo era tal como lo digo.

NOTAS

1. Ya se ha dicho más arriba, que los oyentes entre los Maniqueos eran como los catecúmenos entre los Cristianos; y así no estaban enteramente instruidos en todos los misterios de su secta, porque todavía no estaban incorporados o no hacían un cuerpo con ellos; por lo cual no eran propia y verdaderamente maniqueos sino aquellos que se llamaban electos. Así, cuando dice que se juntaba y trataba con los Maniqueos, no solo con los oyentes, sino también con los electos, da a entender que les oía sus pláticas, doctrinas y lecciones como uno de sus discípulos, pero nunca llegó a ser de los electos, y verdaderamente maniqueos, como él mismo testifica en el libro: De utilitate credendí, cap. 1.

Entre los electos había trece llamados maestros, uno de los cuales presidía a los demás, y todos ellos juntos ordenaban a sus obispos, que tenían el número fijo de setenta y dos. Estos obispos se hacían de los electos, como también los presbíteros y diáconos, a quienes escogían los obispos y los ordenaban. Como los electos pasaban por raza o estirpe sacerdotal, iban a misiones, y suplían por los obispos, presbíteros y diáconos, o les ayudaban en sus respectivos ministerios.

Maniqueo había instituido un método de vida a los electos, que les era muy penoso y duro; porque su ley no les permitía comer ni carne, ni huevos, ni leche, ni peces; ni tampoco beber vino. No les era permitido, aunque fuese para su sustento arrancar una yerba, cortar una hoja de un árbol, ni coger de él fruto alguno arrancándole con su mano. Ayunaban rigurosamente los domingos y lunes en reverencia del sol y de la luna: y por estos ayunos los distinguían y reconocían los Cristianos. Hacían profesión de guardar continencia, y de abstenerse de tomar baños, por lo que andaban pálidos, consumidos y desfigurados; pero era porque ellos se procuraban artificiosamente un exterior penitente y mortificado; aunque en lo oculto tenían una vida muelle, delicada, regalona, deliciosa y muy desarreglada: eran muy dados a mujeres y no observaban ninguno de sus estatutos, como san Agustín les echa en cara muchas veces en sus escritos. No hablo de sus misterios y ritos, en los cuales la impureza y la abominación habían llegado a lo sumo.

2. Como David en este versículo 4 del salmo cxc usa de la palabra electos, cum electis eorum; se le apropia a sí con gracia y hermosura san Agustín, para acusarse de que comunicaba con los electos de los Maniqueos.

3. El dudar de todo, y enseñar que todo era dudoso, es lo que siempre se ha atribuido a la secta de los académicos; si bien privadamente creían que el descubrimiento de la verdad estaba totalmente en la percepción de los sentidos. Pero no se atrevían a decirlo, temiendo que los epicúreos, y otros filósofos semejantes, convirtiesen en veneno este principio y máxima, que según ellos era la llave de la verdadera filosofía. De todo lo cual da noticia el mismo san Agustín en la epístola 1.a en la 118, y en los libros que escribió contra los académicos. Arcesilao, filósofo griego, que floreció trescientos años antes de Jesucristo, fue el príncipe y cabeza de esta secta, que intentó reducir el método de disputar al modo del de Sócrates, no afirmando ni estableciendo nada, pero impugnándolo todo, como dice Luis Vives sobre el capítulo 12 del lib. VIII de la Ciudad de Dios de san Agustín.

CAPÍTULO XI

Como trató y conferenció sus dudas con los Católicos.

21. Además de lo dicho no juzgaba yo que podían bien defenderse aquellos lugares de vuestra Escritura, que los Maniqueos reprendían e impugnaban; pero deseaba verdaderamente tener alguna ocasión de comunicarlos y conferenciarlos todos en particular con algún hombre muy docto y muy versado en la sagrada Escritura, y ver cómo él los explicaba y entendía.

Porque ya me habían comenzado a mover estando yo en Cartago, las razones de Helpidio, que públicamente predicó y disputó contra los Maniqueos, habiendo alegado tales textos de la sagrada Escritura, que no se podían resistir ni darles fácil respuesta; y la que dieron los Maniqueos me había parecido muy endeble y flaca. Aun esta no la manifestaban fácilmente en público, sino secretamente a nosotros los de su secta, dictándonos que las Escrituras del Nuevo Testamento habían sido falseadas por no sé quiénes, que quisieron mezclar y unir la ley de los judíos con la fe de los cristianos. Pero ellos no probaban esto, ni nos mostraban algunos otros ejemplares incorruptos, y que estuviesen sin la mezcla que decían. Mas mi costumbre de no pensar ni imaginar sino cosas corpóreas y abultadas, me tenía tan preso y poseído, que como si las tuviera sobre mí me oprimían y agobiaban las mismas corpulencias de las cosas, bajo de cuya pesadez anhelaba fatigado, sin poder salir a respirar el aire puro de vuestra verdad.

CAPÍTULO XII

Del engaño que practicaban en Roma los discípulos con sus maestros.

22. Como el venir a Roma fue para enseñar allí el arte de retórica, lo comencé a ejecutar con toda diligencia: al principio junté en mi casa algunos estudiantes que habían tenido noticia de mí, por los cuales también se divulgó mi fama; y antes de mucho conocí que tendría que sufrir en los estudiantes de Roma muchas cosas que no había experimentado en los de África. Pues aunque me aseguraron que en Roma no se ejecutaban aquellas eversionses y burlas perjudiciales que hacían los jóvenes perdidos de Cartago; pero también me informaron de que allí los estudiantes por no pagar al maestro se conspiraban repentinamente muchos de una vez y se pasaban a estudiar con otro, faltando a su fe y palabra, y haciendo poco aprecio de la justicia por amor del dinero.

También a estos los aborrecía mi corazón, aunque aquel odio no era muy justo y perfecto; porque acaso más aborrecía el perjuicio que de ellos se me había de seguir, que el que hiciesen aquellas injusticias, que a todos les son ilícitas.

Como quiera ellos verdaderamente afeaban sus almas, y se divorciaban y separaban de Vos, amando unas burlas y engaños que vuelan con el tiempo, y una ganancia de todo que no se puede coger sin ensuciarse la mano: abrazando el mundo que huye, os despreciaban a Vos que sois permanente, y que estáis llamando el alma que os ha dejado, y perdonáis las ofensas que os ha hecho, como vuelva y se convierta a Vos. Yo aborrezco ahora también a semejantes hombres depravados e inicuos; al paso que amo y quiero que se corrijan y enmienden, para que estimen la doctrina que aprenden más que a su dinero; y a la misma doctrina y enseñanza os antepongan a Vos, Dios mío, que sois la verdad por esencia, la abundancia de todo bien seguro y cierto, y la unión y paz castísima de las almas. Pero entonces más repugnaba yo que fuesen malos, mirando a mi interés, que deseaba que se hiciesen buenos, atendiendo a vuestro amor.

CAPÍTULO XIII

Como fue enviado a Milán por catedrático de retórica, donde fue bien recibido de San Ambrosio.

23. Así con la noticia que tuve de que los magistrados de Milán habían escrito a Simaco, prefecto de Roma, para que proveyese a aquella ciudad de un maestro de retórica, dándole también su pasaporte y privilegio de tomar postas, y costeándole el viaje, yo mismo solicité que se me propusiese asunto para un discurso oratorio, y oído y aprobado me enviase allá el prefecto. Para esta pretensión me valí de los mismos que estaban embriagados con los errores maniqueos; de los cuales iba a librarme en Milán, sin saberlo ellos ni yo.

Llegué, pues, a Milán y fui a ver al obispo Ambrosio, fiel siervo vuestro, varón celebrado y distinguido entre los mejores del mundo: quien en sus pláticas y sermones ministraba entonces diestra y cuidadosamente a vuestro pueblo vuestra doctrina, que es para las almas aquel pan que las sustenta, aquel óleo que les da alegría, y aquel vino que sobria y templadamente las embriaga. Pero Vos erais quien me conducíais y llevabais a él ignorándolo yo, para que después sabiéndolo, me llevase y condujese él a Vos.

Aquel hombre, todo de Dios, me recibió con un agrado paternal, y todo el tiempo que estuve allí, aunque extranjero, me trató con el amor y caridad que debía esperarse de un obispo. Yo también comencé a amarle, aunque al principio le amaba no como a doctor y maestro de la verdad (la cual no esperaba yo que se pudiese hallar en vuestra Iglesia), sino como a un hombre que me mostraba benignidad y afición.

Yo le oía cuidadosamente cuando predicaba y enseñaba al pueblo, aunque mi intención no era la que debía ser, pues iba como a explorar su facundia y elocuencia, y a ver si era correspondiente a su fama, o si era mayor o menor de lo que se decía. Yo estaba atento y colgado de sus palabras, pero sin cuidar de las cosas que decía, antes las menospreciaba: me deleitaba con la dulzura y suavidad de sus sermones, que eran más doctos y llenos de erudición que los de Fausto, bien que no tan festivos y halagüeños por lo que toca al modo de decir; en cuanto a lo sustancial de las doctrinas y cosas que decía, no había comparación entre los dos; porque Fausto caminando por los rodeos, engaños y falacias de los Maniqueos, se apartaba de la verdad; y Ambrosio con la doctrina más sana enseñaba la salud eterna. Pero esta salud está lejos de los pecadores, como entonces era yo, aunque me iba acercando a ella poco a poco, sin saberlo ni advertirlo.

NOTAS

1. Simaco es aquel célebre personaje de la ciudad de Roma, cuyos escritos se han conservado y llegado a nuestros tiempos, el cual por su nacimiento ilustre, por sus empleos honoríficos y por su talento y elocuencia había sido escogido por la nobleza de Roma, para que hiciese frente a los progresos del Cristianismo, y se opusiese a la destrucción de los ídolos; pero de él triunfó gloriosamente San Ambrosio.
2. Todo esto me parece dio a entender San Agustín diciendo: *impertita etiam cvectione publica*. Véase la edición del P. J. M. y a Budeo.
3. San Agustín permaneció en Cartago desde el principio del curso del año 377 hasta cerca de las vacaciones del año 383; con que estuvo enseñando allí retórica por espacio de seis años; y así en Roma estuvo solamente algunos meses, pues en el año de 384 fue cuando salió de allí para Milán.

CAPÍTULO XIV

Como oyendo a San Ambrosio, fue poco a poco saliendo de sus errores.

24. No solicitando yo aprender lo que predicaba Ambrosio, sino oír solamente el modo con que lo decía, que era el cuidado único y vano que me había quedado, perdida ya la esperanza de que hubiese para el hombre algún camino que le condujese a Vos; juntamente con las palabras y expresiones que yo deseaba oír, entraban también en mi alma las doctrinas y las cosas de que yo no cuidaba; porque no podía separar las unas de las otras. Y abriendo mi corazón para recibir la discreción y elocuencia de estas palabras, se entraba al mismo tiempo la verdad de sus sentencias; pero esto era poco a poco y por sus grados. Porque primeramente comencé a sentir que también aquellas doctrinas podían defenderse: después ya juzgaba que positivamente se podía afirmar con fundamento la fe católica, que hasta entonces me había parecido que nada tenía que responder a los argumentos con que los Maniqueos la impugnaban; y especialmente después de estar instruido en uno y otro sistema, y haber visto disueltas las dificultades que me hacían algunos pasajes oscuros y enigmáticos del Antiguo Testamento, los cuales, tomados según el sonido de la letra, no los entendía bien, y daban muerte a mi alma.

Viendo, pues, declarados en sentido espiritual muchos pasajes de aquellos libros sagrados, ya me reprendía aquella preocupación en que había estado, creyendo que los libros de la ley y de los Profetas no se podían explicar de modo que se diese satisfacción y respuesta a los que los detestaban y se burlaban de ellos. Mas no por eso me parecía que debía yo seguir el camino de la religión católica, por tener ella también hombres doctos que la defendiesen, respondiendo abundantemente y con fundamento a las objeciones de los contrarios; ni tampoco creía que debía ya condenar la que hasta allí había seguido, porque estaban iguales en cuanto a poder una y otra defenderse. Porque me parecía que la religión católica de tal suerte no era vencida, que tampoco fuese todavía vencedora.

25. Entonces me apliqué seria y eficazmente a buscar algunas razones sólidas, y documentos firmes y seguros, con que poder de algún modo convencer la falsedad de la doctrina de los Maniqueos.

Que si yo hubiese podido concebir una sustancia espiritual, al instante se hubieran desbaratado todas aquellas máquinas de la doctrina maniquea, y las hubiera arrojado enteramente de la imaginación; pero no podía concebirla. No obstante considerando cada día más y más lo que otros muchos filósofos habían dicho acerca de esta máquina

del universo y de toda la naturaleza de las cosas que se perciben y tocan por los sentidos corporales, juzgaba que muchas de sus sentencias eran más probables que las de los Maniqueos. Por lo cual dudando de todas las cosas, como se dice que acostumbran los Académicos, y fluctuando entre todas las sentencias, fue mi determinación, que debía dejar a los Maniqueos; porque una vez que me hallaba en aquel estado de duda y de incertidumbre, juzgaba que ya no debía permanecer en aquella secta, que aun en mi dictamen no era tan probable como las de otros filósofos; a los cuales rehusaba también encomendar la curación de mi alma, porque no tenían ni profesaban el nombre que da la salud, que es el de Jesucristo. Y así determiné permanecer catecúmeno en la Iglesia católica, que mis padres me habían alabado, hasta que descubriese alguna cosa cierta, a donde pudiese dirigir la carrera de mi vida.

LIBRO VI

Cuenta lo que hizo en Milán en el año 30 de su edad, fluctuando en sus dudas todavía. Confiesa que San Ambrosio poco a poco le hizo ir conociendo que la verdad de la fe católica era probable. Mezcla también muchas cosas de Alipio y de sus buenas costumbres; y refiere el intento que él y su madre tenían de que tomase el estado del matrimonio.

CAPÍTULO I

Como Agustín ni era ya maniqueo ni católico.

1. ¿Dónde estabais, Señor, y a dónde os habíais retirado por lo tocante a mí, Dios mío y toda mi esperanza desde mi juventud? ¿Por ventura no me habíais Vos criado y llenado de dones, que me diferenciaban de todos los animales de la tierra y de las aves del aire? Más sabio y capaz me hicisteis que todos ellos; pero yo andaba por lo sombrío de la tierra como los unos, y por lo resbaladizo del aire como los otros: os buscaba por fuera de mí, Dios de mi corazón, y no os hallaba; antes vine a parar en un profundo abismo, desmayando y perdiendo la esperanza de hallar la verdad.

Ya mi madre había venido a mí, siguiéndome por mar y tierra, llena de fortaleza y piedad, y segura en todos los peligros por la confianza que tenía en Vos; pues en los riesgos del mar y tormentas que padecieron en el viaje, ella misma consolaba a los marineros, siendo ellos los que suelen consolar y animar a los otros navegantes que, por falta de experiencia de los peligros del mar, se afligen y atribulan en semejantes ocasiones; y además de eso les prometía, que habían de llegar sanos y salvos al puerto deseado, porque Vos en una visión se lo habíais revelado y prometido.

Al fin me halló en tan grave peligro, como es el estar desesperado de poder hallar la verdad. No obstante, habiéndole yo dicho que ya no era maniqueo, pero que tampoco era católico cristiano, mostró mucha alegría, aunque no tanta como si oyera una cosa no pensada; porque ya contaba verme libre de aquella parte de mi miseria, que la había obligado a llorarme como muerto, pero como a un muerto a quien Vos habíais de resucitar para vuestro servicio, y que ella traía siempre en las andas de su pensamiento, esperando que dijeseis al hijo de esta viuda, como al de la otra del Evangelio: Mancebo, contigo hablo, levántate; y que él resucitase y comenzase a hablar, y Vos se le entregaseis a su madre.

Habiendo, pues, oído que ya habíais hecho en mí mucha y gran parte de lo que todos los días os pedía con lágrimas que hiciéseis (pues si yo no estaba todavía aquietado en la verdad, estaba ya quitado del error y falsedad), no por eso se alteró su corazón con ningún movimiento de alegría inmoderada; antes bien porque estaba muy segura de que también le habíais de conceder la parte que faltaba, porque Vos le habíais prometido el todo, me respondió muy sosegadamente y con un corazón lleno de confianza, que la fe que tenía en Jesucristo le hacía esperar firmemente, que antes que ella saliese de esta vida, me había de ver católico cristiano.

Esto es lo que me dijo a mí; pero delante de Vos, fuente inagotable de misericordias, multiplicaba oraciones, y derramaba más copiosas lágrimas para que os dignaseis de acelerar vuestros auxilios y de alumbrar mis tinieblas. Acostumbraba acudir más cuidadosa y apresuradamente a vuestro templo, y pendiente de las palabras de Ambrosio recibía de su boca aquellas aguas vivas que dan la vida eterna, pues ella amaba y respetaba a aquel varón santo como a un ángel de Dios, porque sabía que él era quien me había puesto en aquel estado de dudas en que yo vacilaba, el cual presentía mi madre con toda certidumbre, que era el medio por donde había yo de pasar desde mi dolencia a la sanidad, interponiéndose provechosamente aquel mayor peligro en que me hallaba, al modo del que los médicos llaman accesión crítica.

NOTAS

1. La ida de santa Mónica a buscar a su hijo fue por la primavera del año 385.
2. Alude al sueño, y a lo demás de que se habló en el libro V, cap. IX.

CAPÍTULO II

De las viandas y ofrendas que acostumbraban llevar los fieles en África a los sepulcros de los santos mártires.

2. Queriendo mi madre llevar a la iglesia, donde se veneraban las reliquias de algunos santos, la ofrenda de pan, vino y otras viandas, como lo acostumbraba en África, fue detenida por el ostiario del templo; pero luego que supo que aquello estaba prohibido en Milán por el obispo, con tal piedad y obediencia abrazó el mandato, que yo me admiré de ver con qué facilidad eligió antes reprenderse a sí misma sobre aquella costumbre, que examinar las razones que había para que se prohibiese. No estaba poseída del vicio de la embriaguez, ni el amor al vino la incitaba a aborrecer la verdad, como a otros muchos hombres y mujeres, a quienes hablarles de la templanza y sobriedad les mueve tanto a vómito, como el vino con mucha agua a los que se han embriagado. Mi madre trayendo su canastillo a la iglesia con las viandas acostumbradas, las cuales se debían probar antes de ofrecerse, no ponía en él más que un pequeño vaso de vino tan aguado como pedía su paladar, acostumbrado a la sobriedad y templanza, para tomar de allí aquel sorbo que requería la ceremonia. Y si eran muchas las reliquias de los santos que ella quería venerar con aquella ofrenda, llevaba aquel mismo vasito para ponerle en todos los sepulcros que visitaba; por manera que aquella corta cantidad de vino muy aguado y templado repartido en pequeños sorbos, servía para todos los sepulcros donde ponía su ofrenda; porque lo que ella pretendía en esto era cumplir con su piedad y devoción, sin buscar el deleite y gusto del paladar.

Luego, pues, que entendió que aquel insigne y apostólico predicador y prelado celosísimo de la piedad había mandado que no hiciesen ofrendas semejantes, aun aquellas personas que sobria y templadamente las hacían, ya por no darles ocasión alguna de embriaguez a los destemplados y vinosos, ya también porque aquellas como honras funerales tenían mucha semejanza con la superstición de los gentiles; pronta y gustosamente se abstuvo de continuarlas; y en lugar del canastillo lleno de frutos terrenos, aprendió a llevar a los sepulcros de los mártires su mismo corazón lleno de los más puros y fervorosos afectos, como también algo que pudiese dar a los pobres, para que así se celebrase la comunicación con el cuerpo de Cristo, a cuya imitación fueron sacrificados y coronados los mártires.

Pero me parece, Dios y Señor mío (y no me queda otra cosa acerca de esto en mi corazón, como Vos lo veis), que acaso mi madre no hubiera desistido fácilmente de aquella costumbre que debía atajarse, si se la hubiese prohibido otro a quien no amase tanto como a Ambrosio, al cual por lo que cooperaba a mi salvación, amaba

con muchísimo extremo. Él también la amaba por el método de su vida religiosísima, y el fervor de espíritu con que se ejercitaba en buenas obras, y frecuentaba la iglesia; tanto que muchas veces cuando me veía, prorumpía en sus alabanzas, dándome la enhorabuena de que tuviese tal madre; no sabiendo él cuál hijo era yo, que dudaba de todas aquellas obras de piedad, y no creía que se pudiese hallar el camino de la vida eterna.

NOTA

1. Santa Mónica, como en la primitiva Iglesia acostumbraban hacer todos los fieles (a excepción de los que eran muy pobres), seguía en Milán la costumbre que tenía en África de llevar a la iglesia pan, vino y otros manjares, de lo cual se formaba el agape o convite de los pobres: costumbre que observaron todas las iglesias del Oriente y Occidente, practicada en los primeros siglos por todos los cristianos y dimanada de los mismos apóstoles. Y según san Gregorio Nacianceno, por tres motivos se hacían estos convites: en los días del nacimiento, en los de las bodas, y en los de los entierros. De estos convites se comenzó a abusar, y en diversas iglesias se fueron quitando poco a poco. San Ambrosio los había prohibido en su tiempo, según prueban de este pasaje de san Agustín los autores que tratan de esta materia, y determinadamente Julio Selvagio, en el libro 3 de sus Antigüedades cristianas, c. 9, núm. 35.

CAPÍTULO III

De las ocupaciones y estudios de san Ambrosio.

3. No cuidaba yo entonces de gemir orando delante de Vos para que me socorriéseis, sino que toda mi alma estaba cuidadosa y ocupada en inquirir la verdad, e inquieta y desasosegada en discursos y disputas para hallarla. Al mismo Ambrosio le consideraba como un hombre dichoso y feliz, según el mundo, viéndole tan honrado de los grandes y poderosos de la tierra, si bien el celibato que él observaba me parecía cosa dura y trabajosa. Pero ni yo había experimentado en mí, ni aun por conjeturas podía conocer la grande y firme esperanza que él tenía en Vos; sus combates contra las tentaciones de vanidad y soberbia, que le ocasionaba su excelencia misma; los consuelos que le comunicabais en sus adversidades, y los sabrosos gustos que percibía el interior paladar de su alma, rumiando el pan de vuestra celestial doctrina; ni tampoco él sabía las congojas de mi corazón, ni la profundidad del precipicio a donde estaba yo para caer. Porque yo no podía preguntarle todo lo que quería y del modo que quería, por la multitud de gentes que le ocupaban con diversos negocios, y cuyas urgencias y necesidades se llevaban los cuidados de quien deseaba aprovechar y servir a todos: eso me impedía a mí el poder hablarle y aun el verle. Cuando no estaba con aquellas ocupaciones y negocios, que era por muy poco tiempo, le gastaba en dar a su cuerpo el sustento necesario, o en la lección, que es el alimento del alma. Pero cuando leía, llevaba los ojos por los renglones y planas, percibiendo su alma el sentido e inteligencia de las cosas que leía para sí, de modo que ni movía los labios ni su lengua pronunciaba una palabra.

Muchas veces me hallaba yo presente a su lección, pues a ninguno se le prohibía entrar, ni había costumbre en su casa de entrarle recado para avisarle de quién venía; y siempre le vi leer silenciosamente, y, como decimos, para sí, nunca de otro modo. En tales casos después de haberme estado sentado y en silencio por un gran rato (porque ¿quién se había de atrever a interrumpir con molestia a un hombre que estaba tan embebido en lo que leía?) me retiraba de allí, conjeturando que él no quería que le ocupasen en otra cosa aquel corto tiempo que tomaba para recrear su espíritu, ya que por entonces estaba libre del ruido de los negocios y dependencias ajenas. También juzgaba yo que el leer de aquel modo sería acaso para no verse en la precisión de detenerse a explicar a los que estaban presentes, y le oírían atentos y suspensos de sus palabras, los pasajes que hubiese más oscuros y dificultosos en lo que iba leyendo: o por no distraerse en disputar de otras cuestiones más intrincadas, y gastando el tiempo en esto repetidas veces, privarse de leer todos los libros que él quería. Sin embargo, el

conservar la voz, que con mucha facilidad se le enronquecía, podía también ser causa muy suficiente para que leyese callando y solo para sí: en fin, cualquiera que fuese la intención con que aquel gran varón lo ejecutara, sería verdaderamente intención buena.

4. Lo cierto es, que yo no podía lograr la ocasión de preguntarle todo lo que deseaba, ni oír las respuestas de aquel tan sagrado oráculo, que Vos teníais en el corazón de Ambrosio, sino que fuese acerca de alguna cosa que brevemente y como de paso se hubiese de resolver. Pero aquellos mis cuidados y desasosiegos requerían que estuviese muy desocupado el sujeto con quien habían de comunicarse, y ese no le hallaban. Oíale sí predicar al pueblo todos los domingos, y explicar rectamente el Evangelio; con lo cual más y más me confirmaba en el juicio que ya tenía hecho, de que muy bien podían desatarse los nudos de maliciosas calumnias, que aquellos impostores maniqueos hacían contra los libros sagrados.

Luego que llegué también a averiguar que aquello de la Escritura que dice: que hicisteis al hombre a vuestra imagen y semejanza, vuestros hijos espirituales que por la gracia reengendrasteis en el seno de nuestra madre la Iglesia católica, no lo entendían de tal suerte, que ellos creyesen ni pensasen que Vos teníais un cuerpo también de la forma y figura del cuerpo humano; aunque yo todavía no alcanzaba a imaginar y formar concepto de lo que es un puro espíritu o sustancia espiritual siquiera levemente y en confuso; con todo eso tuve una alegría mezclada de vergüenza de ver que tantos años hubiese yo ladrado, no contra la fe católica, sino contra las ficciones y quimeras que los vanos y carnales pensamientos de los hombres habían fabricado. En tanto había incurrido en aquella temeridad e impiedad, en cuanto había dicho reprendiendo lo que debía haber aprendido preguntando. Así habría conocido que Vos, Señor, aunque seáis altísimo y ocultísimo, estáis al mismo tiempo próximo y presentísimo a todas las cosas: que no constáis de miembros, unos mayores y otros menores, sino que todo entero estáis en todas partes, y no estáis contenido en ningún lugar o espacio; que no tenéis esta configuración del cuerpo humano; y con todo eso es certísimo que hicisteis al hombre a vuestra imagen y semejanza, siendo así que él desde la cabeza a los pies tiene extensión y está ocupando lugar.

CAPÍTULO IV

Cómo oyendo predicar a San Ambrosio, entendió la doctrina de la Iglesia, que antes no entendía.

5. Supuesto que yo ignoraba cómo debía entenderse que el hombre era imagen vuestra, en lugar de insultar a los Católicos y argüirlos como si ellos hubieran creído alguna vez lo que yo me había figurado; debiera consultarlos, para que respondiendo a mis propuestas, me enseñasen cómo aquella razón de imagen debía tomarse y había de creerse. Así tanto más vivamente me consumía el cuidado y deseo de conocer lo cierto y abrazarlo, cuanto más me avergonzaba de haber vivido engañado tanto tiempo y burlado con la promesa de que hallaría lo cierto; de haber procedido con osadía y terquedad pueril en afirmar y sostener tanta multitud de cosas inciertas y dudosas, como si fueran muy ciertas y averiguadas. Si más adelante conocí claramente que eran falsas, ya sabía antes que no eran ciertas, y no obstante obraba como si lo fuesen, cuando con ciega porfía acusaba a vuestra Iglesia católica. No me constaba todavía que esta enseñase las doctrinas verdaderas; pero sí que no enseñaba aquellas cosas que yo tan gravemente había vituperado y reprendido.

Yo, pues, me avergonzaba, volvía sobre mí y me alegraba, Dios mío, de que vuestra Iglesia, única esposa de vuestro único Hijo, en la cual siendo yo niño se me comunicó el nombre de Cristo, no adoptase ni creyese tan pueriles simplezas, ni tuviese entre los dogmas de su sana doctrina que Vos, que sois el Criador de todas las cosas, tuvieseis un cuerpo limitado por todas partes, como corresponde a la figura y miembros del cuerpo humano, y consiguientemente estuviéseis como encerrado en lugar o espacio alguno, aunque fuese muy grande y dilatado.

6. También me alegraba de que las antiguas Escrituras de la ley y los Profetas no se me proponían ya de modo que las leyese con los ojos con que antes las miraba, cuando me parecían absurdas, y cuando acusaba y reprendía a vuestros santos, imputándoles que creían aquellos absurdos que a mí me parecía haber allí; siendo así que ellos no sentían de aquel modo, ni creían lo que yo me había figurado. Muy alegre y contento oía predicar a Ambrosio, el cual como si a propósito y con todo cuidado propusiera y recomendara la regla para entender la Escritura, repetía muchas veces aquello de San Pablo: "La letra mata, pero el espíritu vivifica". Cuando quitado el misterioso velo de algunos pasajes, que entendidos según la corteza de la letra parecía que autorizaban la maldad, los explicaba en sentido espiritual tan perfectamente, que nada decía que me disonase, aunque dijese cosas que todavía ignoraba yo si eran verdaderas.

Y era que temiendo yo precipitarme, suspendía mi juicio sin dar asenso a nada; y me mataba más que el precipicio, el estar así como colgado y suspenso. Quería yo que se me hubiera hecho tan clara demostración de las cosas que no veía, que tuviese tanta evidencia de ellas, como la tenía de que siete y tres son diez. Pues no estaba yo tan loco que juzgase que ni aun esta verdad podía comprenderse; antes bien con la misma claridad y certidumbre con que conocía esta verdad, quería y deseaba comprender todas las demás cosas, ya fuesen corporales, pero ausentes o distantes de mis sentidos; ya fuesen espirituales, de las cuales no sabía formar sino ideas corpóreas.

Yo hubiera podido sanar, si me hubiera determinado a creer: pues siendo los ojos de mi alma purificados y fortalecidos por la fe, se dirigiera de algún modo a vuestra verdad, que siempre permanece y por ninguna parte es defectible. Pero como suele acontecer que el enfermo que cayó en manos de un mal médico teme después entregarse a otro, aunque sea bueno; así era la disposición y estado de mi alma, que no podía sanar sino creyendo, y rehusaba esta curación temiendo creer alguna falsedad. Por esto es que se resistía a ponerse en vuestras manos, con las que Vos, Dios mío, confeccionasteis la medicina de la fe, y la esparcisteis por todo el mundo para curar sus dolencias, a cuyo efecto le disteis tan grande autoridad y preeminencia.

CAPÍTULO V

De la autoridad de los Libros sagrados, y cuán necesario es el uso de ellos.

7. Pero también en esto daba yo la preferencia a la doctrina católica, pues conocía que si ella mandaba creer lo que no demostraba, ya fuese porque no había sujeto capaz a quien hacerle estas demostraciones, ya porque la materia no fuese demostrable, era modestamente y sin engaño alguno; a diferencia de la doctrina de los Maniqueos, que comenzaban burlándose de la credulidad de los que los seguían, prometiéndoles con temeraria arrogancia no enseñarles cosa alguna que no fuese cierta y demostrada; y después los obligaban a creer ciegamente una infinidad de cosas falsísimas y absurdísimas, que no se las podían probar ni demostrar.

Después de esto Vos, Señor, con vuestra mano suavísima y misericordiosísima fuisteis poco a poco ablandando y componiendo mi corazón, haciéndome considerar cuán innumerable multitud de cosas creía yo sin haberlas visto, y sin haberme hallado presente cuando se ejecutaron, como son tanta multitud de sucesos que refieren las historias de los gentiles; tantas noticias de pueblos y ciudades que yo no había visto; tantas cosas como había oído y creído a los amigos, a los médicos y a otras mil personas, las cuales cosas si no las creyéramos, no podríamos absolutamente hacer nada en esta vida. Y por último consideraba con cuánta seguridad y firmeza creía yo quiénes fuesen mis padres que me habían dado el ser y vida; cosa que no pudiera saberla si no la hubiera creído solamente por haberla oído. Estando yo reflexionando todo esto, me persuadisteis a que habiendo Vos establecido la autoridad de vuestras sagradas Escrituras en casi todas las naciones del mundo, no debían culparse aquellos que las creían, sino los que no las creían; y que no habían de ser oídos los que acaso me dijese: ¿de dónde sabes tú que aquellos Libros han sido dictados y dados a los hombres por el Espíritu de un verdadero Dios y veracísimo?

Porque esto mismo era lo que más principalmente se había de creer, puesto que ninguna conferencia con motivo de las muchas cuestiones que yo había leído en diferentes filósofos que mutuamente se impugnaban y contradecían unos a otros, jamás me pudo inducir a que tuviese la menor duda acerca de vuestra existencia, aunque ignorase todo lo que Vos podáis ser, ni tampoco acerca del cuidado y providencia que tenéis de las cosas humanas.

8. Es verdad que todo esto lo creía yo unas veces con mucha valentía y firmeza, otras veces con alguna flojedad; pero siempre creí que Vos existíais, y que teníais cuidado de nosotros, aunque no supiese ni lo que debíamos pensar y sentir de vuestra

sustancia y naturaleza, ni cuál era el camino por donde habíamos de ir o volver a Vos. Por eso hallándome imposibilitado de encontrar la verdad con razones humanas, seguras y ciertas, vine a conocer que para esto nos era necesaria la autoridad de las sagradas Escrituras; y comencé a creer que de ningún modo hubiérais dado tan grande autoridad y aprecio en todo el mundo a aquellos Libros, si no quisiérais que os creyésemos por aquella Escritura, y os buscásemos por ella misma. Porque ya atribuía a la profundidad de sus misterios todo lo que antes me parecía absurdo en tales Libros, después que muchos de aquellos pasajes que me repugnaban, los oí explicar en un sentido probable.

Su autoridad me parecía tanto más respetable y más digna de creerse con una fe sacrosanta, cuanto la Escritura es por una parte fácil de ser leída de todos, y por otra esconde en un sentido más profundo toda la dignidad de sus misterios, dándose generalmente y acomodándose a todos por sus palabras llanísimas, por la sencillez humilde de su estilo, y ejercitando al mismo tiempo los entendimientos de los que no son leves de corazón en el creer. De aquí resultan dos cosas muy importantes: la una es, recibir a todos universalmente en su seno; y la otra, ser muy pocos los que llegan a Vos, Verdad eterna, teniendo que pasar e introducirse como por estrechos poros, penetrando la corteza de la letra; los cuales pocos sin embargo son muchos más de los que serían, si no estuviera la Escritura en tan altísimo grado de autoridad, o no recibiera y abrazara indiferentemente a todo el mundo en el seno de aquella santa humildad y sencillez de su estilo.

Pensaba yo todas estas cosas, y Vos, Señor, me asistíais; suspiraba, y me escuchabais; vacilaba, y me gobernabais; proseguía caminando por el anchuroso camino del siglo, y Vos no me dejabais solo.

CAPÍTULO VI

Del infeliz estado de los ambiciosos, al través del ejemplo de un pobre mendigo que estaba muy alegre.

9. Ardía mi alma en deseos de honores, de riquezas y de matrimonio; y Vos, Señor, os burlabais de mis ansias y proyectos. Padecía en semejantes deseos amarguísimos trabajos, siéndome Vos en esto tanto más propicio y favorable, cuanto menos permitíais que hallase dulzura en todo lo que no erais Vos. Ved cómo os manifiesto todo mi corazón, pues habéis querido, Señor, que me acuerde de todos estos beneficios, y os rinda gracias por ellos. Haced que de aquí adelante esté mi alma unida a Vos, que la desembarazasteis de aquella tan tenaz y pegajosa liga de la muerte.

¡Qué infeliz era aquel estado de mi alma, cuando Vos teníais que punzarla en lo más delicado y sensible de sus llagas, para que dejadas todas las cosas se convirtiese a Vos, que sois sobre todas ellas; y convirtiéndose a Vos, lograrse su sanidad! ¡Qué miserable era yo entonces, y de qué modo hicisteis que conociese mi miseria! Llegó el día en que habiéndome preparado para decir en alabanza y presencia del Emperador un panegírico, en el cual había de mezclar mentiras y lisonjas con que merecer el aplauso y favor de los mismos que sabían la falsedad de mis elogios, en aquel día, pues, en que mi corazón no respiraba sino estos cuidados, abrasado en los ardores de varios pensamientos que le angustiaban, pasando por una calle de Milán, eché de ver a un pobre mendigo, que después de bien harto, según creo, estaba retozando y alegrándose. Esta ocasión me hizo suspirar y decir a los amigos que me acompañaban muchos sentimientos y quejas de nuestras locuras; pues con todos nuestros estudios y conatos, cuales eran los que entonces me afligían, estimulándome con los acicates de mis codicias y ambiciones a traer sobre mí la pesada carga de mi infelicidad, y haciéndola más pesada solo con traerla, no pretendía otra cosa, ni aspiraba a otro fin que llegar a conseguir una alegre tranquilidad, a donde había llegado antes que nosotros aquel pobre mendigo, y acaso no llegaríamos jamás a conseguirla. Porque la alegría de una felicidad temporal, que aquel pobre había alcanzado ya con unos pocos dineros que le habían dado de limosna, esa misma era a la que yo anhelaba, y la que buscaba por tan penosos caminos y trabajos. Es cierto que la alegría que aquel pobre gozaba, no es la verdadera alegría; pero mucho más falsa era la que yo buscaba por los medios que me sugería mi ambición; y a lo menos aquel pobre estaba alegre, y yo angustiado; él estaba seguro, y yo temeroso.

Ahora bien, si alguno me preguntara qué quería más, ¿estar con alegría o estar con temor? Respondería sin duda que más quería estar alegre. Y si me volviera a preguntar, ¿si quería más ser tal como era aquel o ser tal como me hallaba entonces? Escogería primero ser lo que yo era, aunque tan lleno de cuidados y temores; pero esta elección la haría mi perversidad, no la recta razón fundada en la verdad. Porque el ser yo más sabio que él, no era la razón que me debía mover para anteponer mi estado al suyo, supuesto que de mi ciencia no sacaba yo gozo ni alegría, sino que me valía de ella para agradar a los hombres, no con el fin de instruirlos, sino solamente con el designio de agradarles. Por eso Vos, Dios mío, con el báculo de vuestra corrección y enseñanza quebrantabais los huesos de mi dureza.

10. Nadie diga, pues, que hay mucha diferencia en los motivos y causas que tiene un hombre para su alegría; pues que si aquel mendigo se alegraba con su embriaguez, yo deseaba alegrarme con aplauso y gloria. Porque ¿con qué gloria, Señor, había de alegrarme, siendo una gloria que no estaba en Vos? Que si la alegría de aquel pobre no era verdadera, tampoco era verdadera gloria la que yo buscaba, y que entorpecía y trastornaba mi razón, más que al otro su embriaguez. Además, en aquella misma noche había de digerir aquel mendigo el vino con que se había embriagado; pero yo había ya muchos días que dormía y me levantaba con mi embriaguez, y había de proseguir durmiendo y volviéndome a levantar muchos días sin desecharla.

Es verdad que debe considerarse la diferencia que hay entre los motivos y causas de la alegría: bien lo conozco y lo sé, que la alegría que nace de la esperanza cristiana, es mayor incomparablemente que la que provenía de aquella vana gloria. Aun bajo este concepto entre mí y el pobre había una distancia y diferencia muy grande, conviene a saber, que él era actualmente más feliz que yo, no solo porque estaba rebotando alegría, al mismo tiempo que yo estaba lleno de cuidados que me arrancaban las entrañas; sino también porque él con buenas palabras había adquirido el vino, y yo con mentiras buscaba mi vana gloria.

Estas y otras muchas cosas semejantes dije entonces a mis amigos, y en tales reflexiones que hacía con frecuencia consideraba cuál era mi estado y cuán mal me hallaba; y en medio del sentimiento y tristeza que me causaba esto, se duplicaba mi mal de tal modo, que si me sucedía alguna cosa favorable, tenía repugnancia a aprovecharme de ella, porque casi antes de asirla, se me iba de las manos y volaba.

CAPÍTULO VII

Cómo apartó a su amigo Alipio de la locura de los juegos circenses

11. Sentíamos y llorábamos estas cosas todos los que vivíamos juntos y amigablemente; pero en especial y con grandísima familiaridad y confianza las trataba con Alipio y Nebridio, el primero de los cuales era como yo, natural de Tagaste, de las más nobles y primeras familias de aquel pueblo, pero era más joven, pues había sido mi discípulo cuando comencé a enseñar en dicha ciudad, y luego después en Cartago. Este me amaba mucho, porque me tenía por hombre de bien y docto; e igualmente amábale yo por su bella índole y gran muestra que daba de virtud, que aun en sus pocos años se descubría. Pero la impetuosa corriente de las costumbres de los cartagineses, aficionadísimos a vanos espectáculos, le había sumergido y llevado a la locura de los juegos circenses. Al mismo tiempo que él andaba miserablemente envuelto y agitado de estas olas, enseñaba yo la retórica en las escuelas públicas de la ciudad; pero él todavía no estudiaba conmigo entonces, ni me tenía por su maestro, a causa de cierto disgusto que entre mí y su padre se había suscitado.

La noticia que yo tenía de su funesta pasión por aquellos juegos me afligía gravemente, por parecerme que estaban para perderse o ya podían darse por perdidas las grandes esperanzas que de él se tenían. Mas no tenía yo proporción alguna para amonestarle con la satisfacción de amigo, ni para apartarle de aquellos juegos con alguna reprensión, usando con él de la autoridad de maestro; porque yo juzgaba que en orden a mí estaría en la misma disposición que su padre, y a la verdad no era así. En efecto, posponiendo él la voluntad de su padre, en cuanto al resentimiento que había entre los dos, me había comenzado a saludar y venir a mi aula, donde estaba un rato oyendo lo que yo explicaba, y luego se iba.

12. Se me había olvidado en todas estas ocasiones el tratar con él lo que tenía pensado, para que su pasión ciega y violenta por aquellos vanos e inútiles juegos no apagase las luces de tan buen ingenio. Pero Vos, Señor, que con altísima providencia gobernáis todas las cosas que habéis criado, no os olvidasteis de Alipio, a quien habíais destinado para que fuese pastor de vuestros hijos, y ministro que les dispensase vuestros Sacramentos; y para que su corrección se atribuyese a Vos solamente, la obrasteis por medio de mí, pero sin saberlo ni advertirlo yo. Porque un día, estando yo en mi escuela sentado en el lugar que acostumbraba, y delante de mis discípulos, vino Alipio, me saludó, tomó asiento, y se puso a atender a las cosas que yo estaba tratando. Por casualidad tenía cierta lección entre manos, que para declararla

de modo que su explicación se hiciese más perceptible y gustosa, me pareció que era oportuno traer la similitud y ejemplo de lo que sucedía en los juegos del circo, haciendo burla y como satirizando a los que se dejaban cautivar de semejante locura. Bien sabéis Vos, Dios y Señor nuestro, que por entonces no pensaba yo en sanar a Alipio de aquella contagiosa enfermedad; mas él tomó para sí lo que yo dije, y creyó que solamente lo había dicho por él. Y lo que hubiera sido para otro causa de enojarse conmigo, aquel prudente mancebo lo tomó por motivo para enojarse contra sí, y para encenderse más en amor vivo, verificándose lo que mucho tiempo antes habíais dicho e insertado en vuestras sagradas Escrituras: "Reprende al sabio, y él te amará". Y ciertamente que no era yo quien le había reprendido; sino que Vos, Dios mío, que usáis de todos los hombres como de instrumentos, ya con advertencia suya, ya sin ella, con aquel justo orden que Vos solo conocéis, formasteis de mi corazón y lengua carbones encendidos con que cauterizar la podrida llaga que aquel joven de tan buenas esperanzas tenía en el ánimo, para sanarle con aquel cauterio.

Solamente podrá callar vuestras alabanzas quien no considera vuestras misericordias; las cuales me obligan a que yo os confiese y alabe con lo más íntimo de mi corazón, acordándome de que al instante que él acabó de oír aquellas palabras, salió de aquella hoya profunda en que voluntariamente se había hundido, y en que perseveraba ciego con aquel miserable deleite; y sacudiendo su ánimo con una fuerte templanza, salieron fuera de él todas las manchas y lodos de aquellos juegos del circo; y no volvió jamás ni se acercó a ellos. Además de esto, venció la repugnancia que había en su padre para que yo fuese su maestro; y al fin el padre cedió y se lo concedió. Volviendo a ser mi discípulo segunda vez, se hizo también compañero y participante de mi superstición; amando él en los Maniqueos aquella continencia que aparentaba y que creía legítima y verdadera. Pero ella era fingida y engañosa, acomodada solo a cautivar almas sencillas y preciosas, que no sabiendo todavía llegar a lo profundo e interior de la virtud verdadera, son fáciles de engañar con el buen exterior de la virtud fingida y aparente.

NOTAS

1. La institución de estos juegos es cuasi tan antigua como la fundación de Roma: pues en el día que Rómulo robó a las Sabinas, instituyó estos juegos que se llaman circenses por el lugar en que se tenían, que era un sitio no perfectamente redondo, sino ovalado, de suerte que fuese más largo que ancho. Estaba rodeado de gradas que se levantaban las unas más que las otras, para que todos pudiesen estar sentados y ver los juegos y espectáculos sin estorbarse los unos a los otros. Aquí luchaban unas veces hombres a caballo, otras los púgiles a pie, otras los gladiadores, reciarios, etc. Véase lo que se dijo en el libro IV, capítulo XIV, nota 1.

2. En Tagaste, donde san Agustín y Alipio habían nacido, fue creado obispo Alipio en el año 394, según el cómputo de Baronio, y se puede colegir de la epístola que en este mismo año escribió san Agustín a san Jerónimo. Fue Alipio el compañero más amado y amante de san Agustín en toda su vida; y como por seguir a Agustín se hizo maniqueo, por seguirle también se hizo cristiano, y a un tiempo recibieron el Bautismo: le siguió y acompañó cuando se retiró a las cercanías de Milán: después le acompañó a Tagaste y a Hipona; y finalmente vivió y murió no haciendo los dos más que un alma y un corazón. De él habla siempre san Agustín con singulares elogios, y está puesto en el catálogo de los Santos, y reza de él toda la Orden de san Agustín en el día 16 de agosto.

CAPÍTULO VIII

Cómo Alipio se aficionó a la loca diversión del juego de los gladiadores, que él mismo aborrecía antes.

13. Continuando Alipio la carrera regular de los estudios, que sus padres le habían encargado mucho que siguiese, antes que yo, se fue a Roma, para aprender allí el derecho; donde se dejó arrebatarse increíblemente de una extraordinaria afición y ansia de asistir al espectáculo de los gladiadores. Porque siendo así que él aborrecía tales espectáculos y le horrorizaban; encontrándose un día de los que estaban dedicados a tan crueles como funestos juegos con unos amigos y condiscípulos suyos, que venían de comer, con una amigable y familiar violencia le llevaron al anfiteatro, no obstante que él lo rehusó y resistió fuertemente, y que les iba diciendo: Aunque a mi cuerpo le llevéis por fuerza a ese lugar, y le coloquéis en él, ¿por ventura podréis obligar a mis ojos ni a mi alma a que atienda y mire tan bárbaros espectáculos? Por lo cual yo estaré allí como si no estuviera, y de este modo triunfaré de vosotros y de tales espectáculos. Mas ellos, aunque oyeron esto, no desistieron de su empresa, y le llevaron consigo, acaso deseando experimentar si podía cumplir lo que había dicho.

Habiendo llegado allá y tomado los asientos que pudieron, en todo aquel gran concurso no se veía otra cosa que deleites crudelísimos. Cerrando Alipio las puertas de sus ojos, estorbó que su alma saliese a ver tantos males; y ¡ojalá que también hubiese cerrado enteramente los oídos! Porque en un lance de aquella lucha fue tan grande el clamor de todo el pueblo, que movido fuertemente de aquellas voces, y vencido de la curiosidad (pareciéndole que estaba prevenido interiormente para despreciarlo, fuese ello lo que fuese, y quedar victorioso), abrió los ojos, y recibió mayor herida en su alma, que el otro a quien deseaba ver había recibido en el cuerpo. Así cayó él más lastimosa y miserablemente que el otro a quien quiso ver, cuya caída ocasionó aquella gritería, que entrándole por los oídos, le hizo abrir los ojos, para que su ánimo, que entonces era aun más presuntuoso que fuerte, fuese herido y derribado, y conociese que tanto era más flaco, cuanto más había presumido de sí mismo, debiendo solamente confiar de Vos. Porque luego que vio la sangre derramada, bebió también por los ojos la crueldad, pues no los apartó de aquel espectáculo; antes fijó en él la vista, y embebido en aquel furor, sin advertirlo se iba deleitando en la maldad de la pelea, y embriagándose con tan sangriento deleite.

Ya no era verdaderamente el mismo que había venido; sino uno de los muchos que allí estaban, y con quienes se había mezclado, y verdadero compañero de aquellos

que por fuerza le habían traído. Pero ¿qué hay que decir más? Vio, clamó, se enardeció, y de allí llevó consigo la loca afición que le estimulase a volver, no solo igualando en esta afición a los otros que le habían llevado a él, sino aventajándose a ellos, y llevando también a otros. Pero Vos, Señor, con vuestra mano omnipotente y misericordiosa le sacasteis también de aquel abismo, y le enseñasteis a que no presumiese ni confiase de sí mismo, sino de Vos solamente; aunque esto fue mucho después.

NOTAS

1. Hacia fines del año 381 fue san Alipio a Roma, y salió de allí acompañando a san Agustín el año 384: con que dos años más que nuestro Padre san Agustín estuvo en Roma san Alipio, y en ese tiempo fue cuando le sucedió lo que de él refiere nuestro santo Padre acerca de sus adelantamientos en los estudios, afición a los espectáculos, etc.

2. Este espectáculo, originario de Etruria, les era muy delicioso a los romanos. Siempre en él había derramamiento de sangre humana, y muertes de los que caían heridos, si los espectadores no les daban la vida, clamando y gritando para que no los acabasen de matar. Llegó a dividirse Roma en dos partidos o facciones, apasionándose unos y declarándose por los luchadores, que llamaban reciaros o irados, y otros por los mirmilones, que eran dos suertes de luchadores que había. Y aunque los unos y los otros fuesen la gente más vil y baja y las heces de la república, llegó a estar la maldad tan aplaudida y la inhumanidad y barbarie tan patrocinada, que no solamente el vulgo y populacho, sino también la gente distinguida, la nobleza, los mismos Emperadores se declaraban partidarios de alguna de aquellas dos facciones: como se refiere de Calígula y Tito, que se declararon a favor de los tracios o reciaros, y de Domiciano, que era apasionado de los mirmilones.

Como era tan grande la crueldad que se ejecutaba en estos espectáculos (pues se mataban los hombres unos a otros, y se criaban, alimentaban y adiestraban para esto), siempre se tuvo por malo el asistir a tan cruel diversión, de que debían no solo abstenerse, sino huir de ella con horror todos los Cristianos. Teodorico rey de los godos la prohibió y quitó enteramente.

Estos son los efectos que natural y necesariamente causan las diversiones crueles y sanguinarias, que son tan extremadamente opuestas a la blandura, piedad y compasión, que debe hallarse en los corazones cristianos.

CAPÍTULO IX

Cómo en una ocasión fue Alipio preso por sospecha de un hurto.

14. Todo este suceso se conservó en su memoria para que más adelante le sirviese de medicina, como también el otro lance, que siendo estudiante todavía y discípulo mío, le sucedió en Cartago; pues estando él al mediodía en la plaza repasando la lección que había de dar después, como se acostumbra para ejercitar a los estudiantes, Vos, Señor, permitisteis que los guardas de dicha plaza le prendiesen como ladrón. Lo cual, Dios y Señor nuestro, no me persuado que lo permitisteis por otra causa o motivo, sino a fin de que aquel que había de ser tan grande hombre comenzase a aprender desde entonces cuán necesaria es una madura consideración en el conocimiento de las causas y delitos de los hombres, y no determinarse a condenar un hombre a otro ligeramente, llevado de una temeraria credulidad.

Fue el caso, que Alipio se paseaba solo delante de la casa del consistorio con sus tablas y punzón de hierro con que entonces se escribía, cuando hele aquí que un mozuelo del número también de los estudiantes, pero verdadero ladrón, llevando escondida una hacha, se entró sin verle Alipio hasta los enrejados de plomo que vienen a dar a la platería y sobre las tiendas de los plateros, y comenzó a cortar el plomo de aquellas rejas. Al ruido de la hacha dieron voces los plateros que estaban debajo, y enviaron a algunos que fuesen allá arriba, y prendiesen a cualquiera que por casualidad hallasen. El muchacho, habiendo oído las voces de aquellos, se escapó dejándose allí la hacha, temiendo ser cogido con ella en las manos. Alipio, que no le había visto entrar, le sintió salir, y le vio escapar corriendo. Deseando saber la causa por que huía, se entró hasta aquel paraje, y hallando la hacha, se puso a mirarla, y se estaba allí parado admirándose del hecho. Los que habían sido enviados a prender al ladrón encontraron solo a Alipio que tenía en la mano la hacha, a cuyos golpes habían acudido ellos. Echan mano de él, le llevan por fuerza, y juntándose todos los inquilinos de dicha casa, se gloriaban de haberle cogido como a manifiesto ladrón, y desde allí le llevaban a presentarle al juez.

15. Hasta aquí no más llegó la enseñanza que había menester; porque al instante, Señor, acudisteis a socorrer su inocencia, de la cual solo Vos erais testigo. Pues cuando le llevaban a la cárcel o al castigo, les salió al encuentro un arquitecto, cuyo empleo principal era el cuidado de los edificios públicos. Los que le llevaban se alegraron de haberse encontrado determinadamente con aquel, que sospechaba de los inquilinos

de las casas consistoriales siempre que fallaba alguna cosa de ellas, para que conociese quién era el que hurtaba aquellas cosas.

Este arquitecto había visto muchas veces a Alipio en casa de un senador, a quien él solía visitar a menudo: así que le conoció, cogiéndole de la mano le apartó de aquel tropel, y preguntándole la causa de tan grave mal, le informó Alipio de la verdad del hecho. Entonces vuelto el artífice a toda aquella gente alborotada que se hallaba presente, y se explicaba con furiosas amenazas, mandó a todos que le siguiesen; y todos juntos fueron a la casa del mancebo autor del delito. Delante de la puerta había un muchachuelo de la misma casa, de tan poca edad, que fácilmente pudo declarar todo el suceso, sin recelar que a su amo se le siguiese daño alguno, pues era paje de aquel mismo mancebo, a quien había seguido y acompañado cuando iba a cometer su atentado. Habiéndole reconocido Alipio, se lo dijo también al arquitecto. Este enseñó la hacha al muchacho, preguntándole de quién era. Sin detenerse, respondió el chico: Es nuestra; y consecutivamente fue descubriendo todo lo demás, según se le fue preguntando.

Así, recayendo el delito sobre los de aquella casa, y quedando corrida toda aquella multitud de gente que había comenzado ya a triunfar de Alipio, este que había de llegar a ser en vuestra Iglesia predicador de vuestra divina palabra, y juez que había de fallar en su diócesis muchas causas eclesiásticas, se retiró de allí mucho más instruido a costa de su experiencia propia.

NOTA

1. Por aquel tiempo se usaba todavía el escribir con un punzón de hierro, bronce u otro metal en unas tablitas que estaban enceradas; y en ellas con facilidad escribían, y borraban lo escrito para escribir otra vez. Estas eran las que Alipio tenía en la mano cuando le sucedió este lance que refiere nuestro Santo.

CAPÍTULO X

De la bondad y desinterés de Alipio, y llegada de Nebridio.

16. Hallé, pues, en Roma a Alipio, el cual se unió a mí con tan estrecho y fuerte lazo de amistad, que se partió a Milán en mi compañía, ya por no apartarse de mí, ya también por practicar allí algo de lo que había aprendido de jurisprudencia; facultad que seguía él más por voluntad de sus padres, que por inclinación suya.

Ya por tres veces había ejercido el oficio de asesor, mostrando tan gran desinterés que admiraba a los demás abogados; cuando él se admiraba mucho más de los que anteponían el oro a la inocencia. También fue probada su buena inclinación con el cebo halagüeño de la codicia, y con el duro y fuerte estímulo del temor; pues siendo en Roma asesor de un señor tesorero general del emperador por lo tocante a los tributos de Italia, había al mismo tiempo un senador muy poderoso, que tenía obligados a muchos con sus beneficios, y a otros muchos los tenía sujetos por el temor. Quiso este magistrado, según la costumbre que tenía de usar de su poder absoluto, que le fuese permitido hacer no sé qué cosa que estaba prohibida por las leyes, pero Alipio se le opuso. Le prometieron premios, y se burló de la oferta; le hicieron amenazas, y él no hizo caso de ellas.

Todos se admiraron de un ánimo tan nunca visto y extraordinario, que a un hombre de tanta autoridad, y tan celebrado por la fama de que tenía innumerables modos de hacerle bien o mal, no desease tenerle por amigo, o no temiese tenerle por contrario. Aun el mismo juez, cuyo asesor era Alipio, si bien no querría que se ejecutase lo que pretendía el senado, no se atrevía a negarlo abiertamente; sino que echando toda la culpa a Alipio, decía que no se lo permitía su asesor, porque a la verdad, si el juez lo hubiera hecho, Alipio se despediría y le hubiera dejado.

Lo que únicamente le tenía ya casi vencido por su afición a las letras, era el poder emplear aquel caudal que le ofrecían, en hacer que le escribiesen y copiasen varios códigos de que formar su librería; pero consultando con la justicia, se determinó a escoger lo mejor; juzgando que le era más útil sujetarse a la equidad que se lo prohibía, que seguir su libertad y el poder que se lo facilitaba. Poco es esto; pero el que es fiel en lo poco, también lo es en lo mucho. Ni puede dejar de ser cierto lo que salió de la boca de vuestro Hijo, que es la misma verdad, cuando dijo: Si en el uso de la riqueza injusta no procedisteis con fidelidad, ¿quién os confiará las verdaderas riquezas? Y si en lo ajeno no fuisteis fieles, ¿quién os querrá dar lo que es vuestro? Tal

era entonces este mi amigo íntimo, y juntamente conmigo vacilaba sobre qué modo de vida habíamos de seguir.

17. Lo mismo le sucedía a Nebridio, el cual dejada su patria, que era cerca de Cartago, y dejada esta ciudad, que era donde él estaba lo más del tiempo; dejada su hacienda, que era considerable, y dejada finalmente su casa y su propia madre, que no había de seguirle; no se había venido a Milán por otra causa que por vivir en mi compañía, y ocuparse conmigo en el ardientísimo estudio de la verdad y sabiduría. Juntamente con nosotros suspiraba y vacilaba, dedicándose con ardientes deseos a inquirir la vida bienaventurada, y a escudriñar acérrimamente las cuestiones más arduas y dificultosas.

Así estábamos todos tres hambrientos y necesitados de enseñanza, y mutuamente nos comunicábamos nuestra pobreza y miseria, esperando de Vos que nos diéseis oportunamente el alimento que necesitaban nuestras almas. En todas las amarguras que vuestra misericordia esparcía sobre todas las acciones de nuestra vida mundana, queriendo nosotros averiguar la razón por que las padecíamos, no se nos presentaban sino oscuridades y tinieblas; y nosotros para resistirlas no hacíamos sino gemir y exclamar diciendo: ¿Cuánto durará este estado? Eso lo repetíamos muchas veces; pero diciéndolo, no dejábamos nuestro modo de pensar y de proceder, porque no se nos presentaba alguna cosa clara y cierta, que dejadas nuestras confusiones y dudas, pudiésemos seguramente abrazar.

CAPÍTULO XI

Trata Agustín de ordenar su vida.

18. Me causaba muy grande admiración el contemplar cuán largo espacio de tiempo había pasado desde el año diecinueve de mi edad, en que comencé a enfervorizarme en el estudio de la sabiduría, proponiendo que después de hallarla, había de abandonar todas las vanas esperanzas y engañosas locuras con que se fomentan los apetitos y codicias de los hombres. Andaba ya en los treinta años de mi edad, y todavía estaba atollado en el mismo lodo con la ansia de gozar de los bienes presentes, fugitivos, y que me destruían, mientras yo me decía a mí mismo: Mañana encontraré la verdad: ya se descubrirá lo cierto, y yo lo asiré fuertemente. Fausto está para venir, y él declarará todas las dificultades. ¡Oh qué grandes hombres son los Académicos, enseñando que ninguna cosa se puede tener por cierta para el régimen de esta vida! Pero busquemos la verdad con mayor cuidado y diligencia, y no perdamos del todo la esperanza. Mira como no tienes ya por desatinos y absurdos los que antes le lo parecían, en los libros eclesiásticos; sino que conoces que se pueden bien entender en otro sentido muy diferente y fundado. Pues me estaré quieto y firme en aquel primer grado en que me pusieron mis padres cuando era niño, hasta que se descubra claramente la verdad. Pero ¿dónde ha de buscarse? Ambrosio no tiene tiempo desocupado; yo tampoco tengo oportunidad de leer tanto. ¿Dónde iré a buscar los libros necesarios? ¿Con qué dinero y cuándo los compraré? ¿Quiénes son los que me los darán?

No obstante, es menester repartir bien el tiempo y señalar algunas horas para tratar de la salud del alma. Grande esperanza he concebido viendo que la religión católica no enseña lo que yo pensaba, y vanamente reprendía. Los católicos instruidos y doctos tienen por un grande error, el creer que Dios tenga la forma o figura de cuerpo humano; pues ¿por qué dudamos llamar a la misma puerta por donde se nos descubrió esto, para que se nos manifieste lo demás? Las horas de la mañana me las ocupan los discípulos; y ¿qué es lo que hago en las restantes? ¿Por qué no las empleo en esto?

Pero ¿cuándo visitaré a los amigos poderosos, de cuyos favores y protección necesito? ¿Cuándo trabajaré los cartapacios que compran los estudiantes? Y finalmente, ¿cuándo repararé las fuerzas del cuerpo con el alimento y sueño, y las del alma con algún descanso de tan continuas tareas y cuidados?

19. Piérdase todo y abandonemos estas cosas inútiles y vanas, y dediquémonos solamente a la investigación de la verdad. Esta vida está llena de miserias, y no

tenemos certeza de la hora de la muerte. Si me acomete repentinamente, ¿en qué estado saldré de este mundo, y a dónde aprenderé lo que no he cuidado de aprender aquí? O por mejor decir, ¿no tendré que padecer allá por este mi descuido y negligencia?

Y ¿se sabe si la muerte misma que nos corta el hilo de la vida, acabará también con todos nuestros cuidados? Con que también esto es menester averiguarlo y saberlo. Pero ¿qué? no es posible que eso sea. No es en balde, no es sin utilidad y provecho, que una autoridad tan eminente como la de la fe y religión cristiana esté tan extendida por el universo. Ni Dios hubiera hecho tantas y tan admirables cosas por nosotros, si con la muerte del cuerpo hubiera de acabar también la vida del alma. Pues ¿qué es lo que me detiene para que abandonando todas las esperanzas de este mundo, me entregue totalmente a buscar a Dios y a la vida bienaventurada?

Pero vamos despacio: también estas cosas terrenas son bien apetecibles y gustosas; no es pequeña su suavidad y dulzura; por lo cual no se ha de romper por todo tan a ligera y repentinamente; porque sería cosa fea y vergonzosa volver a estas delicias del mundo, después de haberlas dejado. Considera también que no es dificultoso que consigas algún empleo honorífico. Y entonces ¿qué había más que desear en este mundo? Yo tengo abundancia de amigos muy autorizados; y así cuando no haya otra cosa y te corra mucha prisa, se te puede dar el cargo de una judicatura, con que podrás casarte con una mujer que tenga bastante dote para que no se desfalten tus rentas y caudales, y este sería el término de todos tus deseos. Muchos grandes hombres, y muy dignos de imitarse, siendo casados fueron muy dedicados al estudio de la sabiduría.

20. Mientras yo decía todas estas cosas, y como encontrados vientos combatían mi corazón todas estas imaginaciones, y alternativamente le impelían de una parte a otra; se iban pasando los tiempos, y yo retardaba el convertirme al Señor, y dilataba de un día para otro el vivir en Vos; pero no dilataba el morir en mí mismo cada día. Amando la vida bienaventurada, temía buscarla en Vos, donde tiene su asiento; y así huyendo de ella era como la buscaba. Juzgaba que sería sumamente infeliz y desdichado si me privara de la mujer; y no pensaba en la medicina preparada por vuestra misericordia para curar esta misma dolencia, porque no lo había experimentado, y porque creía que la continencia se había de alcanzar con nuestras propias fuerzas naturales, las cuales no las veía en mí: siendo tan ignorante, que no sabía, según dice la sagrada Escritura: Que nadie puede ser continente si Vos no le dais esta virtud. Y ciertamente me la hubiérais dado, si con gemidos íntimos de mi corazón os la hubiera pedido, y con una firme confianza hubiera colocado en Vos todos mis cuidados.

CAPÍTULO XII

Disputa de Agustín con Alipio acerca del matrimonio y del celibato o vida de solteros.

21. Alipio me impedía el que me casase, alegando que era absolutamente imposible, si me casaba, que viviésemos los dos juntos, y dedicados quieta y seguramente al amor y estudio de la sabiduría, como había mucho tiempo que deseábamos. Porque él aun en aquella edad era castísimo, y tanto que causaba admiración: pues aunque a la entrada de su juventud comenzó a experimentar el vicio opuesto, en lugar de atollarse en aquel lodo, quedó muy arrepentido, y despreció de tal suerte los deleites de la sensualidad, que desde entonces vivía con muy grande continencia.

Mas yo le contradecía, oponiendo contra su sentencia los ejemplos de aquellos que siendo casados habían continuado el estudio de la sabiduría, habían servido a Dios, y conservado y amado fielmente a sus amigos. Pero a la verdad, estaba yo muy lejos de la grandeza de ánimo de aquellos que citaba: atado a la dolencia de mi carne con el mortífero deleite que me tenía esclavizado, arrastraba mi cadena temiendo ser desatado de ella; y al modo que una llaga se estremece solo con que la toque la mano que va a curarla; así desechara yo los buenos consejos y palabras de Alipio, que eran como la mano que me iba a desatar de mi cadena. Además de eso la serpiente infernal se valía de mi boca para hablar a Alipio: por medio de mi lengua tejía dulces lazos y los esparcía en el camino de su vida, para que se enredasen en ellos aquellos pies tan libres como honestos.

22. Porque admirándose Alipio de que un hombre como yo, a quien él tenía en gran concepto, estuviese tan preso con la liga de aquel deleite, que siempre que hablábamos de esto, le decía que de ningún modo me era posible el vivir sin casarme; y viendo también que yo me defendía al mismo tiempo que él se admiraba, diciéndole que había mucha diferencia entre lo que él había experimentado muy ligera y furtivamente (de lo cual apenas ya se acordaba, y por eso podía despreciarlo fácilmente y sin trabajo alguno), y los deleites de mi larga costumbre, que si se cohonestaran con el nombre del matrimonio, no tendría él razón de maravillarse de que yo me hallase imposibilitado a mirar aquella vida con desprecio; comenzaba ya él también a desear casarse, no vencido, ni por asomo, de aquel deleite, sino únicamente movido de la curiosidad. Porque decía que solamente deseaba saber qué delicias venían a ser las de aquel estado, sin las cuales mi vida, que él amaba tanto, no me parecía vida, sino tormento. Y es que su ánimo como estaba libre de aquella prisión, se espantaba de la esclavitud del mío, y admirándose de ella caminaba por el deseo de

experimentarla, hasta llegar a la experiencia misma, para caer acaso en la misma esclavitud que en mí admiraba, porque esto sería contratar con la muerte; pues quien ama el peligro, caerá en él.

Ni a él ni a mí nos movía mucho al estado conyugal lo que hace decoroso y recomendable el matrimonio, como es la buena dirección de una familia y la procreación de los hijos; sino que lo que a mí me llevaba principalmente y con vehemencia, era la costumbre de saciar la insaciable concupiscencia que me tenía cautivo y me atormentaba; y al otro la admiración era lo que le traía a ser cautivo. En este estado nos hallábamos, Señor, hasta que Vos, que siendo infinitamente excelso, no desamparáis a los que hicisteis del lodo, teniendo misericordia de nuestras miserias, nos socorristeis por unos medios y modos maravillosos y ocultos.

CAPÍTULO XIII

Hácese diligencias de que se case Agustín.

23. Me instaban fuertemente a que me casase. Ya había llegado a pedir a una joven para mujer mía, y ya también me la habían prometido, procurándolo principalmente mi madre, para que después de casado recibiese el saludable Bautismo, al cual ella se alegraba de verme más dispuesto y proporcionado de día en día, considerando que sus deseos y vuestras promesas se cumplirían con abrazar yo la fe. No obstante, Vos, Señor, no quisisteis darle a conocer en alguna visión, qué suceso tendría el matrimonio mío que se trataba, aunque ella con grandes voces de su corazón os lo suplicase todos los días, ya por cumplir en esto su deseo, ya por haberla yo rogado que lo hiciese.

Bien veía ella en sueños algunas especies vanas y fantásticas, causadas en su imaginación por la solicitud y cuidado que ocupaba a su espíritu sobre este punto, y me las refería, no con aquella seguridad y confianza que acostumbraba, cuando erais Vos quien le hablabais o manifestabais alguna cosa; sino haciendo muy poco caso de ellas y despreciándolas. Porque decía que en cierto sabor y gusto que no podía explicar con palabras, conocía la diferencia que había entre las revelaciones que eran vuestras, y las que eran solamente sueños de su fantasía. No obstante, se trataba con instancia mi casamiento, y estaba pedida una mocita, cuya edad era casi dos años menos de lo que se requiere para el matrimonio, y porque aquella parecía a propósito, esperábamos hasta que cumpliese la edad competente.

CAPÍTULO XIV

Determina Agustín instituir el método de vida común, que él y sus amigos habían de observar.

24. Muchos amigos, que en nuestras conversaciones abominábamos las inquietudes y molestias de la vida humana, habíamos premeditado y casi resuelto ya el vivir apartados del bullicio de las gentes en un ocio tranquilo; lo cual habíamos trazado de tal suerte, que todo lo que tuviésemos o pudiésemos tener lo habíamos de juntar, y hacer de todos nuestros haberes una hacienda y masa común a todos nosotros; de modo, que en fuerza de una sincera amistad no fuese una cosa de este y otra de aquel; sino que de todos nuestros bienes se hiciese un cúmulo, y todo él fuese de cada uno, y todas las cosas fuesen comunes a todos.

Parecíanos que nos podríamos juntar como hasta unos diez compañeros, habiendo entre nosotros algunos muy ricos, especialmente Romaniano, que era mi compatriota, y desde nuestra niñez amigo mío muy familiar, el cual por entonces había venido de África a nuestra compañía, traído de negocios graves que se le habían ofrecido. Este era el que más instaba para que se pusiese en ejecución el plan de nuestra vida común, y tenía su voto mucha autoridad para persuadirlo, por ser su riqueza mucho mayor que la de los demás. Habíamos convenido en que todos los años se habían de nombrar dos de nosotros, que como los anuales magistrados cuidasen de todas las cosas temporales que nos fuesen necesarias, y los demás gozasen de una vida sosegada y quieta. Pero luego que comenzamos a pensar si este proyecto podía subsistir, debiendo de haber mujeres en nuestra compañía (pues algunos de nosotros ya las tenían, y otros queríamos tenerlas), todo aquel proyecto que diariamente íbamos perfeccionando, se nos deshizo entre las manos, se desbarató y se dejó enteramente.

De aquí volvimos a nuestros suspiros y gemidos acostumbrados, y a seguir los anchurosos y frecuentados caminos del siglo, porque nuestro corazón estaba combatido de muchos y diversos pensamientos; pero vuestros juicios y decretos permanecen eternamente: en fuerza de los cuales decretos burlabais, Señor, nuestras disposiciones, y hacíais que se fuesen cumpliendo las vuestras, para darnos el alimento en el tiempo más propio y oportuno, y extender vuestra liberal mano para llenar nuestras almas de gracias y bendiciones.

NOTA

1. Romaniano, paisano, amigo y bienhechor suyo, como se dijo en el cap. XI del lib. III, es a quien dedicó los tres libros que escribió contra los Académicos, y el de Vera Religione. Hace mención Agustín de las excelentes prendas que tenía Romaniano al principio del lib. I y II contra los Académicos. No obstante, sabemos que había un hombre poderoso y rico cuyo nombre no se sabe, que perseguía a Romaniano, y no le dejaba gozar de toda la tranquilidad que pudiera prometerse por sus circunstancias.

CAPÍTULO XV

Toma Agustín otra amiga, en lugar de la primera que se volvió a África.

25. Entre tanto se iban multiplicando mis pecados, y siendo violentamente arrancada de mi lado como estorbo para mi casamiento aquella mujer con quien yo estaba acostumbrado a tratar, y en quien tenía puesto mi corazón; me quedó este tan lastimado y herido, que la llaga todavía estaba fluyendo sangre.

Ella, después de hacer a Vos el voto de no conocer otro varón en toda su vida, se había vuelto a África, dejando en mi compañía un hijo natural que tuve de la misma. Pero yo infeliz, que aun no tuve valor para imitar el de una mujer, pareciéndome mucha dilación la de dos años que habían de pasar antes de recibir la que había pretendido para mi mujer legítima, por no aguardar tanto tiempo, y porque no era tan amante del matrimonio como esclavo del deleite lascivo, tomé amistad con otra para que la continuación de mi mala costumbre conservase la enfermedad de mi alma, y me la hiciese llevar entera o más agravada, cuando llegase al estado matrimonial. Ni por eso se me curó la llaga que se había hecho en mi corazón con el apartamiento de la primera amiga; antes bien, además de haberme causado agudísimos dolores con el ardor primero, después empodreciéndose la llaga, cuanto más fría estaba, tanto dolía más insufrible y desesperadamente.

CAPÍTULO XVI

Como nunca llegó a perder el miedo de la muerte y del juicio.

26. Alabado y glorificado seáis, Dios mío, fuente inagotable de misericordia. Yo cada día me iba haciendo más miserable, y Vos cada día os ibais acercando más a mí. Ya vuestra mano diestra y poderosa me iba a asir para sacarme del cieno y lavar todas las manchas, y yo no lo conocía. Ninguna cosa me estimulaba más para salir del abismo profundo de los deleites carnales en que estaba atollado que el miedo de la muerte y de vuestro juicio final, miedo que nunca se apartó de mi alma, no obstante la multitud de opiniones que seguí en otras materias.

Decía, hablando con mis amigos Alipio y Nebridio acerca del fin que habían de tener los buenos y los malos, que por mi voto se hubiera llevado la palma Epicuro entre los demás filósofos, si no fuera porque yo creía ciertamente que después de la muerte le quedaba otra vida a nuestra alma, y el premio o castigo correspondiente a sus obras, lo cual nunca quiso creer Epicuro. "Dado caso que nunca hubiésemos de morir," les proponía yo, "y que continuamente estuviésemos gozando de deleites corporales, sin temor alguno de perderlos nunca; ¿qué nos faltaría para ser bienaventurados, o qué otra cosa habría que apetecer?" Y es que no conocía que este mismo modo de pensar era parte de mi gran miseria; pues por estar yo tan anegado y ciego, no se levantaban mis pensamientos hasta la luz de aquella purísima y soberana hermosura, que por sí misma merece ser amada, la cual no se ve con los ojos corporales, sino solamente con los ojos del alma.

Ni siquiera consideraba, miserable de mí, el principio y fuente de donde dimanaba el placer y gusto con que yo trataba con mis amigos estas mismas cosas, aunque torpes y feas; ni tampoco sin ellos pudiera ser bienaventurado, según el modo de pensar que yo tenía entonces, por más que gozase de la mayor abundancia de deleites corporales. A estos amigos los amaba sin interés alguno; y conocía que ellos me correspondían, amándome también del mismo modo.

¡Oh torcidos caminos de los hombres! ¡Desdichada el alma que se atrevió a esperar que había de hallar mejoría alejándose de Vos! Por más vueltas que dé atrás y adelante, a los lados, hacia todas partes, cuanto halle será tormentos; y solo en Vos encontrará su descanso. Vos, Señor, estáis siempre presente y prevenido para librarnos de todos nuestros lamentables extravíos, y nos ponéis en el camino vuestro, y nos consoláis y animáis, diciéndonos: Ea, corred por este camino, que yo os iré sosteniendo, yo os conduciré hasta el fin, y os colocaré en donde deseáis.

NOTA

1. Aquí se ve claramente, que san Agustín era del número de toda aquella multitud de autores antiguos, que dijeron y creyeron que Epicuro había colocado la suma felicidad en los deleites de los sentidos; no obstante que algunos han querido disculparle, diciendo que colocaba la felicidad en el deleite del alma, que no estuviese acompañado de dolor ni pena alguna. Pero san Agustín y todos los antiguos dijeron lo contrario; y aun el poeta llama a un voluptuoso: Epicuri de grege porcum.

FIN DEL TOMO PRIMERO

NOTA

La aprobación se hallará en el segundo tomo.